ALBA C. SERRANO

TEOREMA DEL APEGO

y otras ecuaciones románticas



ALBA C. SERRANO

TEOREMA DEL APEGO

y otras ecuaciones románticas

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso de la autora. Todos los derechos reservados.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.
Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.
Título original: Teorema del Apego y otras ecuaciones románticas.
©Alba C. Serrano 2025.
Diseño de portada y maquetación: Alba C. Serrano

A Cristian, Erik y Hugo, los motores de mi vida.
A las dos estrellas que brillan en el cielo.
Fermín e Hilario.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Agradecimientos
Nota de la autora

Capítulo 1

Prometo por todos los santos literarios que yo no pedía mucho esa mañana. Solo quería un café bien caliente con una ración extra de espumita cremosa y cacao espolvoreado por encima, una mesa junto a la ventana, la que siempre solía estar vacía al fondo a la derecha y un momento de inspiración divina para escribir la escena final de mi décima novela. Pero como buena escritora del género romántico y con una pésima suerte en todos los aspectos de mi vida, terminé como menos me esperaba, embadurnada de café y con un giro dramático de los acontecimientos.

Todo empezó en la cafetería Café con Letras, lugar que había elegido por su nombre tan literario y porque siempre tenían una vitrina enorme llena de dulces que parecía sacada del mismísimo Starbucks. Eran mis dos pasiones, el café y las letras, y además, estaba justo debajo de mi casa y eso de andar demasiado, no era lo mío.

Aquel día entré con paso triunfal, como si la diosa de las musas literarias me estuviera acompañando y empujando suavemente por la espalda para que cada paso que diera fuera más decidido que el anterior. Ocupé mi lugar habitual: la mesita junto al ventanal que daba a una calle peatonal poco transitada, la mía. Era ideal para observar a la gente que caminaba por delante de mí, para crear personajes empalagosos, y lo mejor de todo, para escribir diálogos tan cursis y románticos que serían capaces de hacer vomitar corazones de colores en tonos pastel a un unicornio. Mis favoritos.

Abrí mi portátil, ese que estaba decorado con pegatinas de los corazones arriba mencionados, frases cursis de amor, y una foto de Ryan Gosling guiñando el ojo. Respiré hondo y estiré mis dedos. Me preparé para la escena más importante de mi novela: el beso. El GRAN beso. Ese que mi protagonista femenina y su recién estrenado

novio se darían bajo la lluvia provocada por una fuerte tormenta de verano, justo cuando todo parecía perdido, evidentemente.

Tecleé con mucha emoción y con mayor fuerza, tanta que estaba a nada de hacer saltar las teclas:

—Nunca dejé de amarte, mi vida—dijo él mientras la lluvia le resbalaba por la mandíbula cincelada como si hubiera sido esculpida por todos los dioses griegos.

—Yo tampoco… —susurró ella pletórica justo antes de lanzarse a sus brazos con énfasis y lágrimas en los ojos.

Sí, tenía que reconocerlo, me emocioné excesivamente. Puede que leyera la escena en voz alta, como quien canta a grito pelado bajo el agua de la ducha. Tal vez y solo tal vez, hice el gesto del abrazo con las manos abrazándome a mí misma. Estaba tan metida en mi mundo literario que no vi al hombre trajeado que venía directo hacia mi mesa con un café humeante en una mano y un teléfono móvil que no dejaba de mirar en la otra.

—¡Eh, tú! ¡Cuidado! —grité, pero lo hice un segundo tarde.

Splashh.

Café sobre el teclado de mi ordenador. Café en mis hojas llenas de anotaciones y frases importantes de la novela. Café en mi suéter rosa chicle favorito en el que ponía *«I am happy writing love stories with perfect endings»*. Café por mis vaqueros, por la mesa, por el suelo… En fin, café por todas partes. Y justo enfrente de mí, un hombre plantado con cara de «me acabas de joder el lunes» mirándome como si yo hubiera asesinado a un cactus regándolo excesivamente.

—¡Acabas de arruinar mi mejor escena de amor, imbécil! —exclamé, mirando mi portátil como si acabara de presenciar un crimen de esos de *true crime* que últimamente escuchaba en Spotify y a los que me había vuelto adicta.

—Ese diálogo era tan irreal y cutre que te hice un favor, créeme —replicó él, frunciendo el ceño.

Lo miré con horror. Era alto, tenía el pelo perfectamente peinado, gafas de pasta negra que gritaban «ingeniero» y una expresión de absoluto desprecio por todo lo que oliera a emociones humanas.

—¿Perdón? ¿Se puede saber qué has dicho? —Hice la pregunta siendo muy consciente de sus palabras y dándole la oportunidad de rectificarlas.

—Los personajes reales no se lanzan a los brazos de nadie y mucho menos lo hacen bajo la lluvia. Se compran paraguas, ya sabes, para no mojarse.

—¿Y tú eres experto en qué? ¿En asesinar el romanticismo, por ejemplo?

Se cruzó de brazos frente a mí. Una gota de café resbalaba por la pantalla de mi portátil y yo no podía dejar de mirarla de reojo. Entonces él clavó su mirada en mí fijamente por encima de sus estúpidas gafas.

—Soy ingeniero.

—Ah, claro. Con razón. Vosotros medís el amor en algoritmos, ¿verdad?

—No. Lo medimos en dopamina y errores de juicio, más bien —contradijo con una arrogancia demasiado excesiva para mi gusto.

Le lancé una mirada de psicópata. Él alzó una ceja como si yo fuera un bicho raro que se había escapado del Museo de los Clichés Románticos.

—¿Tú sabes cuánto me costó este portátil?—pregunté indignada secando la gota que ya había llegado al final.

—¿Y tú sabes cuánto me costó a mí la camisa que llevo puesta? —dijo mirando horrorizado una diminuta manchita en la manga como si eso fuera el fin de la humanidad.

—¡Pues disculpa si mi gran historia de amor ha arruinado tu camisa cutre de ingeniero de pacotilla!

—Y tú disculpa si mi café destruyó tu fantasía mojada. Literalmente. —Rio. No me lo podía creer. Se estaba burlando de mí. Él era quien se había tropezado y no era capaz de disculparse como era debido. Con un «lo siento, no te he visto», hubiera bastado.

Me quedé callada. No porque no tuviera una respuesta sarcástica, que de esas siempre tenía, sino porque noté que todos los clientes de la cafetería nos estaban mirando curiosos. Una señora mayor con siete litros de laca, o kilos, no sabía muy bien cómo se media porque yo no utilizaba, en su pelo, había dejado de mover la cucharita de su

té. Una adolescente con pintas de nerd grababa con el móvil. Y el camarero, ese maravilloso ser que me atendía siempre que iba allí, se acercó con dos servilletas y una sonrisa resignada.

—¿Todo bien por aquí, Érika? —preguntó como si quisiera mediar para poder dar por finalizada la escena que estábamos montando.

—Perfectamente —dijimos los dos a la vez. Luego nos miramos con desprecio mutuo y nos dimos la espalda como dos niños enfadados por cualquier crisis existencial infantil. Yo no me levanté, simplemente miré hacia la calle girando la cabeza.

Él se sentó en otra mesa, sacó un portátil, que por supuesto tenía una funda negra minimalista sin ninguna pizca de personalidad, y empezó a escribir furiosamente. Yo me limité a salvar lo que pude de mis anotaciones, secar el teclado y resoplar cada vez que miraba al culpable de lo que sería sin yo saberlo mi siguiente quebradero de cabeza.

No sabía su nombre, pero ya lo odiaba con cada célula de mi cuerpo. Y aún no tenía idea de que el universo, ese tan bromista y cruel a la vez, tenía planes para cruzarnos otra vez. Más pronto de lo esperado, por supuesto.

Después de lo que oficialmente bauticé como «el café del estúpido ingeniero», recogí mis cosas, me sequé como pude el suéter manchado de salpicaduras de café y salí de allí con la cabeza bien alta, todo lo que pude. O eso intenté, ya que me tropecé con una baldosa rota que había nada más salir y casi beso el suelo para darle un poco más de drama a lo que había sucedido.

El camarero salió corriendo para ayudarme, no sabía si por la pena que daba o porque en el fondo me había cogido cariño.

Hugo

No sabía ni cómo se llamaba. Solo que había aparecido como un vendaval mal sincronizado con la calma y la rutina de mis horarios, con el desorden de una libreta repleta de tachones y una mirada que pedía a gritos que el mundo la entendiera, aunque ella misma no supiera cómo explicar lo que quería.

La observé desde la ventana del café cuando salió a toda prisa. Por supuesto, tropezó. Literalmente. En cuanto cruzó la puerta, ya estaba peleándose con una baldosa rota. Su cuerpo se tambaleó hacia delante con la torpeza de quien tiene una infinidad de emociones acumuladas y muy poco equilibrio emocional. Si se hubiera caído del todo, posiblemente habría hecho una reverencia desde el suelo solo por dramatizar un poco más.

El camarero salió corriendo detrás de ella, como si fuera una escena ensayada. Yo me quedé donde estaba, con las manos metidas en los bolsillos, sin saber si reírme o salir a ver si se había roto algo más, aparte del orgullo.

No entendía qué demonios había pasado. Una chica cualquiera, un encontronazo poco habitual porque yo no era muy dado a tropezar con nadie y de pronto todo era caos. Había hablado sin filtro alguno, exagerado sin medida y, por algún motivo que mi cerebro se negaba a procesar con claridad, me había hecho pensar en variables que no solía considerar nunca. ¿Y si el problema era el modelo? ¿Y si la forma más eficiente de comprender el amor no era desmenuzarlo, sino observarlo en su estado más salvaje?

No tenía sentido. Ella no tenía sentido. Y, sin embargo, allí estaba yo, preguntándome por qué me había afectado ver su expresión al marcharse. Como si algo se hubiera despertado en mí sin que yo lo supiera. Como si, sin querer, ya hubiera formado parte de una fórmula que no aparecía en ninguna de mis hojas de Excel.

Capítulo 2

Mi plan era muy simple: dar un par de vueltas a la manzana para relajarme, llegar a casa, llorar frente a una comedia romántica, hablarle a mi gato, el señor Darcy, nombre elegido a conciencia siendo una escritora, sobre lo cruel que podía ser el mundo a mi alrededor, y volver a escribir. Pero el universo tenía otros planes para mí.

Cuando llegué al edificio, aun refunfuñando y olfateando café en mi ropa, escuché pasos detrás de mí en el pasillo mientras esperaba el ascensor.

Y claro. Allí estaba él. El asesino de novelas. El antipático del café. Con una bolsa de supermercado en una mano, las llaves en la otra, y esa cara tan suya de «no tengo tiempo para estupideces».

Nos miramos. Nos reconocimos. Se produjo un silencio incómodo del nivel: «¿Y si corro hacia fuera y finjo que vivo en otro lugar?»

—¿Vives aquí? —preguntó él, como si acabara de descubrir que vivía al lado de una terrorista.

—¿Tú también? —dije, horrorizada.

—¿Cuál es tu piso?

—Sexto A.

—Yo soy del sexto B.

—No. No puede ser.

—Sí. Sí puede ser.

—No. Ahí no vive nadie, lleva años vacío.

—Me instalé hace algunos días.

—¡Ah, claro! Ya entiendo el motivo de que el rellano huela a prepotencia.

—Más bien huele a dramatismo con un toque dulce de café.

—El dramatismo no huele a nada.

—La prepotencia, tampoco.

Entramos en el ascensor y subimos hasta nuestra planta sin decir nada. Nos quedamos allí sin movernos como si la maldición de

Tutankamón acabara de caer sobre el edificio. El señor Darcy, desde dentro, empezó a maullar como si percibiera el caos.

—Esto tiene que ser una broma.

—Créeme, si yo escribiera chistes, no usaría esto como inspiración. Es patético.

Ambos giramos hacia nuestras puertas, dispuestos a olvidar que el otro existía, cuando él dijo, sin girarse:

—Te aconsejo no volver a leer en voz alta en público. O, más bien, en general.

—Y yo te aconsejo a ti ir a terapia para la alegría, estúpido. Está muy de moda eso de ir a terapias. Ponlo en práctica.

Y sin responder nada, lo único que hizo fue estornudar, se metió en su casa.

Lo detestaba. Lo detestaba con mucha intensidad. Y lo peor de todo era que estaba justo al otro lado de la pared. No podía haber una mayor desgracia en el mundo que tener a ese estirado justo ahí.

Al día siguiente, a las diez en punto, puse una de mis listas de reproducción de inspiración romántica a todo volumen. Céline Dion, Álex Ubago y Whitney Houston. Era mi rutina creativa y mi venganza personal. Estaba completamente convencida de que mi nuevo vecino no soportaba esas letras.

Cinco canciones después, golpearon la pared. Tan fuerte que me sobresalté.

«¡ALGUIEN ESTÁ INTENTANDO TRABAJAR!», gritó una voz masculina con un tono más robótico que humano.

Le respondí subiendo un poco más el volumen, acercándome a la pared y gritando bien alto una dedicatoria: «¡Esta va por ti, señor sin alma!»

Siguió un golpe. Otro. Y otro. Entonces el señor Darcy se metió en una caja de cartón que tenía en una esquina del salón y me miró como si pensara que estaba loca.

—¿Qué fueron esos ruidos anoche? —preguntó Clara, una de mis mejores amigas. La noche anterior se había quedado a dormir en mi casa y estábamos haciendo un desayuno improvisado en mi cocina, pan tostado con mantequilla y mermelada y zumo de naranja, de tetrabrik, claro, no recién exprimido.

—¿El del taladro emocional humano que vive enfrente? Es mi nuevo archienemigo.

—¿Ese es el del incidente del café que me contaste ayer? —Había venido a verme y aproveché para contarle cómo iba todo lo relacionado con mi novela. Ella era una de mis lectoras cero. No había nadie mejor que ella para sacar pegas a todo lo que escribía.

—El mismo. Hugo, ingeniero de algo, no sé de qué, pero lo que sí sé es que le falta una actualización de empatía en su sistema operativo.

—¿Está bueno? —preguntó curiosa.

—¡Clara, por favor! —exclamé pensando en sus palabras.

—¿Sí o no? Dime.

—Bueno, a ver, tiene una mandíbula de superhéroe de película, una mirada profunda de esas que te atraviesan, la voz grave y una apariencia que podría quitar el sentido a cualquiera de mis protagonistas. Pero eso no quita que sea un Grinch. El Grinch de la vida, que no de la Navidad.

Ella rio y me lanzó una mirada de esas que auguraban sorpresas.

—Te apuesto una cena a que más pronto que tarde os acabaréis besando bajo la lluvia.

—Te apuesto una trilogía que eso no sucederá.

—La última vez que apostamos algo, perdiste.

—No pienso volver a cometer el mismo error. Ya sabes que después de lo de mi ex tengo el corazón cerrado con llave y que esa llave me la tragué para no tener la tentación de cogerla.

—Sí, ya sé. Que en la caca metafórica de tu actuación no ibas a buscarla.

—Efectivamente. No hay nadie que entienda tan bien mis metáforas como tú.

Pasamos la mañana juntas entre risas recordando lo desastrosa que había sido mi última relación sentimental. Esa tarde ella se iba y no íbamos a vernos en los próximos meses. Hacía un par de años que le había salido una buena oferta de trabajo en Córdoba y se había mudado allí. No estábamos tan lejos, desde allí hasta Valencia nos separaban unos quinientos kilómetros, pero con sus horarios y

con lo poco que me gustaba conducir a mí, nos veíamos menos de lo que nos gustaría.

Esa noche, mientras intentaba escribir una escena de reconciliación entre mis protagonistas, ya que después del incidente de la cafetería había decidido cambiar el final, escuché una discusión telefónica al otro lado. Tuve que dejar de escribir y pegué mi oreja a la pared.

—No, no creo que eso funcione en realidad… Sí, ya lo intenté con estadísticas… No, las flores rojas no cambian las cosas nunca. Tenlo claro.

Aguanté la respiración, sin querer queriendo, para no perderme nada. Me había convertido en una voyerista vecinal, pero hacía tanto tiempo que no escuchaba nada al otro lado, que la curiosidad me hacía actuar así.

—El amor no se mide en detalles absurdos. Se mide en compatibilidad y lo sabes. En valores compartidos entre ambos sujetos. No en si te regalan chocolate negro, con leche o blanco.

Volteé los ojos con desinterés fingido. Nadie me estaba mirando, pero yo era así de especial y la situación que estaba viviendo en ese preciso momento era como estar escuchando a un robot debatiendo con Cupido el día previo a San Valentín.

—Tienes razón, señor Darcy. El ingeniero está roto por dentro y por eso actúa así—dije en voz muy bajita para no delatarme.

El gato me ignoró por completo. No sabía si eso se debía a que no me había escuchado o si se estaba concentrando en lanzar un hechizo mágico para exorcizar el «antirromanticismo» del sexto B.

La conversación de mi vecino con quien fuera empezaba a ser aburrida, así que decidí terminar mi novela con el final que había escrito en la cafetería cambiando la lluvia por un cielo estrellado, así no hacían falta paraguas como me había sugerido Hugo. Le eché un vistazo y se la envié por *mail* a Carmen, mi editora.

Y fue entonces cuando el destino se convirtió en el guionista principal de mi vida. Al día siguiente, recibí una llamada de ella.

—Érika, cariño. Tenemos que hablar de tu manuscrito.

—¿No te encantó? —Si recibía esa llamada no podía ser nada bueno. No le había dado tiempo a leerlo.

—Mira, está muy bien escrito. Pero es muy irreal.

—¡Es romance! ¿Qué quieres?

—Sí, pero las lectoras están pidiendo algo más auténtico. Menos «te amo desde la primera vez que te vi bailando bajo la luna de una noche despejada y estrellada».

—¡Esa escena era simbólica!

—Érika, escúchame. O le das realismo a tu próxima novela, o no podremos renovar el contrato. Lo siento mucho. Las lectoras buscan otro tipo de historias. Ya están cansadas de los clichés y de que todo lo que leen sean las mismas relaciones pero con diferentes protagonistas, lugares y empleos.

Me quedé en silencio. No sabía qué contestar. Esa era la editorial que me había publicado durante cinco años. La que creyó en mí cuando escribí mi primera novela desde una cafetería con olor a *muffins*. ¿Ahora quería que escribiera realismo? Yo tenía mi estilo, no era tan fácil cambiarlo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Salir con un tipo amargado y que use eso de inspiración divina? —pregunté al señor Darcy.

Y ahí fue cuando se me encendió la bombilla. La idea me llegó de golpe, como una de esas apocalipsis románticas que tienen los protagonistas justo antes de besarse bajo la lluvia. Solo que yo no estaba mojada de los pies a la cabeza, ni había un beso, ni siquiera había música dramática de fondo para darle más emoción a la escena. Solo estaba el señor Darcy, que me miraba desde la mesa con cara de «estás loca si crees que eso va a funcionar».

—Voy a hacer un experimento social. Trabajo de campo, más bien —le anuncié, como si él fuera a ser mi compañero de investigación.

—Miau —respondió, que en mi idioma personal significaba: «Esto va a salir mal y quiero paté de salmón *gourmet* antes del desastre».

Salí de mi piso con decisión. Caminé directamente hacia la puerta de Hugo, sabía su nombre porque lo había mirado en la chapita de su buzón. Hugo Marqués de Conde. Hasta su nombre sonaba a *señoritingo*. Dos pasos, no más. Así era imposible hacerlo de forma decidida. Respiré hondo. Toqué.

Nada. Ni un mínimo ruido. Volví a tocar, más fuerte.

La puerta se abrió bruscamente. Allí estaba él. Tenía el pelo ligeramente desordenado, una camiseta gris con el logo de algo técnico que no sabía qué era y una expresión de «quién se atreve a interrumpirme mientras calculo ecuaciones imposibles al cien por cien de incompatibilidad».

—¿Has perdido tu sentido del límite junto con tu manuscrito? —preguntó, sin rodeos.

—No, pero tengo una propuesta para ti.

—¿Unos tapones para los oídos?

—No, eso no. Es para ambos.

—A ver, sorpréndeme —murmuró colocándose las gafas.

—Una colaboración. Profesional.

—¿Para qué? ¿Para destruir otro portátil y que el seguro se haga cargo de la reparación?

Respiré hondo, sonreí con toda la diplomacia que pude y dije:

—Mi editorial me ha pedido que escriba una historia más realista. Creen que mis novelas están llenas de idealizaciones irreales.

—Ajá. —No dijo nada más.

—Necesito entender cómo es el amor real que me están pidiendo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó sorprendido mientras se apoyaba en el marco de la puerta. Una postura demasiado sensual para tener ese tipo de conversación, que todavía no había aceptado, pero estaba segura de que iba a aceptar el trato.

—Pues muy sencillo. Tú eres el ser más insensible, cínico y lógico que he conocido en la vida. Un espécimen fascinante, digno de estudio y eso, que te conozco poco.

—Gracias, supongo —dijo frunciendo el ceño. Siendo sincera, me había quedado corta con la descripción que le había dado a Clara sobre él. El muy imbécil estaba de toma pan y moja.

—Quiero estudiar cómo ves el amor. Que me expliques tu visión científica, estadística o robótica. Lo que sea que tengas en esa cabeza que tienes sobre los hombros.

—¿Por qué crees que debería perder mi valioso tiempo en algo así?

—Porque sin querer te escuché el otro día hablando sobre eso —mentí como una bellaca. No había sido sin querer, sino todo lo contrario, pero jamás lo confesaría.

—¿Eres de esas que pegan la oreja a la pared para escuchar conversaciones ajenas y de las que cotillea por la mirilla de la puerta con el mínimo ruido en el rellano?

—No. No soy de esas. —Lo de la mirilla no lo hacía.

—¿Y qué gano yo con eso? —No parecía disgustarle mi propuesta. Al menos me estaba escuchando y no me había cerrado la puerta en las narices.

—A cambio, yo puedo ayudarte con el maravilloso mundo de las emociones, o del tacto. O de cualquier cosa que no implique decirle a una chica que estás conociendo que el amor es una anomalía genética.

—Yo no te estoy conociendo.

—No te hagas el tonto, que tienes pinta de listo. —Estaba empezando a sacarme de mis casillas. Hugo parpadeó varias veces.

—¿Quieres que te ayude a escribir sobre el amor?

—Sí. Pero el real, el de verdad según tus investigaciones.

—¿Y tú me vas a enseñar a…?

—A parecer un humano funcional en lo que a las interacciones románticas se refiere.

Se cruzó de brazos, evaluándome como si yo fuera un algoritmo lleno de errores imposibles.

—Esto es lo más ridículo que he escuchado en años.

—Más ridículo es meter tres tipos de chocolate a la hora de decir que los detalles absurdos no funcionan.

—¿Qué estás diciendo?

—Eso dijiste tú, que el amor no se medía en detalles absurdos, sino en compatibilidad y valores compartidos.

—Esto solo puede salir mal.

—¿Y si sale bien? ¿Y si logras entender por qué la gente se lanza bajo la lluvia aunque tenga paraguas? —dije emocionada.

Se hizo el silencio y luego suspiró largamente.

—Está bien. Te dejaré demostrarme que el romance real existe.

—¡Solo si tú me demuestras que el amor puede explicarse como una fórmula matemática!

—Hecho.

Nos dimos la mano. Fue raro. Su apretón era firme, frío y práctico. El mío fue normal. De los que se dan para cerrar un trato.

—Esto es un experimento profesional —dijo él convencido.

—Totalmente.

—Nada de escenas ridículas, por favor.

—Nada de plantillas de Excel con un listado de emociones.

—Y si escribes sobre mí…

—Te cambiaré el nombre. Te lo prometo. Usaré algo elegante. Como Señor Antipatía, por ejemplo.

Asintió con la cabeza y se metió para adentro. Yo cerré la puerta de mi casa con el corazón latiendo a tres mil pulsaciones por minuto. Me iba a explotar.

Había hecho un trato con el enemigo. Jamás hubiera imaginado que utilizaría a un tipo como él para inspirarme. Él tenía pinta de todo menos de muso literario. Y aunque no lo sabía aún, con ese apretón de manos acababa de firmar el contrato más peligroso de toda mi carrera, uno con el amor real. O con lo más parecido a él que se podía encontrar en el sexto B.

Hugo

Cerré la puerta del piso con la vaga sensación de haber firmado un contrato sin haber leído la letra pequeña, esa que siempre causaba los quebraderos de cabeza y que siempre leía de principio a fin. Habíamos sellado un pacto. Experimental, sí. Racional, según su punto de vista y ridículo, según cualquier otra perspectiva que no fuera la nuestra. Pero había algo inquietantemente lógico en toda esa locura que estábamos a punto de compartir.

Apoyé la espalda en la madera y respiré profundamente. Todavía podía oler su perfume en el aire, uno con esencia de vainilla y caos. El tipo de fragancia que no se quedaba en la ropa, sino en la memoria y en el corazón.

Intenté racionalizarlo como pude. Solo era un proyecto, un estudio más, una serie de fases delimitadas por un guion y con objetivos muy bien definidos. Yo había hecho cosas más extrañas por menos, aunque me costara reconocerlo.

Pero entonces la imaginé saliendo del ascensor, bajando las escaleras con esos pasos que siempre parecían ir medio segundo por detrás de sus ideas. Y no pude evitar preguntarme por qué, exactamente, me había parecido tan buena idea dejar que ese vendaval de sensaciones tuviera las llaves emocionales de mi rutina tan cuadriculada.

El experimento había comenzado. Y lo peor, o lo mejor de todo, era que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía ni la más remota idea de cuál sería el resultado porque no solo yo tomaba parte del pacto, sino que había más variables que no iba a ser capaz de controlar.

Capítulo 3

Hay algo de lo que nadie te advierte cuando firmas un trato con un ser humano sin una pizca de alma: que también estás firmando una cláusula invisible en el contrato para compartir momentos incómodos, silencios desagradables y encuentros fortuitos en el ascensor, cuando no estaba roto, que eso no era muy habitual, ya que más veces de las que mis piernas deseaban me encontraba con el cartelito de «Fuera de servicio».

Al día siguiente salí de mi piso con el pelo recogido en un moño que más bien parecía un nido de pájaros, una camiseta negra larga y unas pantuflas con forma de peluche. Sí, salí así, porque solo iba a bajar al buzón. No iba a encontrarme con nadie.

—Bonitos zapatos —dijo una voz grave y familiar al otro lado del pasillo.

Y ahí estaba él. Hugo. Con su ya típica expresión de «te estoy analizando como si fueras un problema matemático sin solución». Vestía una camisa azul clara, impecable como siempre y unos pantalones de vestir en tono marino perfectamente planchados sin ninguna arruga traicionera. Llevaba una taza térmica que seguramente contenía café negro con posos de arrogancia flotante y esencia de soberbia humeante.

—Son edición limitada. ¿Te gustan? —pregunté alzando el izquierdo con orgullo. Él negó con la cabeza con poca sutileza, más bien horrorizado—. Pues que sepas que me costaron un pastizal.

—Están pidiendo la jubilación.

—Están expresando comodidad. Siempre las llevo puestas.

—Ya se ve. Si las tiraras a la basura le harías un favor la humanidad.

—¿Has salido al rellano solo para criticar mis zapatillas de estar por casa?

No respondió. Me ignoró y cerró su puerta. Ambos esperamos al ascensor.

—¿Siempre eres tan… tú, desde buena mañana? —preguntó sin mirarme.

—¿Siempre eres tan… tú, sin una pizca de simpatía a cualquier hora del día?

Entramos en el ascensor como dos archienemigos de una película de acción de las que ponían los domingos a la hora de la siesta. No nos estábamos moviendo. Habían pasado varios minutos y seguíamos en la sexta planta. El motivo era más que evidente, el ascensor no funcionaba. Otra vez, pero el portero todavía no había puesto el puñetero cartelito.

Nos miramos. Sin pasión ni nada, simplemente fue un cruce de miradas indiferentes. Abrió la puerta y me cedió el paso con un gesto, eso sí era algo que yo podría narrar en alguna de mis escenas: «Él, mi amado caballero, con una sonrisa amable en su rostro, presionó el botón de apertura de la puerta. Con delicadeza puso su mano en la parte baja de mi espalda y me invitó a salir por delante de él para poder echar una mirada clandestina a la parte trasera de mi cuerpo, esa que tanto le enloquecía. Yo salí contoneando mis caderas para provocar algo más que locura en él»…

—¿Vas a salir ya o qué? No puedo estar aquí todo el día sujetando la puerta. No sé si es que no te has dado cuenta, pero si no te quitas de ahí, no puedo salir. —Esas palabras sin sentimiento alguno me sacaron de mi momento literario.

—Perdona. Es que… —Dejé la frase ahí. Estaba segura de que no iba a entender ese momento inspirador que había tenido.

Ambos salimos, primero yo y luego él. No me pareció que utilizara ningún tipo de mirada clandestina. Miramos las escaleras.

—¿Te molesta si bajo delante? —pregunté, ya con la respiración de persona alérgica al ejercicio.

—Perfecto. Pero no quiero verte caer.

—Qué amable ha sonado eso por tu parte, ¿no?

—Solo sería un problema logístico si me toca cargar contigo si te rompes algo. Nada más.

Respiré hondo. Bajé el primer tramo con la dignidad de una reina en pantuflas. Él iba detrás, con su ritmo perfecto y mecánico.

«¿Todo lo hacía igual?» Me sorprendí a mí misma con esa pregunta.

—¿Siempre hablas como un contrato de términos y condiciones? —pregunté cuando ya estábamos frente a los buzones.

—¿Siempre hablas como un anuncio de flores cursis? Que tengas un buen día.

—Igualmente. —Salió rápido y sin mirar atrás. Ni un poquito. Nada.

Comprobé que no tenía nada en el buzón y resoplando volví a mi piso. «¿Realmente era necesario bajar y subir seis pisos solo para mirar la correspondencia? Si ya nadie enviaba cartas». ¿A quién quería mentir? No había sido solo por eso, pero no pensaba reconocerlo bajo ningún concepto.

Hugo y yo nos cruzamos, inevitablemente, cada día. Era como si el universo hubiera decidido hacer de nuestras vidas una comedia romántica… pero sin romance. Solo comedia. ¿Nos veíamos por mera coincidencia? Posiblemente, no. ¿Había anotado sus horas de salida porque siempre actuaba igual? Posiblemente, sí. ¿Lo hacía en pantuflas? Ya no. Si tenía que experimentar, debía hacerlo con una mejor imagen, aunque yo no fuera muy dada a cuidar los detalles de mi vestimenta y mi apariencia física.

Como si eso no fuera suficiente, nuestra relación de colaboración profesional había empezado a instalarse en nuestras rutinas.

—¿Qué sientes cuando ves una pareja besándose en público? —le pregunté un jueves cualquiera, mientras esperaba el ascensor que jamás venía.

—Depende. ¿Otra vez estás bloqueando la salida?

—No. Hoy tampoco funciona y paso de bajar por las escaleras. Tengo agujetas ya de tanto escaloncito de mierda.

—Ah, pues mira qué bien le va a venir eso a tu sedentarismo. Déjame pasar.

—¡Hugo! Por favor.

—Lo siento. ¿Debo fingir ternura? Porque eso no viene de fábrica, te lo aseguro.

Tomé nota en mi libreta. Sí, llevaba una, esa en la que había anotado sus estrictos horarios. Algo innecesario, ya que siempre eran los mismos y me los sabía de memoria. Él miraba la libreta

como si fuera radioactiva y hubiera que enterrarla en las profundidades del océano para evitar una guerra nuclear que extinguiera la raza humana.

—Es para mi libro —le aclaré.

—¿En serio estás escribiendo lo que digo?

—Tú eres la fuente de información emocional más básica que he conocido. No pienso desperdiciar cada palabra que digas. Aunque ya te digo yo que con lo poco que hablas mi bolígrafo te lo va a agradecer. No sería capaz de gastar la tinta contigo ni en un millón de años.

Él suspiró. Me pareció que estaba a un suspiro más de mudarse a la otra punta del planeta para perderme de vista, pero eso no iba a pasar.

Ese viernes, un día después de nuestra última conversación, en un momento de inspiración, decidí que necesitaba ambientación para escribir la escaleta de mi siguiente novela. Así que conecté mi altavoz con bluetooth a mi móvil y comencé con mi lista de reproducción estrella para esa ocasión: «Inspiraciones de nuevos comienzos».

A las tres canciones, ya estaba planificando una escena donde el protagonista construía una casita en el árbol con luces de colores para confesar su amor. A las cuatro canciones, ya lloraba. A las cinco, comenzaron los golpes en la pared. Evidentemente, todo eso con sus correspondientes anuncios, porque si algo tenía claro en la vida era que no iba a pagar jamás de los jamases la suscripción *premium* a Spotify. Con esos golpes era imposible trabajar. Así una no podía hacer nada.

Toqué el ritmo de «My Heart Will Go On» con los nudillos contra la pared mientras cantaba muy alto la parte del estribillo. Lo hice solo para molestar, aunque me viniera arriba en la frase de: *«Near, far, wherever you are»*. La respuesta fue un golpe seco. Estaba segura de que tenía que haberse hecho daño en la mano.

—¡Estoy creando literatura! —grité.

—¡Estoy tratando de dormir!

—¡Son las dos de la tarde!

—¡Exacto! ¡Hora de una siesta productiva!

—¡La siesta se duerme más tarde! Técnicamente, ahora es la hora de comer.

—¡Joder! ¡Para ya!

No respondí. Había dicho una palabrota, no me lo podía creer. Él, don Educado, había dicho una palabra fea. Eso era algo serio y no pensaba poner mi integridad en juego. El señor Darcy maulló en señal de protesta. O de solidaridad. No estaba segura.

Al día siguiente, lo vi frente a su puerta con un paquete en las manos, cara de pocos amigos y los auriculares puestos justo cuando yo volvía del centro comercial. Había ido a comprar algo de ropa decente. Odiaba ir de compras y eso hacía que mi armario estuviera en huelga textil.

—¿Puedo sugerirte una *playlist* que no active los neurotransmisores involucrados en la conducta suicida? —dijo nada más verme.

—¡Hola! ¿Qué tal? —Un poquito de educación mañanera no hubiera estado mal por su parte—. ¿Puedo sugerirte emociones humanas básicas? Tengo unas cuantas con las que puedes empezar. La alegría o la felicidad, por ejemplo. ¿Te suenan? ¿Las conoces?

—¿Puedo sugerirte aislamiento acústico? —Había ignorado por completo responderme y yo no tenía ganas de entrar en una absurda pelea de preguntas ridículas.

—Esto no va a funcionar si no podemos coexistir como adultos. —Me crucé de brazos con un gesto más infantil que adulto.

—Entonces tendrás que evolucionar. —Mi ceja se arqueó sola, por instinto, no sabía si homicida. Dejé las bolsas que llevaba en el suelo porque al haber cruzado los brazos con ellas, ya me dolían.

—¿Acabas de decir que tengo que evolucionar? —pregunté dándole la oportunidad de cambiar sus palabras.

—Sí. Eso he dicho. —Encima se reafirmaba el muy capullo.

—Yo no soy ningún tipo de Pokémon que tenga que evolucionar.

—Mejor. No quiero tener que atraparte en la pokeball y tener que entrenarte. Créeme que eso sería una tarea difícil.

—¿Me has visto cara de Pikachu?

—Más bien serías Rayquaza.

—No tengo once años para ponerme a hablar de Pokémons y mierdas de esas. Aunque, por lo que veo, tu faceta de ingeniero friki tiene ganas de hacer una gran actuación maestra. Pero, muy a tu pesar, tengo prisa y no puedo estar aquí perdiendo mi valioso tiempo libre.

Cogí las bolsas de la compra y me metí en mi piso sin darle tiempo a responder ningún argumento de esos suyos tan lógicos que explicara por qué con su edad me estaba hablando de una serie de dibujos. Por supuesto, ya había tomado una nota mental de la escenita que acabábamos de vivir: buscar una manera legal de esconder un altavoz en su casa y poner reguetón a las tres de la madrugada. Estaba completamente segura de que ese estilo de música iba a activar todos los neurotransmisores esos que había mencionado él antes.

Y justo cuando pensé que las cosas no podían ir a peor, me topé con él en el supermercado ese mismo día. El destino estaba haciendo de las suyas, o eso quise creer.

Ahí estaba yo empujando mi carrito lleno de productos básicos y un par de paquetitos de galletas con forma de corazón y un pegote de mermelada de frambuesa sobre la capa de chocolate belga que las cubría. No sabía si estarían buenas, pero eran tan bonitas y estaban tan baratas que no podía irme sin ellas. Él estaba mirando una estantería de detergentes con la concentración de alguien que está resolviendo una ecuación.

—¿Tú compras detergente por componentes químicos? —le pregunté.

—Obvio.

—¿No eliges el que huele bien?

—Eso no es criterio técnico. Y además, nunca se me ocurriría abrir un bote para olisquear como si fuera un perro—. Menos mal que no me había visto olfateando cada bote unos minutos antes. Hubiera entrado en estado catatónico.

—Tampoco es criterio vivir como un Excel andante y tú lo haces. No me sirve esa respuesta.

Me siguió hasta la caja ignorando mi comentario. No porque me estuviera espiando, cosas que me hubiera gustado, como si se

tratara de una de mis novelas, una en la que los protagonistas se buscaban entre los pasillos para tener encuentros fortuitos y decidían hacer su compra juntos. Pero no, estaba detrás de mí porque ya había terminado y porque solo había una abierta.

Mientras esperábamos, se me cayó uno de los paquetes de galletas. Hugo lo recogió del suelo y lo miró.

—Galletitas Amorosas: forma de corazón.

—Están deliciosas.

—Están hechas de azúcar, colorante y una gran proporción de depresión. De lo ultraprocesadas que están, mejor ni hablamos. —Cogí el paquete de vuelta cuando me lo tendió y se lo quité de la mano con rabia.

—Mejor, sí. Tú compras detergente por componentes y yo elijo galletas por forma. ¿Quién crees que se divierte más? ¿Tú o yo?

—Probablemente tú. Pero yo no tengo diabetes.

—Ni yo tampoco. A ver tú qué te has pensado, listillo.

Hugo

Lo dijo sin pensar, viniendo de ella no podía estar calculado, era la persona más espontánea que había conocido en mi vida. Siempre parecía que estábamos en un partido de bádminton verbal, donde cada frase tenía una intención disfrazada de sarcasmo a cada lado de la mesa y un público, invisible, miraba hacia un lado y hacia el otro esperando a saber quién ganaba el punto de partido.

No sé cuál fue el momento exacto en el que dejé de ver nuestras conversaciones como una pérdida de tiempo y empecé a tomarlas como desafíos estimulantes. Supongo que fue cuando descubrí que, pese a su desorden emocional y sus zapatillas horrorosas, podía sostener una conversación de lo más interesante con ella.

Y, sin embargo, cada vez que abría la boca para ofrecerle alguna de mis ideas, Érika me miraba indiferente como si estuviera diciendo algo completamente absurdo u ofensivo, o las dos cosas a la vez. Como en el supermercado, por ejemplo, con las galletas esas ridículas. Esos corazones recubiertos de mermelada de frambuesa

eran un auténtico atentado a la nutrición y a la estética. Pero en sus manos, parecían un símbolo de algo más. Algo que no sabía interpretar y que, sinceramente, no me había propuesto desgranar.

Quizá me incomodaba que no fuera tan predecible como el resto de personas que componían mi entorno, no sabía qué podía esperar de ella. Quizá me molestaba que fuera capaz de usar su desorden como si de un escudo mágico contra mi lógica se tratara. O quizá me fastidiaba que sus zapatillas, sus *playlist* perfectas para cortarse las venas y sus galletas con forma de corazón no me resultaban tan insoportables como deberían.

No entendía por qué cada conversación con ella cada vez que la veía terminaba siendo una discusión. O sí lo sabía. Y eso era lo peor. Tenía algo que me intrigaba demasiado.

Capítulo 4

A veces, me preguntaba si ese experimento iba a funcionar. Si de verdad iba a ser posible escribir una historia más realista y menos cursi. Lo cierto era que mi experiencia sentimental no ayudaba en absoluto. Todas mis relaciones y mis casi algo habían acabado mal. Fatal.

Cada vez que hablaba con él, surgía algo. Un pensamiento fugaz sobre dos personas, una frase llena de sentimientos, no siempre buenos, y una escena de esas que daban giros a la historia. Porque me daba igual todo lo que él dijera, los sentimientos movían a la humanidad y él no iba a cambiar mi forma de pensar.

Y muy a mi pesar, también surgían mariposas revoloteando en mi estómago. Siempre me habían gustado los retos, como aquella vez que tuve una cita con un guiri que no hablaba español y que fue un desastre, la noche fue muy bien, ya que entre las sábanas no eran necesarias las palabras, pero después de acabar, eso de no poder hablar nada me quitó las ganas de seguir conociéndolo. Además, una bonita historia, de esas que yo escribía, nunca empezaba así.

—Érika —me dije en voz alta al volver a casa ese día—, no estás desarrollando sentimientos. Estás desarrollando material literario. Nada más. Hugo no te gusta. Las mariposas de antes eran hambre, solo eso.

El señor Darcy no pareció convencido de lo que había dicho. ¿Y para qué voy a mentir? Yo tampoco.

La siguiente tragedia empezó con un sonido. Un sonido de esos que no presagiaba nada bueno. Como la musiquilla estridente en las películas de terror que siempre anunciaba una muerte segura.

Grrrr-clac-cloc-clac.

Ese fue el ruido. Así, textual.

Era sábado, eran las diez de la noche, y yo bajaba con la basura. Había cenado algo de marisco y el olor de las cabezas de las gambas estaba alterando al señor Darcy en exceso. Si no la bajaba, no me

iba a dejar dormir, ya me había pasado. Bajé en pantuflas, otra vez, mi único calzado oficial para llevar a cabo misiones cortas. El ascensor, milagrosamente, funcionó. Entré. Pulsé sin mirar el botón de la planta baja. Se cerraron las puertas y llegó el maldito momento:

Grrrr-clac-cloc-clac.

Y se detuvo. De repente se fue la luz y todo se quedó a oscuras. Ni siquiera brillaba el botoncito de emergencia. Nada. Cero electricidad. Una voz en mi cabeza gritó: «¡Vamos a morir aquí!». Otra voz gritó: «¡Si no vienen rápido a sacarnos, vas a tener que chupar las cabezas de la basura para sobrevivir!». Empecé a hiperventilar. Me estaba poniendo nerviosa. Mucho. Demasiado. Un sudor frío empapaba mi camiseta.

Pero la única voz que realmente sonó, porque venía de fuera, fue:

—¿Érika? ¿Estás bien?

Era Hugo, estaba fuera del ascensor y en pijama. Lo juro. Pensaba que un ser como él no usaría ese tipo de prendas y que dormiría de otra manera. Por el día, elegante. Por la noche, en calzoncillos. Esa imagen subió la temperatura. La de mi cuerpo, no la del ascensor. Me lo imaginé tumbado en su cama de forma sensual. Tenía que borrar esa imagen de mi mente. Solo me faltaba eso.

—¡Hugo! ¡El ascensor se ha quedado atascado! ¡Otra vez! —Estaba a nada de echarme a llorar. A veces era un poquito claustrofóbica.

—Ya lo veo —dijo con su típico entusiasmo, como si fuera un vegetal plantado al sol.

—¡Haz algo! ¡Llama a mantenimiento! ¡Al 112! ¡A alguien! Te lo pido por favor.

Escuché una respiración resignada al otro lado de la puerta.

—Érika has sido tú la que ha apretado el botón de detener.

—¿El qué? —pregunté confundida.

Me iluminó con la linterna del móvil desde fuera.

Ahí estaba. Amarillo, brillante y parpadeante. El botón. El que tiene un símbolo de emergencia.

—Ay… Ups. —No me salían las palabras. Me sentía ridícula.

—¿Ups? —repitió él, con voz de padre que se ha resignado a la paternidad porque no le ha quedado más remedio.

—¡No me juzgues! Estaba oscuro, tenía miedo. Además, ¡¿quién pone ese botón al lado del de cerrar la puerta?!

—Gente lógica, por supuesto. Diseñadores de ascensores. El noventa y siete por ciento del planeta.

—El noventa y siete por ciento de la gente no es diseñadora de ascensores. —A veces era un poco pedante.

—Pero sí lógica.

—Vale, que sí, pesado.

Apreté el botón de nuevo y el ascensor volvió a funcionar. Las puertas se abrieron. Así de sencillo. Hugo estaba ahí, mirándome con cara de «la loca de mi vecina no tiene remedio».

—Gracias por salvarme la vida —dije, con un dramatismo digno de los Premios Óscar.

—Literalmente solo apretaste el mismo botón, pero de nada, supongo.

—Y aun así, he sobrevivido. Eso merece reconocimiento. ¿No tienes por ahí una medallita de heroína de lo innecesario?

Él negó con la cabeza y volvió a su piso. Yo también. O al menos eso intenté. Pero al intentar entrar en mi piso, me recibió un sonido que me heló la sangre.

¡Clac! ¡Clic! ¡CLANK!

La puerta se había cerrado con las llaves puestas por dentro. Las putas llaves. Como nunca las dejaba en el mismo lugar porque no tenía un colgador de esos que se ponen en el pasillo, usaba dos juegos de llaves para simplificar las búsquedas y aumentar la probabilidad de encontrarlas. Para que luego Hugo dijera de mí que no era planificadora y que me dejaba llevar por las emociones. A veces, utilizaba la lógica. Pero seguro que él también lo criticaba.

Me giré, lentamente, como en una película de suspense y toqué el timbre de enfrente.

—¿Otra vez tú? —dijo Hugo sin sorpresa alguna.

—Ahora estoy atrapada fuera de casa. He dejado las llaves por dentro.

—¿Y qué quieres que haga? No soy cerrajero.

—No sé. Ayúdame.

—¿Por qué no las cuelgas en una cuerda y las llevas en el cuello?

—Porque eso lo hacen los niños —justifiqué mirándole mal.

—¿Alguna vez has comprobado tu edad? La mental, digo.

—No hago tests de esos ridículos.

—Pues deberías hacerlos. Te ayudaría a conocerte a ti misma.

—Otro día. ¿Me dejas dormir en tu sofá?

—¿Perdona? —preguntó atragantándose con su propia saliva.

—¿Me adoptas por una noche?

—Llama al seguro, mejor.

—He dejado mi teléfono dentro. Solo iba a tirar la basura. —Subí el brazo para que viera la bolsa.

—Yo te dejo el mío. No hay problema.

—Pero, ¿tú te crees que yo me sé el teléfono del seguro y el número de mi póliza?

—¿Sí? Es lo más normal.

—Lo será para ti. Yo no me aprendo ese tipo de cosas. ¡Qué tontería!

—Ya, claro. —Suspiró con resignación. El señor Darcy, desde mi puerta, maulló con pena.

—Solo será esta noche. Mañana llamo al cerrajero. Te lo juro por mi colección de novelas románticas —prometí con la mano sobre el corazón para darle más pena.

—¿Duermes abrazada a libros?

—A veces. Son menos complicados que los humanos y siempre tienen un final feliz, al menos el género que yo suelo leer, claro.

—Tú no estás bien de la cabeza.

—¿Lo dices tú? Mira, no me hagas reír.

—No pretendo ser gracioso.

—En realidad, a veces me duermo mientras estoy leyendo. No tengo una estructura de cama hecha de libros, aunque me encantaría. He visto alguna que otra en Instagram que está chulísima.

—No te he pedido una explicación.

—Rancio. —Intenté que sonara a insulto, pero ni se inmutó siquiera.

—Vale, está bien. Pero antes baja esa bolsa de basura. —Señaló la basura que llevaba todavía de la mano.

—No pienso bajar por las escaleras.

—Y yo no pienso dejarte entrar a mi casa con esa bomba de alérgenos.

—¿Qué dices, flipado?

—Soy alérgico al marisco. No vas a entrar con eso aquí. Así que ya sabes.

—Joder, vale. Me tocará bajar por las escaleras.

—El ascensor funciona perfectamente.

—Por si acaso —dije dándome la vuelta con gracia—. Ahora subo. Espérame.

No me fiaba de que se metiera para adentro y después me ignorara. Bajé las escaleras de dos en dos, tiré la basura y volví a subir, en esa ocasión de una en una. Estaba ágil, pero no tanto.

Entré en su casa como quien entra en una iglesia. Silenciosa y temblorosa. Había dejado la puerta entornada. Olía a limpieza de laboratorio, a hospital, ese olor tan particular. Eché una ojeada a mi alrededor. Fui husmeando cada estancia con poco disimulo. En el salón no había ni un solo cojín fuera de lugar. Las cortinas estaban perfectamente alineadas. Todo colocadísimo, como si fuera un catálogo del Ikea y esa tarde hubieran ido a hacer fotos para la siguiente temporada. Fui a la cocina. La nevera estaba llena de etiquetas pegadas. Eso humanizó un poquito a Hugo, era una prueba de que Don Perfecto a veces se olvidaba de las cosas y tenía que anotarlas. Las especias estaban ordenadas por orden alfabético. «¿Quién en su sano juicio hacía eso?»

—¿Dónde puedo sentarme? —pregunté.

—No toques nada y deja de analizar todo. Ven aquí.

—Entendido. ¿Me das permiso para tocar el aire sin contaminar tu atmósfera?

—Realmente el aire no se puede tocar porque es un gas, sus moléculas están dispersas y en constante movimiento.

—No he pedido una clase de física y química, pero gracias.

—No me queda más remedio que aguantar esto.

Lo seguí. Me llevó al salón y me señaló el sofá con una toalla. Ya estaba puesta, perfectamente estirada. Había una manta fina encima perfectamente doblada.

—¿Tienes una almohada?

—No hago uso de eso.

—¿Cómo puedes vivir así? —pregunté sorprendida. Para mí era imposible dormir sin almohada.

—Postura correcta. No necesito objetos blandos que echen a perder mi columna vertebral.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—¿Sabes que estás a un paso de convertirte en *cyborg*? Eso, si no lo eres ya, claro.

—Gracias.

—No era un cumplido —especifiqué por si no se había dado cuenta de que no era algo positivo. Él me ignoró.

Nos sentamos en los extremos opuestos del sofá. Él con una copa de vino blanco. Yo con una taza de algún tipo de zumo natural con cosas raras que me había dado y que tenía una frase. «No molestes antes del café». Fue algo sorprendente, no me lo esperaba, pero ya teníamos algo en común. Yo tenía una gran colección de tazas con frases.

—¿No te molesta tenerme aquí? —pregunté para romper el hielo, bajito.

—Solo si te pones a cantar Céline Dion a las tres de la mañana, pero no creo que vayas a hacer eso. Supongo, que en el fondo, hay algo de lógica en eso que tienes sobre los hombros.

—¿En mi cabeza?

—¿Dónde si no?

—No sé, viniendo de ti, lo mismo te refieres a algún sistema neural dentro de mi cerebro o algo.

—Pero, ¿qué dices?

—Nada, déjalo. Prometo no hacerlo si tú dormido no explicas fórmulas sobre el amor mientras intento soñar con Ryan Gosling.

Nos miramos y reímos a la vez. Algo crujió en el aire. Tal vez fueron las paredes invisibles del universo que separaban nuestras

personalidades extremadamente diferentes.

—¿Sabes qué me molesta de ti? —le dije. No había necesidad de hacer esa confesión, pero quería que lo supiera.

—A ver. Sorpréndeme.

—Que tienes respuestas para todo. Y no son románticas. Son eficientes. Como si el mundo fuera un código binario: amor o no amor. Blanco o negro. Carne o pescado.

—¿Y tú qué prefieres?

—El caos. Siempre el caos. El gris y una paella mixta. El «no sé qué está pasando, pero siento maripositas en el estómago».

—Eso en realidad se llama ansiedad —respondió, sin una pizca de emoción alguna.

—¡No! ¡Eso se llama preámbulo de un beso! No solo pasa en mis libros o en las películas, también pasa en la vida real, pero tú no estás preparado para hablar de eso.

Se hizo un silencio largo y demasiado incómodo. Ese tipo de silencio que solo podía romperse con algo verdaderamente ridículo.

—Tengo hambre —dije.

—Tengo avena, aunque no sé si te gustará.

—Eso parece comida para pájaros.

—Mejor galletitas de corazón, ¿no?

—¿Eres un castigo enviado por mis antepasados por algo que hice mal en una vida anterior? Empiezo a preguntármelo seriamente.

—No creo en la reencarnación.

—Bueno, venga, no vamos a hablar ahora sobre un tema tan existencial. Dame lo que sea que tengas, por favor.

Al final, comimos avena con miel en su cocina mientras él me explicaba la proporción exacta que había que echar para evitar que quedara demasiado líquida. Daba igual, eso tenía pinta de vomitado y yo solo prefería pensar en cómo era posible que ese hombre fuera una mezcla de lógica insoportable y… misteriosamente atractiva. Maldita sea. Me gustaba. No podía negarlo, aunque a él no se lo iba a decir, no quería que supiera mis debilidades. Era capaz de usarlas en mi contra.

Cuando se fue a su dormitorio me acosté en el sofá, era tan firme como su personalidad, yo tenía que cambiar el mío. Daba igual en

qué lado te sentaras, se hundía y te clavabas la tabla de madera que había por debajo.

Ya tumbada y con todo a oscuras pensé en lo raro que era todo. La vida. Las coincidencias. Los sentimientos. Que mi vecino robot acabara siendo mi salvavidas nocturno. Aunque no lo supiera y jamás fuera a saberlo.

Mientras intentaba dormir, entre el tic-tac de su reloj sincronizado que había dejado sobre la mesita que tenía justo al lado y la falta de un cojín mullido y que no pareciera fabricado por ingenieros espaciales, me prometí a mí misma que solo sería esa noche. No podía volver a dormir en ese piso. No estaba segura de que no fuera a ir a hurtadillas hasta su habitación y me metiera silenciosamente bajo sus sábanas. Acurrucada. Pegada a él oliendo el aroma que desprendía su piel. Contando los latidos de su hermético y helado corazón. Sabía que sería capaz de llamar a la policía. No quería tener que escribir mi novela desde la fría celda de una cárcel. Una noche. Una sola. O eso quise creer.

Hugo

A veces me preguntaba cómo había acabado envuelto en semejante locura. Supuestamente, iba a ser una colaboración racional, un estudio sobre el amor desde perspectivas opuestas. Lógica y emoción. Sin embargo, desde el principio supe que el caos tenía nombre de mujer: Érika.

Cuando escuché el ascensor hacer ese ruido —grrrr-clac-cloc-clac —, supe que era ella. No por clarividencia, sino porque nadie más bajaba la basura en pantuflas a las diez de la noche con una bolsa que olía como un mercado de marisco en pleno mes de agosto. Y, efectivamente, ahí estaba su voz a gritos, histérica por estar atrapada en el ascensor como en una escena mal escrita de una comedia romántica.

—Érika has apretado el botón de detener —le dije cuando vi el parpadeo del botón de emergencia iluminado como una señal del destino. Y por supuesto, su respuesta fue un «ups». Porque en su mundo de fantasía, un «ups» servía para justificar todo lo que fuera

necesario, desde confundir un botón hasta, probablemente, iniciar una guerra nuclear.

Luego pasó lo de las llaves y su puerta cerrada. El gato maullando con un dramatismo digno de ser la mascota de una escritora en apuros al otro lado. Y ella, en nuestro rellano, con la cara de alguien que venía a pedir refugio como si yo fuera un centro de acogida para escritoras desastrosas. Y no sé por qué dije que sí, me dejé llevar. Tampoco tenías más opciones.

Tal vez fue porque, por muy exasperante que fuera en algunas ocasiones, me divertía. O porque, en el fondo, me preocupaba por ella más de lo que estaba dispuesto a admitir. O porque, si soy brutalmente honesto conmigo mismo, había algo en su torpeza y en su caos imprevisible, que me obligaba a quedarme más tiempo del que dictaba la lógica de mi cabeza. Y eso no tenía ni una explicación científica que lo justificara.

Capítulo 5

Me desperté con olor a café. Podría acostumbrarme a eso con facilidad. Pero claro, solo podía significar una de tres cosas:

Estaba soñando o alguien me había secuestrado y trataba de sobornarme o Hugo, el *cyborg* con sentimientos programados, estaba cocinando.

Abrí un ojo. Luego el otro. Y ya con los dos abiertos lo miré. Ahí estaba él. Hugo, de espaldas, en su impecable cocina, con una bata de señor mayor gris a rayas. Todo estaba ordenado como si un robot limpiador pasara cada cinco minutos por la encimera.

—Buenos días —dijo, sin girarse. «¿Cómo sabía que me había despertado?

—Buenos es mucho decir, la verdad. Me duele la espalda y he soñado que me casaba con un cactus.

—¿Romántico? —preguntó girándose hacia mí. Estaba realmente atractivo recién levantado.

—Mejor dicho, tóxico. Me decía que no era suficiente para él y que necesitaba más luz solar.

—Eso suena alarmantemente simbólico.

—Ya, bueno. Lo que tú digas. —Ni soñar a gusto podía una.

Me senté en el borde del sofá. Él colocó una taza frente a mí, con una servilleta doblada al milímetro exacto. Café con leche. Sin azúcar. Justo como me gusta. Y no recordaba haberle dicho eso. ¿Lo había adivinado? ¿Me había observado en la cafetería? ¿Tenía un algoritmo para esto? Era eso, seguro.

—¿Has desarrollado una aplicación de predicción del café ideal?

—No. Pero siempre lo pongo así y si la persona quiere un extra, me lo dice y ya está. —Sentí unos celos irracionales al pensar que otra mujer pudiera desayunar con la que ya era mi taza favorita. Otra mujer que no fuera yo y que sí tuviera el valor de colarse entre sus sábanas.

—Ah. Claro. Tiene lógica. —No dije nada más. Estaba demasiado molesta como para mantener una conversación con él.

Desayunamos en silencio durante unos minutos. Y digo en silencio como quien dice al borde de una tensión existencial.

Hugo estaba comiendo una tostada de aguacate con huevo pochado. ¿Quién desayunaba así un domingo? Yo apenas podía mantenerme consciente y dar pequeños sorbos a mi café. El verde de su aguacate me revolvía el estómago. Tenía un color bonito, pero el sabor era realmente asqueroso y la textura aún peor.

—¿Siempre te despiertas a la misma hora? —pregunté.

—Sí.

—¿Incluso en vacaciones?

—Especialmente en vacaciones. El tiempo libre debe optimizarse de una forma correcta.

—Eres la peor pesadilla de todo espíritu libre viviente.

—Y tú eres el sueño lúcido de un caos incontrolable.

Lo dijo sin sonreír, sin ningún tipo de gesto en su expresión. Pero algo en su tono era casi afectuoso. Casi.

—¿Alguna vez has hecho algo espontáneo? —le pregunté, sin pensar.

—Claro.

—¿Cómo qué? A ver, dime.

—Una vez doblé la ropa sin clasificar por colores.

—No.

—Sí. Y fue un error que nunca más volverá a suceder. Te lo aseguro.

Solté una carcajada. Lo vi apretar la mandíbula de forma exagerada. No sabía si era por la vergüenza de su confesión o porque la risa humana le provocaba alergia.

—¿Por qué no te gusta el romance? —solté de pronto.

—¿Por qué asumes que no me gusta?

—Porque vives como si estuvieras programado para evitar todo lo relacionado con los sentimientos amorosos. No tienes fotos personales, tus cojines están simétricos y ayer casi me diste una lista de instrucciones de uso para dormir en tu sofá.

—Tú crees que el romance es lo que ves en tus libros. Miradas, suspiros, palabras y besos bajo la lluvia.

—¿Y tú no?

—Creo que el amor está muy sobrevalorado. O, mejor dicho, malinterpretado. Se confunde la química con la compatibilidad. Se idolatra el drama y la privacidad. Se espera que alguien que se ha conocido en la calle llene vacíos que uno mismo ni siquiera ha identificado tras llevar toda una vida consigo mismo.

Me bebí de un sorbo el café que me quedaba para no tener que responder inmediatamente. No sabía qué decir, porque, por una vez, sentí que había algo de razón en sus palabras. Pero quizás eso se debía a un motivo que iba a acabar descubriendo tarde o temprano.

—Eso suena a alguien que ha sido herido —dije.

—Eso suena a alguien que busca drama donde no lo hay.

Me dolieron sus palabras. No porque tuviera razón, sino porque puede que la tuviera un poco, pero solo un poco.

—¿Sabes qué pasa contigo, Hugo? —repliqué, indignada—. Que estás tan ocupado ordenando tu mundo y todo lo que lo rodea que no te das la oportunidad de sentir. Quieres tenerlo todo bajo control, incluso las cosas que no se pueden controlar.

—¿Y tú sabes qué pasa contigo, Érika? Que estás tan ocupada soñando con una versión idealizada del amor, que te pierdes la parte en la que se trabaja para que ese amor funcione.

Nos miramos. Él con su gesto firme y la ceja levemente levantada, algo muy típico de él. Yo, con la taza vacía entre las manos, aferrándome a ella como si fuera un escudo que me protegiera de la madrastra malvada de los cuentos de Disney.

—¿Crees que no sé las implicaciones que conllevan una relación? —dije con la voz más suave.

—Creo que escribes finales felices porque la incertidumbre te da pánico.

—Y tú… ¿Has pensado que puede que huyas del amor porque no puedes predecirlo?

Se hizo el silencio más incómodo del universo. Tan incómodo, que por un momento me pareció haberlo hecho dudar. Un efímero momento.

Él respiró hondo. Yo también. Y entonces, sorprendentemente, dijo algo que me devolvió la fe en la humanidad.

—Tal vez no hacemos tan mal equipo.

Lo miré, entre confundida e intrigada.

—¿Tú crees?

—Eres desordenada, emocional y extremadamente exagerada, pero creo que puedo sobrellevarlo.

—Gracias, lo pondré en el apartado de cualidades personales en mi currículum.

—Y yo soy metódico, lógico y poco paciente, lo reconozco.

—Eso podrías ponerlo en el tuyo, en el mismo apartado. Puede que haya algún empleo en el que eso sea algo positivo. Tú valdrías para despedir a la gente.

—Me gusta mi trabajo. No voy a cambiarlo.

—Yo tampoco, evidentemente. A no ser que las lectoras dejen de leer mis novelas y entonces tenga que elegir entre seguir escribiendo o comer. Créeme, lo tendría muy claro.

—Lo sé. Te voy conociendo —añadió con un gesto parecido a una sonrisa—. Si alguien puede enseñarme a soportar el caos, probablemente seas tú.

—Y si alguien puede enseñarme a entender por qué las estadísticas importan… bueno, ya sabes a qué me refiero, sería alguien como tú. Aunque me cueste admitirlo.

Nos sonreímos. Fue la primera sonrisa compartida entre nosotros. No fue forzada, ni sarcástica, fue real, tanto, que tuve que contenerme para no saltar a sus brazos para abrazarle hasta que le faltara el aire y empezara a ponerse de un tono cianótico.

Justo en ese instante, mi móvil vibró. Era un mensaje de Carmen.

«Necesitamos una historia romántica con menos clichés y más realismo, por favor. Eso, o estás fuera, lo siento».

Tragué saliva. Hugo notó algo en mi cara.

—¿Problemas?

—Mi editora quiere que escriba una historia realista. Quiere que deje los clichés.

—¿Y eso es un problema para ti?

—Es como pedirle a un pez que deje de nadar, o pedirle a un pájaro que deje de volar. —Hugo se quedó callado unos segundos, pero algo en su rostro me transmitió tranquilidad.

—Podría ayudarte.

—¿A nadar sin agua o a volar sin alas?

—Tú no eres Nemo y tampoco Nigel, pero puedo ayudarte a entender el otro lado del amor. El realista. El práctico. El que no depende de la música de fondo ni de declaraciones bajo la lluvia.

—¿Acabas de hacer un guiño a la película Buscando a Nemo de Disney? ¿Tú ves películas de esas? ¡No me lo puedo creer! —chillé emocionada y poniéndome de pie para saltar en el sofá.

—Deja de hacer eso, por favor. —Me tendió una mano y me ayudó a bajar.

—¿Y yo qué te doy a cambio? Porque imagino que si tú me ayudas a mí, yo tendré que ayudarte a ti.

—Caos.

Lo dijo como si fuera una medicina. Yo sonreí como si fuera un virus feliz con patas.

—¿Hacemos un trato?

—Un experimento, más bien —corrigió él—. Solo para ver si realmente los opuestos pueden…

—¿Atraerse? —pregunté sorprendida. Se tomó su tiempo para responder.

—Coexistir, mejor dicho—concluyó él.

Lo miré de forma divertida. Algo se había movido en ese desayuno. Algo pequeño, casi insignificante, probablemente peligroso, pero definitivamente emocionante.

Y así empezó el experimento. Sin una hipótesis clara y sin finales garantizados. Con un desayuno incómodo, una conversación demasiado honesta y dos vecinos con el manual del amor en versiones completamente incompatibles.

Hugo

Érika tenía esa capacidad mágica de hacer que el desayuno más tranquilo del mundo se convirtiera en una montaña rusa emocional. Había entrado en mi casa como un torbellino y ahora estaba ahí, con el pelo enredado, sentada en mi sofá, bebiendo café como si la taza fuera un ancla emocional.

Me gustaba observarla cuando no se daba cuenta, no en un sentido romántico tradicional. Era como estudiar un fenómeno natural complejo, como ver una tormenta de cerca, impredecible, ruidosa, luminosa, peligrosamente fascinante, pero tan necesaria a la vez.

Cuando preguntó si había hecho algo espontáneo alguna vez, estuve a punto de mentirle, decirle que sí. Que una vez salté en paracaídas o que cogí un vuelo a Singapur sin billete de vuelta. Pero lo cierto es que el desorden me provocaba algún tipo de urticaria nerviosa. Así que dije la verdad, lo de la ropa sin clasificar. Y, aunque se rio, demasiado fuerte para esa hora de la mañana, no me sentí tan ridículo como habría imaginado.

Hablar con ella sobre el amor era como discutir sobre física cuántica con un gato: entretenido, pero inútil, no tenía sentido. O eso pensaba. Hasta que me preguntó por qué no me gustaba el romance.

Y no era que no me gustara. Era que no creía en su versión endulzada. Esa que ella parecía vivir como si la vida no tuviera otro propósito más, como si fuera un avatar de los Sims al que solo se le ha ordenado enamorarse. Su mundo era una mezcla de emoción, vocabulario de amor, corazones y giros dramáticos de los acontecimientos. El mío: números, ecuaciones, procesos y lógica. Pero cuando dijo que yo huía del amor porque no podía predecirlo, me sentó bastante mal. No porque fuera mentira. Sino porque, posiblemente, era lo más cerca que alguien había estado de describirme con una sola frase, y lo hizo sin apenas conocerme.

Érika me descolocaba por completo con sus preguntas, con su entusiasmo y con su forma de ver el mundo como si fuera una historia esperando a ser escrita.

Así que le propuse un trato. O, más exactamente, un experimento. Porque si había algo que yo sabía hacer bien, era

analizar patrones. Y ella era el patrón más extraño que había conocido en toda mi vida.

Y sí, aceptó. Con una sonrisa tan ancha que por un segundo me pareció que, quizá, solo quizá, el caos podía llegar a ser estadísticamente interesante para mí.

Capítulo 6

Nunca se firma un trato antes del segundo café del día. Eso debería estar escrito en piedra o tallado en un árbol milenario. O en mi frente. Más bien, en mi mente para evitar sufrimientos innecesarios, pero no. Yo era masoca y había desarrollado algún tipo de dependencia hacia el sufrimiento. ¡Cómo disfrutaba dramatizando!

Eso fue lo que hice. Llegar a un acuerdo completamente absurdo con pintas de estar por casa, medio despeinada y todavía con la resaca emocional de un desayuno que incluyó una conversación filosófica con un hombre que creía que el amor era una reacción química tan fugaz como la efervescencia de una pastilla de vitamina C.

—Entonces… ¿Esto sería como una especie de ensayo social? —pregunté mientras me sentaba en su escritorio.

—Un experimento. Por favor, no te sientes sobre la mesa, tienes una silla ahí —indicó señalando justo al lado—. Yo te ayudo a entender las relaciones desde una perspectiva realista, y tú… bueno, tú haces lo tuyo. No hace falta más.

—¿Ese «lo tuyo» que dices es sinónimo de llorar con comedias románticas mientras comes helado y escribir escenas donde la gente se declara en aeropuertos?

—Exactamente. Necesito una exposición a tu caos emocional.

—Gracias. Me siento como una ratita de laboratorio emocional.

—Preferiría decir sujeto de observación dinámica no controlada.

—Qué romántico suena eso viniendo de ti, ¿no?

—No lo he dicho con esa intención.

Él sacó una libreta. De esas negras con tapa dura, sin dibujos ni nada que le diera un poco de vidilla. Parecía más apropiada para anotar fórmulas físicas que para escribir sentimientos.

—He elaborado un plan preliminar mientras dormías —dijo muy serio—. Son cinco fases en total.

—¿Cinco fases para entender el amor?

—Cinco fases para comprender por qué la gente cree que está enamorada, más bien.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Claro.

Me acerqué hasta donde él se encontraba, intenté hacerlo de forma sensual moviendo mis caderas al andar, pero ni siquiera me miró. Tenía curiosidad por saber qué había escrito ahí.

—¿Tú realmente crees que el amor es una ilusión? —pregunté cogiendo la libreta de sus manos, las rocé ligeramente y él las apartó de forma rápida como si tuviera miedo de que le diera un calambre o le contagiara una enfermedad terminal.

—No. Creo que es una mezcla de atracción, proyección de expectativas, miedo a la soledad y oxitocina. Esto último en grandes cantidades. Es lo que hace que cada relación sea de una manera u otra. Cada persona libera una cantidad diferente de esta hormona.

—¿La oxitocina no es la hormona esa que tienen las mujeres para parir?

—No. Los dos géneros la segregan, aunque el femenino tenga los niveles más altos. No solo sirve para eso, que también, sino para jugar un papel muy importante en el contacto físico, las relaciones sexuales y las interacciones sociales.

—Dios mío, lo dices como si estuvieras programado para decir frases hechas del amor.

—No es eso. Simplemente, me gusta estar informado.

—Ya veo, ya. —Deslicé un dedo por su pecho. Quería provocar algo en él, lo que fuera—. ¿Tú eres más de física o de química?

Se encogió de hombros y me miró de forma extraña, como si no entendiera mi pregunta. Mi dedo llegó hasta su ombligo y mi mano se posó sobre su vientre. Él dio un paso hacia atrás de manera poco disimulada.

—La gente confunde química con destino. Y cuando la etapa hormonal baja, que siempre lo hace, solo es cuestión de tiempo, solo quedan dos personas que no saben ni qué desayunar juntas. Que se miran y ya no tienen nada que decir, solo la previsión del tiempo.

Lo observé durante unos segundos. Por un lado, quería golpearle con un cojín con forma de corazón, uno de los míos, no de los suyos, y, por otro lado, quería meterlo en una de mis novelas y convertirlo en el protagonista masculino más romántico de todos los tiempos. Quería que aprendiera a sentir sin pensar tanto. Que se dejara llevar. Que tan solo con un roce de la protagonista femenina se volviera loco, la cogiera entre sus brazos, la apoyara contra la pared y…

—Vale —dije al fin dejando a un lado la escena que había imaginado en un momento—. ¿Cuál es la fase uno de tu brillante plan para diseccionar el amor?

—Observación —dijo con una sonrisa de superioridad que no me gustó nada, ni un poquito.

—¿Observación?

—Sí. Tenemos que salir a la calle y analizar cómo actúan las parejas reales en su vida cotidiana. Cómo se comportan sin música de fondo y sin guiones cursis. Tenemos que observar lo que realmente hacen. No lo que tú imaginas y luego escribes en tus libros.

—No vas a ofenderme con tus palabras. Mis novelas siempre han estado en los primeros puestos de ventas tras su lanzamiento.

—No lo dudo, de verdad.

—¿Lo dices en serio? —pregunté incrédula.

—Por supuesto. La gente que tiene la lectura como afición, al final, se deja llevar por el resto de las personas. Y si ven que una novela está colocada en una estantería céntrica, se dejan llevar por el consumismo y la compran. No hay más.

—No tiene gracia. Estás menospreciando mi trabajo.

—No es eso. Perdona si te ha dado esa impresión. No era mi intención ofenderte. Es simplemente una estrategia de marketing.

—A veces creo que te han hecho una lobotomía sentimental, te lo juro.

—Y a veces creo que eres graciosa. —Eso me gustó. No estaba mal recibir un halago por su parte, porque esperaba que lo fuera.

—¿Y entonces qué hacemos? ¿Nos sentamos en un parque con prismáticos como dos viejos locos que dan de comer a las palomas?

—Exactamente eso. Pero sin prismáticos y sin pan. No está permitido dar comida a las palomas y no queremos una denuncia.

Cerré los ojos y respiré hondo. Me estaba convenciendo y me iba a dejar llevar por un plan completamente disparatado y absurdo.

—¡Qué locura! A quien le cuente que estoy a punto de convertirme en una socióloga *amateur* con un ingeniero emocionalmente bloqueado no se lo creería.

—Te recuerdo que esto es mutuo.

—Sí, sí. Tú te expones a mi caos emocional y yo a tu estructura lógica. Lo tengo claro.

—¿Estás segura de que puedes seguir las reglas?

—¿Qué reglas?

—Nada de dramatizaciones innecesarias. Nada de fingir que estás en una de tus novelas. Y, por supuesto, nada de suspiros prolongados mirando al cielo.

Me crucé de brazos. Quería cambiar mi esencia y hasta mi forma de actuar, no solo la de imaginar.

—No me estás pidiendo una colaboración, sino que me estás pidiendo que niegue mi naturaleza.

—Te estoy pidiendo que observes sin intervenir. Como en un safari. Esos lugares a los que vas y pasas con el coche para ver a los animales en su hábitat sin intervenir. Lo digo simplificando, porque en realidad no es su hábitat del todo.

—Sé lo que es un safari. Mis padres me llevaron a alguno de pequeña —confesé con los dientes apretados. Seguía con los brazos cruzados. No me estaba haciendo nada de gracia el plan. Y encima, él me trataba como si tuviera cinco años.

Lo pensé un momento detenidamente. Muy en el fondo, pero muy, muy en el fondo. Había una parte de mí que quería entender por qué mi historial amoroso parecía más una comedia de errores que una historia de amor. Quizá con eso obtuviera la respuesta.

Puede que tuviera razón, que lo idealizara todo demasiado y que esperaba que cada cita tuviera una banda sonora específica como las películas. Puede que buscara que cada gesto fuera significativo y que cada beso lo sintiera como si flotara entre nubes con el olor característico del algodón dulce de las ferias.

—Está bien —dije bajando los brazos, ya me dolían—. Fase uno: observación. Pero si veo a una pareja besándose bajo la lluvia y tú me impides suspirar, el trato se rompe. ¿Queda claro?

—Hecho. Aunque hoy la probabilidad del tiempo da un cero por ciento de agua.

—¿Qué eres ahora? ¿El chico del tiempo en los informativos?

—No. Pero todos los días miro la meteorología. Es una costumbre que tengo.

—Eres rarísimo, de verdad.

—Es algo que hace mucha gente, no solo yo —justificó, pero no me convenció.

—Vale, vale. Lo que tú digas. ¿Te ha quedado claro de verdad?

—Que sí, pesada. Pero si tú te lanzas a abrazar a desconocidos gritando que el amor existe, también se acaba el trato.

—Yo no hago eso. ¿Por quién me has tomado?

—No lo sé. No te conozco lo suficiente para afirmar eso.

Él tendió su mano, yo se la di, y con eso, sellamos nuestro trato. Fue raro. No por el contacto, sino porque por un segundo, un segundo diminuto y casi imperceptible, sentí algo eléctrico en mi interior. No en plan destino, sino como si dos imanes se hubieran reconocido, incluso siendo del polo equivocado.

—¿Estás lista para salir a analizar el comportamiento amoroso humano? —preguntó cerrando su libreta.

—Siempre y cuando me compres un helado.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado.

—¿El helado es parte del experimento?

—Es parte de mi sistema de supervivencia emocional.

—Voy a necesitar un diagrama de eso. Cuando tengas un rato libre, ¿me lo haces, por favor?

Así empezó nuestro trato. Yo con mis mariposas imaginarias, él con sus gráficos mentales y el universo riéndose en algún rincón, mientras preparaba las siguientes fases de un experimento que, si algo era seguro, no seguiría ningún plan.

Aquella mañana el parque estaba lleno de parejas. Había una gran cantidad de los clichés que uno podría esperar. Chicos con

chicas, chicas con chicas, chicos con chicos, personas abrazadas caminando al ritmo de una melodía que no se oía en voz alta, pero yo sí escuchaba en mi cabeza. No faltaban personas entregadas a lo que parecía una representación teatral del amor.

—¿Ves? —dije señalando a una pareja de jóvenes que caminaban cogidos de la mano mientras reían—. Eso es lo que yo llamo «el momento perfecto». Una combinación de química y destino.

—Eso es lo que yo más bien llamaría «proyecto para Instagram». Érika, es todo postureo.

—¡Eso es injusto! ¡No puedes reducir todo a que lo hacen por hacerse cuatro fotos para subirlas en sus redes sociales!

—Es postureo, Érika. Lo que ves es algo efímero. Se visten de amor, actúan de amor, pero cuando la cámara se apaga, ya no hay amor que valga.

—¿Y qué pasa si están realmente disfrutando? ¿Por qué tienes que cuestionarlo todo? A lo mejor son felices.

—Porque el amor no es una foto bonita, es una negociación constante entre dos personas. ¿Has visto alguna vez cómo las parejas resuelven de verdad los problemas?

—¿Y cómo lo sabes tú? ¿A través de tu sistema de monitoreo emocional? —dije sarcástica—. No creo que ahora vayas a ser el gurú del amor.

—¡Dios me libre! Lo sé porque cuando no se siente la química, cuando todo se reduce a los números, las relaciones se desintegran. Las emociones no siempre siguen un patrón, a veces, hay cambios.

—¿Sabes qué? Yo prefiero vivir en mi burbuja de optimismo e idealización —contesté, cruzándome de brazos. Otra vez—. Y contigo en tu mundo de datos fríos no vamos a llegar a ningún lado.

—No me malinterpretes. En el fondo todos quieren llegar a lo mismo: al bienestar. Pero el cómo lo alcanzan depende de su tolerancia a la incertidumbre. Yo no soy el que está negando la realidad, eres tú.

—Claro. Porque ahora resulta que los que creen en el amor están negando la realidad. ¡Qué razonamiento más sólido y contundente! —dije con ironía.

—La vida no es una novela, Érika.

—¡Ya te gustaría a ti que lo fuera!

El ambiente entre nosotros se volvía más tenso por segundos. Él estaba tan convencido de lo que decía que ni siquiera se inmutaba con sus palabras. Porque claro, era lógico. ¿Quién necesitaba un corazón cuando tenía estadísticas y teorías?

Seguimos caminando, eligiendo bancos vacíos donde sentarnos para observar. Él sacó su libreta e iba tomando notas minuciosamente.

—¿Me dejas ver? —le dije, apuntando a su libreta.

—¿Qué?

—¡Quiero ver qué escribes sobre la pareja de la esquina de allá!

—Que no se tocan.

—¿Y qué pasa?

—Pues eso. Que no se tocan. El contacto físico es muy importante. ¿Lo sabías? —No fui capaz de imaginarlo tocando a una mujer. Ni siquiera a mí.

—Eso no lo hace menos bonito. Tal vez están disfrutando de la conversación, pero no les gusta mostrar afecto en público.

—¿Es que nunca te cansas de defender lo indefendible?

—¡No todo tiene que ser una fórmula matemática, Hugo! No todo tiene que ser lo que tú esperas o lo que la lógica diga.

De repente, un niño corrió cerca de nosotros, tropezó y cayó sobre mi rodilla. En lugar de llorar, el niño empezó a reír a carcajadas, como si estuviera jugando. Se tenía que haber hecho daño, pero ni se inmutó. Volvió a irse corriendo con sus brazos extendidos en forma de alas imitando el movimiento de un avión.

—¿Ves? —dije señalando hacia el pequeño—. Eso es amor en estado puro. Un niño que, sin preocuparse de las reglas, se deja llevar por la alegría. Se ha chocado, se ha hecho daño, pero eso no ha cambiado su objetivo. Ahí sigue haciendo como que vuela. Hay muchos tipos de amor. Eso que está haciendo demuestra su amor hacia una imaginación libre.

—Claro que hay diferentes tipos de amor, lo sé. Pero eso es puro caos. La gente quiere controlar las emociones, no se dan cuenta de que no todo se puede controlar.

—Claro, claro, todo es control, control y más control… Es solo un niño disfrutando —dije mientras me levantaba del banco negando con la cabeza.

—¿Dónde vas? —preguntó mirándome.

—Ya me he cansado del parque. Vamos a ir a un lugar donde no se pueda controlar nada: un centro comercial. ¿Te parece bien o tienes algo en contra que decir?

—Venga, perfecto. Estás a punto de demostrarme lo que pasa cuando el caos se mezcla con el capitalismo.

Hugo

Nunca pensé que acabaría sentado en un parque, observando a parejas mientras una mujer con una imaginación desbordada intentaba demostrarme que el amor no solo era una reacción bioquímica. Y, sin embargo, ahí estaba. Rodeado de niños, perros, palomas y parejas enamoradas, sosteniendo una libreta que originalmente había comprado para anotar cálculos sobre estructuras de tensión y que ahora contenía apuntes como «nivel de contacto visual: medio» y «tiempo aproximado de sonrisa: 2,3 segundos».

Érika estaba convencida de que el mundo era un lugar con banda sonora, y yo… yo solo veía gente proyectando sus carencias sobre otros seres humanos con los que compartían más algoritmos de compatibilidad que realidades profundas. Pero había algo en su forma de observar el mundo que no podía ignorar. Algo entre lo absurdo y lo entrañable. Eso era científicamente irrelevante, pero empezaba a atraparme.

Cuando me tocó la mano para sellar el trato sentí una descarga. Lo anoté mentalmente como una posible respuesta del sistema nervioso simpático ante una interacción inesperada. ¿Qué otra explicación podía haber? El problema era que no dejaba de pensar en ese instante, como si el dato, por inútil que pareciera, se hubiera quedado colgado como un proceso en segundo plano que siempre

estaba activo y nunca se cerraba por más que se le diera al botón de «Finalizar». Eso no formaba parte del plan, al menos, del mío.

La observación debía ser lo más objetiva posible. Pero ella no dejaba de hablar, de gesticular y de cuestionar cada anotación mía con la misma pasión con la que yo cuestionaría un sistema mal diseñado. Otra cosa, no, pero pasión por debatir todo lo que le decía, tenía de sobra. Y ahí estaba yo, intentando mantenerme firme, pero empezando a preguntarme si no sería yo el que vivía con el sistema defectuoso. Si tal vez, solo tal vez, hubiera más verdad en su caos del que yo estaba dispuesto a admitir, iba a tener un serio problema.

Capítulo 7

No había manera con él. Para todo tenía algo que objetar. Nos dirigimos al centro comercial más cercano, no era mi favorito, pero cualquiera que fuera un hervidero de personas con bolsas de compras, niños gritando, música estridente y gente tomando decisiones sobre ropa que ni siquiera necesitaba, me valía. Como si el lugar entero fuera un microcosmos de todo eso que podría ir mal en el mundo moderno. Porque otra cosa no, pero discutir, se discutía en un sitio así. Yo odiaba ir acompañada de compras. Me daba igual quién fuera, prefería hacerlo sola.

—Esto es amor real, ¿eh? —preguntó Hugo con sarcasmo mientras caminábamos entre las tiendas.

—¡Lo que sea! Pero no todo es tan malo. Mira esas parejas eligiendo ropa juntas. Están buscando algo que los conecte, que los haga sentir bien el uno con el otro.

—Eso es consumo, Érika. No es amor. ¿Es que eres tan ciega que no puedes ver lo que está pasando?

—¡Claro que sí lo veo! Están eligiendo ropa, pero están eligiendo hacerlo juntos. Eso tiene valor y significado.

—Sí, claro. Porque ahora el amor se define por lo que compras, ¿no? —Él soltó una carcajada de satisfacción y yo solté un bufido de frustración.

—¡Es que no lo entiendes! El amor no siempre es una ecuación exacta. A veces son solo la suma de pequeñas cosas.

—¿Como lo que estás comprando en esta tienda? —me interrumpió, señalando la sección de perfumes.

—Lo necesito.

—¿Necesitas oler cada uno? Porque llevamos aquí diez minutos.

—No sé cuál quiero, es solo eso.

—Pero si has olisqueado ya cinco. Las fragancias se han mezclado. Ya ninguna sirve para hacerte decidir.

—Seguro que eres de esos que llevan años usando el mismo perfume.

—Es evidente. ¿Para qué voy a cambiarlo si me gusta? No tiene sentido.

—Porque hay días diferentes, días en los que no quieres oler de la misma forma.

—Eso te pasará a ti, porque a mí, no.

—Venga, va. Me llevo este. —Elegí uno que salía mucho anunciado en televisión. Me había dejado llevar por el consumismo del que él hablaba, pero no lo iba a reconocer.

—¿Ese es tu favorito?

—¿Te explotaría el cerebro si te dijera que tengo una estantería llena y que no tengo favoritismos por ninguno?

—Puede que sí.

—¡Venga, vamos! Quiero un helado. ¡El trato incluía un helado! —exclamé, ya al borde del colapso emocional.

—¿Helado?

—¡Sí! ¡Helado! Porque esta es la única fórmula que me hace feliz después de estar rodeada de tanta lógica absurda. ¿Lo entiendes?

—De acuerdo —dijo él levantando las manos en señal de rendición.

Fuimos a la caja, pagué el perfume y salí de la tienda sin mirar si me seguía. Ya fuera me cogió levemente de la mano, pero no fue un gesto romántico, sino más bien uno de detención.

—No vayas por delante. Espérame —pidió en tono amigable.

—Claro, porque si hago eso, pareceríamos una pareja que ha discutido, ¿no?

—¿Tú y yo? Jamás.

Su respuesta me dolió un poquito. Quise creer que lo decía en el sentido de que nosotros no discutiríamos si fuéramos pareja y no en el sentido de que jamás lo seríamos. Así, aunque no tuviera sentido porque nosotros estaríamos todos los días como perros y gatos, dolía menos.

—¿Hacia dónde vamos ahora?

—Tú eres la experta. Vamos a comprar tu helado a donde tú quieras. Pero después de eso, quiero hacer una observación

importante sobre los comportamientos humanos en las parejas.

—Claro, después de que pagues mi helado —dije con una sonrisa de triunfo.

Nos dirigimos a la heladería, y mientras esperábamos en la cola, él no dejaba de hacer anotaciones. Las miradas que lanzaba a las parejas a nuestro alrededor eran totalmente científicas, fruncía el ceño y hacía gestos afirmativos con la cabeza. Pedí mi helado, uno con dos bolas, una de chicle y otra de sandía, y nos sentamos en una zona de descanso en la que había sillones.

—¿Ves eso? —dijo señalando a una pareja que parecía estar teniendo una discusión sobre qué sabor de helado pedir.

—¿Qué? —pregunté, con la boca llena de helado.

—Es evidente que uno de ellos está tomando la decisión solo para evitar el conflicto, pero no está de acuerdo.

—¿Y qué? —Lamí un chorretón que caía por el cucurucho. Hugo me miró.

—¿Puedes dejar de hacer eso?

—¿El qué?

—Chuperretear el helado como si fueras un chihuahua con un premio.

—Los chihuahuas son muy monos, además, son alegres, vivaces y fieles a sus amos —afirmé mientras seguía haciendo lo mismo. Ya no porque chorreara, lo hacía solo para molestarle. Estaba claro que no había visto nada de erotismo en mi forma de comer el helado.

—También son arrogantes, rápidos al ladrar e implacables.

—¿Te estás describiendo?

—Yo no soy un perro. Solo estoy dando algunas características más sobre esa raza.

—¡Yo tampoco soy un perro y tú me has comparado con uno! —dije enfadada.

—Dejemos el tema y sigamos con nuestro propósito. Tú míralos. Lo que no entienden es que el amor no debería ser una negociación constante.

—Oye, los helados son serios —dije, levantando el dedo en su dirección—. Te advierto que si sigues con tus teorías mientras me

como este tan rico, puede que termines en la zona de los aseos limpiándote restos de chicle y sandía.

—Eres especial hasta para elegir sabores.

Él se rio, aunque no me quedó claro si lo hacía por cortesía o porque realmente reconocía que había algo especial en mí.

—En la variedad está el gusto. Los de vainilla, nata y chocolate, ya están muy vistos.

—Mezclar dos sabores tan diferentes no te hace saborear ninguno de los dos.

—No me puedo creer que le saques pegas a eso también. Estoy segura de que tú pides los helados de nata sin azúcar y con extra de insipidez.

—Directamente no como helados. ¿Quieres escuchar mi teoría de las relaciones? —preguntó mientras nos levantábamos para seguir con nuestro camino.

—Solo si prometes no involucrar términos científicos.

—Es simple. Los humanos buscan la compatibilidad, pero creen que la necesitan más de lo que realmente la desean.

—Eso es filosóficamente deprimente, Hugo.

—Es realista. —respondió él, con una ligera sonrisa—. Lo que pasa es que no te gusta que te lo diga.

—Y tú no te das cuenta de que un poco de fantasía puede hacer que el mundo real, este que está tan lleno de cosas malas, sea mucho más llevadero.

Ambos nos callamos, cada uno con su respectiva teoría, mientras caminábamos sin un rumbo fijo. La brecha entre nosotros se seguía agrandando, pero de una forma intrigante. Como si nos estuviéramos entendiendo más de lo que él estaría dispuesto a admitir.

El centro comercial estaba cargado con la típica mezcla de ansiedad y deseo. La gente paseaba por las tiendas como si se estuviera preparando para una especie de maratón de consumo, en eso Hugo tenía razón. Algunas parejas iban de la mano, otras discutían por el precio de los productos, y una pareja frente a nosotros discutía acaloradamente sobre qué pizza pedir para la cena. Parecían completamente olvidados del mundo, metidos en su propia

burbuja, debatiendo si la pizza debía llevar piña o no. Era una tontería, pero en el fondo era algo real, exactamente lo que Hugo había dicho. A mí me hubiera dado igual, solo me habría importado la compañía, pero entendía que hubiera personas que no cedieran en eso. La piña en la pizza.

—¿Lo ves? —me dijo mientras estábamos en una zapatería. Los observaba con la intensidad de un biólogo estudiando una especie en peligro de extinción—. Eso no es amor. Eso es una rutina. Es lo que hacen las personas cuando ya no se ven como individuos, sino como una parte funcional de una maquinaria social.

—¿Y qué pasa con las parejas que no tienen miedo de ser ellos mismos incluso cuando están juntos? A mí no me importaría comer la pizza con piña —respondí, mirando a otra pareja que discutía sobre cuál película ver, pero con sonrisas en sus rostros—. Mira cómo sonríen esos de ahí.

—¿A ti te gusta? O solo te la comerías para complacer a tu pareja?

—No es que me apasione, pero, a veces, hay que ceder. En eso consiste el amor.

—En realidad es algo más. Las personas se conforman con lo que les es más cómodo. No es que no se quieran, es que han dejado de buscar el verdadero significado de la relación.

—¡Ay, no me digas eso! —exclamé perdiendo la paciencia. No podía entender cómo alguien podía hablar del amor con tanta frialdad. ¿Qué había pasado en su vida para que renegara tanto del romance, el deseo de conocer a la otra persona y el sentir mariposas en el estómago?

Él me miró con una sonrisa pequeña, casi triunfante, como si hubiera descubierto una nueva manera con la que sacarme de mis casillas.

—¿Ves? Eso es lo que quiero decir. Estás idealizando lo que observas. Tú buscas la magia, Érika. Yo busco el realismo. Llevamos horas así. ¿No te das cuenta?

—¡No todo tiene que ser un gráfico! —grité ya perdiendo un poco la compostura. Una señora mayor que estaba probándose unos zapatos me miró sorprendida.

—No hace falta que chilles. ¿Podemos hablar como dos personas civilizadas?

—Contigo es imposible. ¡Es que eres muy cuadriculado y no me entiendes! —Miré a la mujer—. ¿Usted qué opina del amor, señora?

—Niña, yo he estado toda la vida enamorada del mismo hombre y he sido muy feliz hasta que…

—¿Ves? —interrumpí mirando a Hugo.

—Hasta hace unos meses que se fue —prosiguió la señora—. Me dejó a través de WhatsApp desde República Dominicana. Que quería disfrutar de sus últimos años de vida dijo el muy desgraciado.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida—. ¿La gente de su edad hace esas cosas?

—Érika, para. ¡Qué bochorno! —dijo Hugo avergonzado—. Discúlpela, señora.

—No pasa nada, cielo. Ojalá yo hubiera tenido el carácter que tiene esta señorita. Estoy segura de que de haber sido así, mi Antonio no se habría ido a la otra punta del planeta.

—Lo siento mucho —dije apenada—. Estoy segura de que usted no se merecía eso.

—Bueno, en realidad me ha hecho un favor. Mírame ahora. Aquí estoy comprándome unos zapatos bonitos para ir a bailar salsa esta noche. —Se levantó y se marchó dejándonos a Hugo y a mí con la boca abierta.

—¿Ves? —dijo él cuando ya salíamos de la tienda—. Lo que quiero decir es que las personas que se enamoran por la magia, por el destino, muchas veces se caen del pedestal cuando la realidad se les impone. Y no hay un paracaídas, te lo aseguro.

—Yo también tengo una teoría —dije, intentando retomar el control de la conversación—. Si las parejas solo se quedan en lo práctico, nunca llegarán a disfrutar realmente de los momentos inesperados, de la locura que trae el amor.

—Pero el amor no es locura, Érika. Es responsabilidad, equilibrio. Cuando dejas que el sentimiento tome el control de la relación, las expectativas se disparan, y entonces todo lo demás…

—¿Todo lo demás qué? —interrumpí parándome en seco.

—Todo lo que es real se derrumba. No hay más.

Casi podía escuchar la pena por la soledad en su voz. Él no solo creía en lo que decía, sino que lo defendía con todo lo que tenía. Y yo… yo seguía creyendo que el amor, por más imperfecto que fuera, merecía algo más que solo ecuaciones. Jamás íbamos a llegar a un entendimiento.

—Vamos a ver —le dije, decidida a llevar nuestra conversación a otro nivel—. ¿Te has dado cuenta de lo que estamos haciendo? Estamos como esos tipos que critican las películas románticas, pero que terminan viendo todas las de Hugh Grant. Nos estamos haciendo los serios, pero estamos de pie en medio de un centro comercial analizando parejas, como si estuviéramos enfermos de la cabeza. No sé en qué estaba pensando cuando acepté esta estupidez.

—Yo no estoy de acuerdo con lo que hacen esas parejas, Érika. Si me preguntas, la mayoría no tiene idea de lo que están haciendo.

—¿Y qué sabes tú sobre lo que están haciendo? ¿Acaso tienes una varita mágica para saber lo que piensan? ¿Ahora eres Harry Potter y has echado algún hechizo mágico de legemerancia? Porque no te imagino yo apuntando a tu alrededor con la varita gritando *Legemeress*.

—No, no la tengo —dijo, tras un largo silencio—, pero tengo estadísticas. Y que sepas que tu guiño a Harry Potter me ha gustado.

—¡Oh, Dios! ¡Tus malditas estadísticas! —exclamé, cruzando los brazos con frustración—. No solo veo películas románticas. ¡A ver tú qué te has pensado!

De repente, me sentí agotada del aura triste y oscura que desprendía él. De la forma en que todo tenía que ser un cálculo, un análisis, un gráfico con líneas paralelas que no se cruzaban nunca.

Nos quedamos allí un rato, mirando a las parejas que pasaban, cada uno desde su propia perspectiva. Yo con la mente llena de historias de amor, de gestos románticos, de momentos en los que el amor de verdad se sentía eterno, incluso cuando las parejas se peleaban por algo trivial. Él con la mente llena de términos técnicos y teorías que me hacían pensar que el amor no era más que una fórmula en la que nadie ganaba.

—¿Sabes qué? —dije, rompiendo el silencio—. Este trato no va a funcionar.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó sorprendido.

—Lo que quiero decir es que estamos parados aquí, observando a personas que están viviendo sus vidas y nosotros estamos haciendo un análisis de cada uno de sus gestos como si fuéramos detectives. —Me reí casi con amargura—. Tú con tu obsesión por la lógica y yo con mi idea de que el amor siempre será una bonita historia de película.

—¿Te parece que me importa más la lógica que lo que está pasando? —preguntó bajando la voz de repente.

—¡No lo sé, Hugo! Lo que estoy diciendo es que estamos tan centrados en nuestras diferencias que probablemente nunca vayamos a llegar a un acuerdo. Y eso está bien, pero ¿vale la pena seguir así?

—Es un experimento, Érika. Si esto fuera fácil, no valdría la pena hacerlo.

—Pero ¿realmente lo quieres hacer? —pregunté, con un tono más suave. No sabía por qué, pero en ese momento, de alguna manera, algo se había suavizado en mi interior. Puede que fuera el desgaste de todas las horas que llevábamos así o, a lo mejor, era porque por primera vez, realmente estaba dudando de todo lo que había dado por supuesto hasta entonces.

Hugo miró su libreta con una expresión que era difícil de leer. La intensidad de la conversación se había vuelto silenciosa.

—No lo sé, Érika. Yo solo… —Se detuvo, mirando a una pareja que se reía mientras el chico trataba de hacerle un truco con una moneda. Mi mirada fue hacia la misma pareja, pero mis pensamientos eran completamente diferentes. Estábamos tan atrapados en nuestras ideas que no veíamos lo que realmente pasaba. No todo tenía que ser perfecto, ya que el amor no tenía que seguir una fórmula, pero tampoco se trataba de esperar un final feliz sin esfuerzo. Porque yo podía tener muchos pájaros en la cabeza, no lo negaba, pero en una relación había que esforzarse para hacerla funcionar.

Nos quedamos mirando a la pareja, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Por alguna razón, en ese momento, sentí que había algo que Hugo no había dicho o que ni yo misma había reconocido. ¿Y si entre todas nuestras diferencias, había algo que valía la pena explorar?

—Vale, venga, sigamos —dije al final, soltando un profundo suspiro. No estaba segura de si estaba lista para esta batalla, pero lo que sí sabía era que, por raro que pareciera, había algo en todo eso que me intrigaba.

—Sigamos, pero recuerda que después de esta fase, no habrá vuelta atrás. —dijo con un tono que no supe si era una advertencia o una promesa.

Y, en ese momento, aunque no entendí del todo lo que significaba, algo en el aire pareció cambiar. Como si, por fin, ambos estuviéramos reconociendo que en la diferencia también podía haber algo más que oposición.

Hugo

Érika caminaba dos pasos por delante, como si la determinación le naciera de las puntas de los dedos de los pies. Tenía esa forma de avanzar que parecía una mezcla entre rabia contenida y entusiasmo infantil. Yo la seguía sin quejarme en voz alta, aunque por dentro cada fibra de mi ser gritaba los improperios más grandes. Un centro comercial era, para mí, lo más parecido a un infierno moderno: luces demasiado brillantes, voces demasiado altas, colores diseñados para manipularte emocionalmente y música estridente para romperte los oídos. Todo estaba pensado para que dejaras de pensar y gastaras, no le encontraba otro sentido. Y ahí estaba ella fascinada con el caos.

—Esto es amor real, ¿eh? —murmuré, más para mí que para ella. Era evidente que me había oído. Siempre me oía, aunque usara un tono muy bajo. Y siempre tenía una respuesta. Nunca le bastaba con contradecirme; tenía que argumentarlo todo como si la estuviera escuchando un jurado celestial de juicios emocionales.

La veía señalar a las parejas con los ojos brillantes, como si estar discutiendo entre estantes de vaqueros fuera la cúspide de la intimidad emocional. No entendía que yo no lo veía así, o quizás sí lo entendía, pero había llegado a la conclusión de que le gustaba pelear y que disfrutaba contradiciendo mis ideas al límite. A veces pensaba que no estaba interesada en convencerme, sino en calcular cuánto tiempo tardaba en perder la paciencia, aunque sabía que eso no era posible, ella no calculaba nada.

Y lo cierto era que no la perdía. No con ella. Me desesperaba, sí, pero no me cansaba. Era desafiante, como un problema mal planteado en un examen, uno que no se podía resolver, pero tampoco se podía dejar en blanco. Daba igual lo que se contestara, había que rellenar el hueco con lo que fuera, aunque tuviera menos sentido que aplicar un filtro en Excel para luego ignorar el resultado.

Cuando eligió el perfume supe que no era el que quería, no hacía falta ser adivino. Lo cogió como si ese olor le hubiera fascinado, a pesar de haber mezclado todos. Y, sin embargo, había algo adorable en eso. Su obstinación y su forma de resistirse a mis teorías con helados de sabores incompatibles y frases de comedia romántica.

Me hacía sentir cosas raras. No mariposas. Yo no era tan cursi. Era algo más parecido a una presión en el pecho, una tensión entre querer quedarme y querer huir. Supuse que eso era lo que pasaba cuando te importaba alguien, pero no sabías cómo gestionarlo.

Cuando me gritó lo de los chihuahuas y la señora nos soltó su historia surrealista, tuve que mirar al techo para no reírme. Me sentía fuera de lugar, como si me hubieran metido en una película para la que no había hecho ningún casting. Pero allí estaba, con ella, a su lado. Y eso no era estadística, era realidad.

Capítulo 8

Al día siguiente me levanté con el estado emocional un poco alterado, tanto debate el día anterior me había dejado mentalmente agotada.

Hugo apareció en mi puerta con un portapapeles mientras me estaba preparando un café. No me apetecía salir de casa, ni siquiera para ir a mi cafetería favorita. Nada, cero ganas.

—¿Estás lista para iniciar la fase dos de nuestro experimento? —preguntó con su ya típico tono de cirujano antes de operar un corazón, o más bien, de desmontarlo, en este caso.

Me quedé un segundo paralizada en la puerta. No por el portapapeles, que francamente ya no me sorprendía viniendo de él, sino porque parte de mí había olvidado que él se tomaba esto muy en serio. No podía ser que de buena mañana ya estuviera tan predispuesto. Yo todavía no me había lavado ni la cara, estaba en pijama y él ya iba hecho un pincel. No entendía esa necesidad que tenía de ir con traje de chaqueta de buena mañana. Con lo cómodo que era un chándal…

—¿Fase dos? ¿Ha habido realmente una Fase uno?

—Claro. Observación y análisis de dinámicas humanas en entornos públicos. La que hicimos ayer.

—No hace falta que especifiques. ¡Ya lo sé! Aunque en realidad yo lo llamaría una discusión con helado.

—Exacto. Tuvo estímulo emocional, conflicto de perspectivas y azúcar. Estadísticamente, es una combinación perfecta.

—Hugo, esto no es un laboratorio. Es mi vida. O lo era, hasta que tú entraste con tus gráficas y tu necesidad de clasificar el amor como si fuera una especie de bacteria. —Mi humor aquella mañana no era muy paciente. Y además, recién levantada no estaba para aguantar sus argumentos.

Él no se inmutó. Me entregó una hoja. En la parte superior ponía: «PROYECTO REALISTA: Cliché en práctica».

—¿Has hecho un programa de clichés? —pregunté sorprendida leyendo por encima todo lo que había escrito.

—Cada uno será evaluado según su viabilidad en la vida real, su impacto emocional y la adaptabilidad social. Tu tarea es documentar las reacciones de las parejas como material para tu novela.

—¿Y la tuya? —Tanto interés no era fingido. Algo buscaba con todo eso.

—Yo tengo que observar, registrar y sacar probabilidades.

Suspiré. No tenía ganas de nada, mucho menos de salir de casa, pero ¿qué podía hacer? Él tenía razón y lo necesitaba para mi novela. Además, aunque me sacara de quicio, su mente analítica tenía algo fascinante que me atrapaba. Era tan emocionante como ver un documental en Netflix sobre hormigas obreras y de pronto darte cuenta de que habías visto cinco capítulos seguidos. Nótese mi ironía.

—Está bien, doctor del corazón oxidado. ¿Cuál es el primer cliché?

Revisó con ansia su hoja como si estuviera a punto de descubrir la cura de una enfermedad mortal o la terminación del número pi.

—El tropiezo romántico. Es una situación clásica en la que uno de los individuos cae accidentalmente en brazos del otro, generando así un contacto físico inesperado que podría inducir una respuesta emocional alterada.

—¿Quieres que me tropiece a propósito?

—No. Quiero que camines como lo haces normalmente. Con eso basta.

—¡Oye! ¿Me estás llamando torpe? Porque te recuerdo que en la cafetería fuiste tú el que tropezó y me llenó hasta las pestañas de café. —Ya había girado sobre sus talones.

—Te espero abajo. No tardes, por favor, que no tengo todo el día.

—Uy que no… —susurré por lo bajito—. Te vas a cagar.

Aunque él no lo supiera todavía, iba a poner en práctica otro cliché, el típico de la espera. Ese en el que el hombre esperaba a su cita debajo de su casa durante una hora, como mínimo.

No iba a haber una cámara grabándome a mí mientras me probaba varios modelitos diferentes para ver cuál me quedaba mejor

para sorprenderlo. Tampoco otra que le grabara a él apoyado sobre el capó del coche esperando impaciente a su chica.

Desayuné tranquilamente. De hecho, me tocó calentar el café porque su visita inesperada había hecho que se enfriara. Aproveché para ver mis redes sociales y para enviar mensajes a un par de amigas, hacía tiempo que no hablaba con ellas. Puse una lavadora rápida con algunas prendas.

Después me duché, me sequé el pelo y me llené el cuerpo de crema hidratante. No solía hacerlo por falta de tiempo, pero en esa ocasión, iba sobrada. Tendí la ropa y me vestí. Elegí unos vaqueros azules, una camiseta básica blanca y mis Converse favoritas.

Diez minutos después de todo eso, calculaba que ya había pasado por lo menos una hora y media, bajé. Ahí estaba él calle para arriba, calle para abajo con cara de pocos amigos. Me encantaba sacarlo de quicio.

—Con lo que has tardado, seguro que has escrito una trilogía.

—¡Qué exagerado eres! Si solo ha sido un ratito. —Sonreí sabiendo que había conseguido mi propósito.

Cuando salí a la calle, él detuvo su paseo.

—Muy bien. Caminaremos lado a lado. Cuando yo te dé la señal, quiero que simules una pérdida de equilibrio.

—¿Por qué no simplemente me empujas como hacen los niños en primaria?

—Eso arruinaría la espontaneidad. Y podrías denunciarme por agresión. No estoy dispuesto a tener encima que pagarte nada.

—Ya, pero es que yo no me puedo tropezar así como si nada porque tú lo digas. Hablas de espontaneidad, pero es que claro, eso está más que premeditado.

—Bueno, pues lo intentas. No perdemos nada.

—Perdemos tiempo, ¿te parece poco?

—Mira, mejor cállate y no digas eso, que bastante tiempo me has hecho perder tú a mí. Y te recuerdo que me necesitas.

—Yo qué voy a necesitarte a ti, tú flipas.

—Bueno, venga. Vamos.

Comenzamos a caminar. Yo fingí revisar el móvil, como haría cualquier protagonista despistada, o como hizo él en nuestro primer

encuentro. Una de mis amigas me había respondido. Cuando él gritó «ahora», hice mi mejor intento de torpeza dramática.

Y me estampé de lleno contra un poste publicitario. Literal.

—¡Ay, por favor! —grité, llevándome la mano a la frente—. ¿¡Qué clase de escena romántica es esta!? ¿Tú eres tonto o qué te pasa?

—Es una con resultados realistas —dijo, revisando mentalmente los daños—. ¿Ves? En la ficción, uno cae en brazos del otro. En la vida real, uno termina con un chichón. Vas a tener que ponerte hielo.

Yo no podía hablar. Quería gritarle, pero no me salían las palabras. El golpe dolía mucho.

—¿Tienes hielo? —Conseguí preguntar.

—Por supuesto. Esto lo tenía ya planificado.

Sacó una bolsita de gel frío del bolsillo de su chaqueta y me la entregó. Me la puse en la frente, pero no sirvió de nada. Estaba caliente.

—Esto no hace nada.

—La culpa es tuya por haber tardado tanto en bajar. No había contado con que tú tardaras un siglo en bajar, total, para ponerte unos vaqueros.

—¿Qué problema tienes tú con mi ropa?

—¿Yo? Ninguno. A mí me da igual que salgas a la calle con esas pintas. —No entendía por qué mi cabeza se negaba a aceptar que era un ser arrogante y sin sentimientos. Cada día que pasaba algo en él me atrapaba más.

—Mi *outfit* es perfecto.

—Ya, claro. Lo que tú digas. —Sacó del bolsillo de su chaqueta un *roll-on* y empezó a untarme algo en la frente—. Es un calmante de árnica. Lo venden en la farmacia para los golpes.

«¿Este hombre se preparaba para accidentes románticos o era un *cyborg* del orden?» Empezaba a dudar seriamente.

—Cliché número uno, refutado —dijo anotando algo—. El entorno no coopera con la situación y las estructuras inanimadas no entienden el amor.

—Ni tú tampoco. Y se supone que eres un ser humano.

—Tenía que ser algo improvisado. ¿Ves? Tú estabas convencida de que no ibas a poder tropezar a propósito y lo has hecho.

—Tú eres imbécil y en tu casa no lo saben.

—Vivo solo.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que en mi casa no pueden saberlo porque no vivo con nadie.

—Es una frase hecha.

—Ya, ya lo sé.

—Tú con tal de desmontar algo, ya desmontas hasta las frases hechas que llevan siglos entre nosotros.

Volvimos a casa en silencio. Yo enfadada y con un moretón gigante y él con una sonrisa satisfecha.

—¿Estás lista para el siguiente?

—¿No se supone que debería descansar mi orgullo herido? O al menos, el golpe en mi cabeza. Siento que me va a explotar.

—No exageres que tampoco ha sido para tanto.

—Cómo se nota que no eres tú el que se ha estampado contra un poste. Podías haberlo organizado al revés y haberte chocado tú.

—La que debe confirmar que los clichés literarios no se pueden aplicar en la vida real eres tú, no yo.

—Yo paso de esto. Me voy a casa.

—Te he dicho que no. No podemos perder el tiempo. Este es un experimento de campo. La vida no descansa. —Si las palabras vinieran de otra persona estaría convencida de que la intención que tenía era pasar tiempo juntos, pero viniendo de él sabía que no.

—Dime cuál es el siguiente y me lo pienso.

—Cliché: Desayuno sorpresa.

—¿Tú me vas a preparar el desayuno? —pregunté desconcertada —. Son ya las doce y media. No es la hora de desayunar, más bien de almorzar.

—No. Lo prepararás tú. Y lo traerás a mi casa como si se tratara de una escena espontánea de ternura matutina.

—¡Eso es trampa! ¿Cómo va a ser sorpresa si tú me lo dices?

—En el amor realista, nadie se sorprende. Se planifica. —Su lógica era tan absurda que tuve que reír.

—Está bien. Acepto. Pero no ahora.

—No podemos perder tiempo.

—Bueno, deja que intente sorprenderte. Puede ser mañana, pasado o la semana que viene.

—Yo no puedo estar a la espera de que a ti te venga bien hacerme un desayuno.

—A veces la vida hay que vivirla sin planificación. Créeme, valdrá la pena.

—¿Por qué no puede ser hoy? —preguntó insistente. Menos mal que sabía que su impaciencia se debía al maldito experimento y no a que quisiera pasar tiempo conmigo. Tenía que frenar lo que empezaba sentir por él. Una mezcla de necesidad de estar con él y besarle de forma improvisada y de estrangularlo a la vez.

—He quedado con mis amigas. —Me giré y mientras me iba me despedí—. Que tengas un buen día, Hugo.

Hugo

Aparecí en su puerta a primera hora con mi portapapeles. Era evidente que no estaba de humor, pero eso no iba a detener la Fase Dos. Ya habíamos hecho la primera. La observación y el análisis en un entorno público. Aunque ella la hubiera resumido en «una discusión con helado», los elementos estaban ahí. Conflicto, estímulo emocional y azúcar. Una combinación científicamente válida, aunque no fuera de mi agrado total.

Estaba en pijama, con un café en la mano y unas ojeras que le hacían parecer un oso panda. Pero el experimento debía continuar. Le entregué el documento: Proyecto realista: Cliché en práctica. Solo torció una ceja. Sabía que en el fondo le llamaba la atención, aunque lo negara.

No entendía por qué le sorprendía tanto que me lo tomara tan en serio. ¿Para qué aceptar un experimento si no lo íbamos a llevar a cabo con rigor? Yo observaba, registraba todo y sacaba mis propias conclusiones. Ella solo debía documentar emociones. Era un sistema funcional, pero impredecible, con ella siempre lo era.

El primer cliché era sencillo: el tropiezo romántico. Ella protestó, claro, si no lo hiciera, no sería ella. Alegó algo sobre la espontaneidad y me acusó de planificador, pero finalmente accedió. Caminamos, le di la señal. Y entonces ocurrió.

No cayó en mis brazos. No. Se estampó contra un poste publicitario como si el universo me recordara que el margen de error con ella tuviera siempre una probabilidad más alta. Se hizo daño y me miró con odio. Yo le ofrecí el gel frío que llevaba preparado, pero no funcionó. Encima tuvo la poca decencia de acusarme de tenerlo todo planeado, como si ahora ser precavido fuera un crimen.

La gracia de todo fue que su crítica llegaba justo después de haberme hecho esperar una hora y media debajo de casa para salir. Anoté mentalmente que los clichés no resistían a la vida real, ni siquiera con logística anticipada.

Volvimos en silencio. Ella con un chichón y yo con la confirmación de que la teoría, una vez más, había colisionado con la realidad. Aun así, no iba a rendirme, nunca lo hacía. El siguiente cliché ya estaba en camino porque lo nuestro era ciencia, y yo jamás abandonaba un estudio a mitad.

Capítulo 9

Tres días después lo hice. Le hice unas tortitas en forma de corazón, lo cual iba totalmente en contra del espíritu del experimento, pero qué demonios, yo también tenía mis normas y si era un desayuno romántico, corazones tenía que haber. También me acerqué al supermercado a comprar galletitas de aquellas que él criticó esa vez que nos encontramos haciendo la compra. Hice un café, le eché una capita de espuma blanca y con una especie de molde que había comprado la tarde anterior, espolvoreé canela en forma de corazón. Había hecho varios intentos de hacerlo sin guías, pero salían círculos y formas raras. También compré una flor y la coloqué sobre una pequeña tarjeta en la que había escrito una frase de una de mis novelas: «Siempre me encontraré reflejada en el brillo de tu mirada».

Llamé a su puerta con la bandeja entre mis manos. Estaba nerviosa, no podía negarlo.

—Buenos días, doctor del desamor. ¿Cómo ha amanecido el ser menos romántico del planeta?

—Son las ocho, ya he desayunado. ¿Tortitas? ¿Llevan azúcar?

—¡Es un gesto de afecto! No es necesario que hagas un análisis nutricional.

—Pero es que no tengo hambre. Te he dicho que ya he desayunado.

—Pues te jodes. ¿No pensarás hacerme el feo de no comértelo?

—Bueno, al menos haré el intento de probarlo. ¿Te parece bien?

—¡Genial! —exclamé dando palmas como si fuera una niña a la que han sorprendido con un viaje a Disney.

Nos sentamos. Él tomó nota del nivel de esponjosidad. Literal. Tenía sobre la mesa una hoja con columnas que decían: Presentación, Interacción emocional y Respuesta espontánea.

—¿Sabías que compartir desayunos mejora el apego? —le dije muy seria. Lo había buscado por internet—. Está científicamente

comprobado.

—Lo sé. Pero el ochenta por ciento de las parejas que desayunan juntas en el primer mes se ven enfrentadas luego a conflictos por hábitos alimenticios.

—¿Tú te escuchas hablar? —pregunté irónicamente.

—Claro. Me grabo por las noches. Para analizar la lógica de mis argumentos. —Su respuesta demostraba que se había tomado en serio mi pregunta.

Se hizo el silencio mientras él seguía con el análisis del desayuno. Empezaba a ponerme nerviosa.

Y entonces, para romper el hielo, le hice una pregunta y la conversación se volvió más densa de lo que esperaba.

—¿Tú crees que el amor se puede diseñar? —le pregunté dudosa.

—No. Pero sí se puede entender. Y evitar errores repetidos.

—¿Y dónde queda la magia, entonces?

—Probablemente, en la parte que no puedo medir. Hay cosas que no puedo controlar por mucho que lo pretenda.

Lo dijo sin mirar, pero fue como si me lanzara un meteorito directo al corazón. Por primera vez, sentí que, quizá, debajo de su diagrama de Excel emocional, había un tipo que también se preguntaba si el amor era más que conexiones sinápticas. Mi desayuno estaba surtiendo el efecto esperado.

—Quizás seas mejor escritor de novelas románticas que yo —murmuré.

—Solo si puedo titularla: «Teorema del apego y otras ecuaciones románticas».

Y no pude evitarlo. Solté la risa. Me pareció un buen título, no podía negarlo, tenía su encanto. Lo memoricé, solo por si acaso, nunca se sabía cuándo iba a necesitar un título para una historia real.

Estuvimos unos días sin ningún tipo de contacto entre nosotros. Estaba segura de que tenía que asimilar que mi desayuno le había gustado. Colocó la flor en un pequeño jarroncito con la tarjeta apoyada en él, hizo un apunte, que las flores preservadas eran un total acierto para almacenar recuerdos y no tener que tirarlos. Sabía que no lo reconocería jamás, pero que mis palabras en ella le habían

impresionado, eso, o que no quiso confesar que le había provocado una cagalera cerebral romántica.

Hugo me envió un mensaje con la frase: «Siguiente cliché: clima adverso». Y mi mente imaginó algún tipo de tormenta emocional, discusiones encendidas o quizás una de esas escenas con relámpagos y confesiones a gritos bajo la lluvia, como sucedía en una de mis películas favoritas. Pero no, no era eso.

Hugo se refería a que ese día su aplicación meteorológica, esa que miraba cada mañana, decía que había un noventa y siete por ciento de probabilidad de chubascos ligeros en nuestra zona entre las cinco y media de la tarde y las seis. Era un poco justo el intervalo de tiempo, la verdad.

—¿Cómo demonios haces esto tan poco romántico? —pregunté cuando lo vi aparecer con una chaqueta impermeable, gafas de sol y una pequeña libreta donde seguramente tenía anotado cuántas gotas por metro cuadrado necesitábamos para generar tensión emocional.

—Las variables del clima pueden inducir estados de vulnerabilidad. Si los sujetos se mojan, se acercan. Si comparten refugio, se genera intimidad. Es un clásico, ¿no?

—¿Sabes lo que más intimida de ti? Que puedas hacer todo esto sonar lógico.

Caminamos por el parque como si no estuviéramos esperando un chaparrón como señal divina para activar un cliché. Él iba más preparado que un niño de cinco años al que su madre le había prometido salir a pisar charcos, y yo, tan de ropa cómoda. Unos leggings y una sudadera. Y como si el universo estuviera al tanto de nuestro experimento ridículo y expectante con unas palomitas, de pronto, llovió.

No una lluvia romántica de película francesa. No. Una lluvia de esas que parecen decir: «Hoy se te va a empapar hasta el alma, cariño».

Yo, que era más previsora de lo que él se imaginaba, me había preparado con mi paraguas de lunares, porque, claro, si íbamos a fingir una escena cursi, tenía que ser con estilo. Lo abrí triunfante.

—¡Ahora viene la escena clave! —anuncié eufórica mientras estiraba el brazo para cubrirnos los dos.

—El cuarenta y tres por ciento de las fracturas nasales en días de lluvia están relacionadas con paraguas mal dirigidos —dijo él, retrocediendo como si tuviera miedo de que pudiera causarle una lesión.

—¡Oh, por favor, déjame tener mi momento Meg Ryan! No empieces con tus estadísticas de accidentes.

Me acerqué con el paraguas y él, resignado, se colocó bajo el mismo espacio, tenso a más no poder.

—¿No sientes el romanticismo en el aire? —pregunté muy metida en mi papel de protagonista.

—Siento una combinación de humedad y riesgo de hipotermia, en realidad.

—¡Dios, Hugo! ¿Alguna vez has sentido algo así como mariposas en el estómago? ¿Sabes a lo que me refiero? —Realmente dudaba de que en algún momento hubiera sentido algo así.

—Probablemente durante una intoxicación alimentaria. No sé. ¿Qué sintomatología tiene eso?

Quise golpearlo con el paraguas en la cabeza una y otra vez, pero eso habría anulado el experimento, además, yo escribía novelas románticas, no *thrillers* sobre asesinatos.

—Mira a esa pareja de ahí —señaló. Vi a un chico y a una chica, ambos estaban mojados, pero abrazados bajo una farola—. ¿Qué ves tú?

—Una historia de amor empapada. Míralos cómo se miran. Ojalá alguien me mirara así. —Suspiré con pena—. Sería tan, pero tan bonito.

—Yo veo a dos personas sin impermeable que probablemente discutirán cuando se resfríen.

—Te juro que eres la esencia pura del anticuerpo del romanticismo.

Él sonrió con ese aire de tomarse mis palabras como un cumplido, no era la primera vez que lo hacía.

—¿Y tú qué ves en nosotros ahora? —le pregunté, un poco más seria, aunque en nuestro caso estábamos bajo el paraguas y no nos

habíamos mojado.

—Veo a una escritora romántica sosteniendo un paraguas de lunares mientras intenta demostrar que las emociones no tienen lógica.

—Y tú eres el ingeniero que intenta explicar los besos con ecuaciones. Créeme, debes ser el único en tu especie.

—Lo peor es que funcionamos. —Sus palabras sonaron de maravilla.

—¿Tú crees? —pregunté ilusionada.

—En el caos, por supuesto —justificó él.

—¿Como una tormenta eléctrica?

—O como un experimento que se le fue de las manos al científico. ¿Has leído el libro de Frankenstein?

—Yo no leo esas cosas, lo siento.

—Deberías hacerlo.

—Escribo novelas románticas porque me gusta ese género. Es evidente que no voy a leer fantasía, y mucho menos de ese tipo. ¿Qué pretendes? ¿Que empareje a Frankenstein con Eduardo Manostijeras?

—Sin duda, eso sería una relación de lo más extraña.

—Totalmente. —Reí a carcajadas y él se contagió de mi risa.

Unos segundos después ambos nos quedamos en silencio mientras la lluvia seguía cayendo a nuestro alrededor. Por un momento sentí que había algo especial en el sonido de las gotas cuando uno estaba compartiendo paraguas con alguien que no debería gustarte, pero lo hacía, justo por todo lo que te sacaba de quicio.

Y entonces, lo más inesperado sucedió. No fue un beso, ojalá. Hubiera sido el momento perfecto para ello, pero no. Eso no sucedió, sino que Hugo estornudó. Era imposible haberse resfriado tan rápido.

—Perfecto —dijo—. Lo sabía. El romance es contagioso.

—¿Sabes qué? Voy a escribir eso que has dicho.

—¿En tu novela?

—No. En mi diario personal de desastres compartidos con un ingeniero emocionalmente disfuncional.

Él se rio. Lo hizo de manera espontánea. Eso me hacía sentir esperanza. Estaba segura de que en el fondo había algo que latía bajo su pecho, por mucho que él evitara mostrarlo.

Cuando la lluvia cedió y el cliché del clima adverso terminó, seguimos caminando en silencio. No había necesidad de más datos en ese momento. Cada uno iba sumergido en sus pensamientos. A veces, lo no cuantificable era lo que más pesaba.

Llegamos a nuestro portal y subimos juntos en el ascensor, salimos al rellano y nos paramos frente a nuestras puertas. Nos despedimos bajo la promesa de que tendría noticias de él pronto. No sabía si tenía que tomarme eso como una amenaza. No quería hacerlo, pero últimamente para conseguir dormir escuchaba más capítulos del podcast de *true crime* y eso me tenía un poco desconfiada.

Hugo

Tres días después, apareció en mi puerta con una bandeja entre las manos. Tortitas con forma de corazón. Canela espolvoreada con precisión milimétrica gracias a un molde que, deduje por el acabado, había sido adquirido con anterioridad. Hasta el café tenía una capa de espuma perfectamente proporcionada. También había una flor y una tarjeta con una frase escrita de su puño y letra. La suma de todo era una clara contradicción con los principios fundamentales del experimento por mucho que ella intentara ser una variable. Pero no dije nada, bueno, algo sí.

—Son las ocho, ya he desayunado —le dije, lo cual era cierto. ¿Qué se suponía que debía hacer con las tortitas?

No tenía hambre. Pero tampoco estaba dispuesto a generar un conflicto por una bandeja con corazones. Accedí porque hasta yo mismo supe que no hacerlo era un feo muy grande. Me senté y analicé lo que tenía frente a mí. Sabía que no esperaba que tuviera preparada una hoja con las columnas, era un sistema de observación básico, pero útil. Ella fingió que no le importaba, pero me miraba de reojo. Le inquietaba mi silencio.

Me miraba como si estuviera esperando a que dijera que el amor era una bacteria y cuando preguntó si me escuchaba hablar y le respondí que me grababa por las noches, su cara fue un poema. Evidentemente, no hacía eso, pero le había cogido el gusto a picarle.

Sé que le gustó cuando me dijo que quizás era mejor escritor de novelas románticas que ella y le di un título: Teorema del apego y otras ecuaciones románticas. Se rio, pero ambos supimos que era un título realmente bueno.

No hablamos en varios días. Yo necesitaba procesar. Ella también, probablemente.

Tuve que enviarle un mensaje, el del cliché con clima adverso, no podía dejar que pasaran los días y que eso diera pie a que nuestro experimento perdiera intensidad. Todavía no estaba preparado para reconocer que la echaba de menos.

Llovió y no fue una lluvia simbólica y amable, sino más bien una tormenta capaz de arruinar cualquier aparato electrónico.

Ella abrió el paraguas como si acabara de ganar un premio y cuando me acerqué con precaución, ella ignoró mi estadística sobre las fracturas nasales con indignación dramática.

Me preguntó por las mariposas en el estómago. Dudé, pero acabé diciendo que las había sentido durante una intoxicación. Sabía de sobra a qué se refería, pero no estaba dispuesto a confesarle que sí, aunque yo lo describiera de otra forma.

Cuando me llamó anticuerpo del romanticismo, lo tomé como un cumplido. Y cuando ella respondió lo de Frankenstein y Eduardo Manostijeras me contagié de su risa y supe que estaba perdido.

Y entonces llegó el silencio, solo se escuchaba la lluvia caer con fuerza. No hubo beso. Hubo un estornudo.

Caminamos de vuelta y lo hicimos en silencio, no fue necesario hablar. A veces, lo no cuantificable era lo que más pesaba. Y cuando le aseguré que tendría noticias pronto se lo dije muy en serio. Ya no era capaz de imaginar mi vida sin su presencia, eso fue raro.

Capítulo 10

Al día siguiente recibí un mensaje suyo a mediodía. «Quedamos a las seis en nuestra cafetería». Di pequeños saltitos de alegría por el comedor. El señor Darcy me miraba, él no entendía mi emoción porque no sabía leer mensajes. ¡Teníamos una cafetería nuestra! Bueno, nuestra como tal no era, pero sí era nuestro lugar especial. Ahí fue donde nos vimos por primera vez sin saber cómo cambiarían nuestras vidas desde ese día.

—Hoy toca tensión visual —dijo Hugo mientras elegíamos una mesa junto a la ventana, mi favorita.

—¿Tensión visual? ¿Eso es algún tipo de yoga emocional o simplemente me vas a mirar hasta que me derrita? —pregunté dejando mi bolso en la silla con un suspiro teatral.

—En las novelas que leí… —Sí, había leído tres novelas románticas esa semana y ya se creía experto—, hay siempre una escena donde los protagonistas no se dicen nada, pero se lo dicen todo con la mirada.

—Claro, porque la comunicación no verbal es el idioma universal del cliché —le respondí mientras me sentaba—. Es algo muy típico.

—Exacto. Según mi hipótesis, si hay química real, deberíamos ser capaces de sostener la mirada al menos durante treinta segundos sin hablar. Si fallamos, no hay tensión.

—¿Y si yo tengo los ojos secos? ¿Eso arruina tu tesis?

—Parpadea un par de veces antes.

—¿Y si se me mete algo en el ojo?

—¿Y si te callas ya y solo haces el intento qué te parece?

—Así es imposible. Me pones nerviosa y yo cuando estoy nerviosa tengo una especie de tic en el ojo izquierdo.

—No me había fijado —dijo sorprendido. Era más que evidente que él a mí no me había hecho el mismo reconocimiento que yo a él. Cuando se ponía nervioso se agarraba el puente de la nariz con dos

dedos bajo la gafas y cerraba los ojos—. Venga, vamos a intentarlo al menos.

Nos sentamos uno frente al otro. Él apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y me miró fijamente. Yo hice lo mismo, aunque con más pestañeo y menos pose de androide. Coloqué mis manos alrededor de mi cara y sonreí emocionada como si fuera una niña que acaba de aprender a leer frente a una carta de un admirador secreto en el día de San Valentín. Pasaron diez segundos.

—¿Y qué se supone que debo sentir? —pregunté impaciente.

—Nada. No puedes hablar. Has estropeado la prueba —dijo negando con la cabeza.

—¿Pero tampoco puedo preguntar si lo estoy haciendo bien?

—No. No puedes hablar. Es sencillo.

Diez segundos más. Yo lo miraba. Él me miraba. El camarero nos miraba raro. Se acercó, dejó nuestros cafés sobre la mesa y nosotros ni lo miramos, no podíamos. Todavía nos quedaban diez segundos más. Sentía que era una cita a ciegas supervisada por alguna cámara oculta colocada por el CNI.

—Tus ojos son de un tono marrón muy estable —dije de repente.

—¡Érika!

—¿Qué? ¡Ha sido un cumplido técnico!

—¿Muy estable?

—¿Prefieres que diga que son de un marrón profundo y luminoso, como el de la miel tostada bajo el sol o la madera antigua acariciada por el tiempo?

—No. ¡Qué horror!

—¿Y prefieres que diga que es un marrón que guarda secretos, ternura y fuego en silencio?

—Menos todavía.

—¿Entonces te parece bien que haya dicho un marrón estable? —Él suspiró, frustrado.

—Vamos a intentarlo otra vez. Concéntrate, por favor. —Asentí con la cabeza sin pronunciar ninguna palabra.

Esta vez aguantamos unos dieciséis segundos más o menos antes de que yo empezara a tararear la canción que sonaba de fondo.

—¿Estás saboteando esto a propósito? —preguntó afligido.

—No. Solo es que cuando me miras así, me siento como una presa estudiada por un buitre hambriento. No sé… Ponle algo de romanticismo.

Él se llevó las manos a la frente, resignado. Hizo ese gesto tan suyo de pellizcarse el puente de la nariz. Le hacía parecer más atractivo de lo que ya era, o esa era mi impresión. Hugo empezaba a gustarme más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Cómo puedes arruinar un momento tan simple? —preguntó nervioso—. Solo tienes que mirarme y ya está. ¡No es tan difícil!

—¿Simple? Hugo, tengo que confesar que los silencios tensos no son mi fuerte. Yo soy más de diálogos y de escenas con banda sonora, ya lo sabes. No de miradas que parecen entrevistas de trabajo.

En ese momento, una pareja en la mesa de al lado empezó a discutir. Ella le recriminaba algo sobre unos mensajes de WhatsApp y él le decía que solo eran memes en el grupo de amigos. Ambos nos quedamos en silencio. Mirándolos con poco disimulo.

—Interesante —comentó Hugo mientras abría su libreta y anotaba algo—. Mira cómo gesticula ella. Rabia, decepción, pero también afecto.

—Y él, en cambio, usa el humor como escudo. Es un clásico total.

—¿Te das cuenta? Eso es un material muy bueno para tu novela. Conflictos y contradicciones emocionales.

—Sí, pero eso está ya muy visto, Hugo. Aunque me dan ganas de acercarme y decirle: «¡Tú, idiota, ambos sabemos qué tipo de memes se envían en esos grupos!».

—¿A qué te refieres?

—No actúes como si fueras un ignorante. Todos tenéis grupos de hombres en los que os enviáis fotos de mujeres desnudas que justificáis diciendo que son memes.

—Yo no.

—Ya, claro. Ahora eres tú la excepción que rompe la regla.

—No tengo por qué mentirte, Érika. Deberías ir conociéndome ya. Si te digo que no lo tengo es porque no lo tengo. —En algo tenía razón, empezaba a conocerle. Lo veía más del tipo de hombres que

envían memes sobre la tabla periódica o stickers de humor negro que solo entienden ellos.

—Bueno, vale. Te creo. —Hugo me observó con media sonrisa.

—Estás empezando a pensar como una científica emocional, poco a poco lo conseguiremos.

—Pues tú lo haces como un narrador pasivo-agresivo.

—Me tomaré eso como un progreso.

No lo había dicho con esa intención, pero no lo rebatí. Pedí un trozo de pastel de triple chocolate para acompañar el café. Él pidió un bizcocho sin azúcar, insípido. Por supuesto. Su alma parecía estar en modo dieta.

—¿Sabes qué pienso? —dije mientras cortaba el pastel—. Que no importa cuánto lo intentemos o de qué manera lo hagamos. Tú y yo jamás reaccionaremos igual ante los mismos estímulos. Tú ves datos, yo veo corazones flotando. Tú haces gráficos, yo escribo frases cursis. Eso no va a cambiar por muchos experimentos que llevemos a cabo.

—Y aun así, aquí estamos —respondió mordiendo su bizcocho. Un escalofrío recorrió mi espalda. Ojalá ese trozo de pastelillo fuera mi cuello—. Analizándonos mutuamente como si tuviéramos alguna lógica.

Lo miré por un instante. Había algo en esa frase. Algo más profundo de lo que ninguno de los dos pretendía admitir.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de que quieres seguir con esto? —pregunté con temor a que la respuesta que me diera pudiera dolerme, pero había que ser realista. ¿No era eso lo que mi editora y él querían?—. Porque quizá no soy el mejor espécimen para tu hipótesis. ¿Lo has pensado?

—Tal vez no —dijo dejando la taza sobre el platito—. Pero tengo que confesar que eres la única que me ha hecho cuestionarla.

Silencio. Incluso la música que sonaba se paró. ¿Eso era un cumplido?

—Eso ha sonado casi romántico, ¿lo sabías? —le dije en voz muy bajita para no despertar al ingeniero que llevaba dentro.

—No lo era. Era una observación estadística. —Mierda, no había funcionado.

—Claro. «Observación estadística».

—Efectivamente.

—Así le llamas tú a las mariposas, ¿no?

—Siento decepcionarte, pero no.

Se relamió los dedos en los que tenía restos del polvillo blanco del bizcocho. Azúcar no era, suponía que tampoco era ningún tipo de droga. La forma que tuvo de pasar la lengua me hizo sentir un cosquilleo en el estómago. Lo mío sí eran mariposas, pero no de las románticas, sino de las eróticas. Él desvió la mirada, y por un segundo, vi algo extraño en sus ojos. ¿Duda? ¿Ternura? ¿Deseo? Posiblemente, solo estaba calculando el tiempo que quedaba hasta que terminara esta fase. No lo supe jamás porque no quise preguntarle. Solo supe que, entre cucharadas de pastel y frases llenas de sarcasmo, había empezado a disfrutar de estar con él. No porque fuera romántico. Sino precisamente porque no lo era. Y eso, en cierto modo, era mi nuevo cliché favorito.

La tarde ya se había convertido en noche, y la temperatura había bajado lo justo para que yo empezara a considerar si mi vestido de flores era una mala elección para una cita-no-cita con un ingeniero sin alma. Empezamos a caminar sin rumbo y nos sentamos en una de esas terrazas semivacías de la plaza, donde las luces colgantes trataban de crear un ambiente bohemio. Hugo pidió té. Yo una limonada absurda con tanto hielo que parecía una metáfora de su corazón. Pero era mejor no ingerir ninguna gota de alcohol para que no se me escapara algo de lo que yo pudiera arrepentirme y él pudiera utilizar en mi contra.

—Bueno… —dije cruzando los brazos sobre la mesa—, creo que ya estoy preparada. Vamos a mirarnos sin apartar la mirada y sin hablarnos. Sé que puedo hacerlo.

—Si tú lo dices…

—¿Quieres probarlo o vas a recitarme el manual del buen observador antisocial?

—Yo no soy antisocial, de hecho, soy muy sociable.

—Ya veo, ya. —Pasaba de entrar en un absurdo debate con él. Se quedó en silencio y me lo tomé como un «vamos a probarlo».

Nos miramos. Diez segundos. Veinte segundos. Él tenía marcada una arruga en el ceño, típica suya. Me encantaba. Él parecía estar analizándome como si intentara descifrar si estaba haciendo una lista de la compra mental o contando ovejitas o, simplemente, mal de la cabeza.

Yo intentaba no sonreír, pero era muy difícil. Tenía ganas de hacerlo. Una sonrisa de esas nerviosas que salían antes de un beso. Estaba segura de que los treinta segundos ya habían pasado, pero como había perdido la cuenta, no sabía.

—¿Esto te incomoda? —pregunté rompiendo el silencio. Ya estaba durando demasiado.

—¿El qué?

—Que haya sido capaz de aguantar la mirada calladita y sin desviar la vista.

—No. No me estás diciendo nada, pero siento que estás gritándome algo con los ojos.

—¿Y qué crees que gritan?

—Algo como «Eres un idiota adorable, pero no te lo pienso decir en voz alta».

—No vas mal encaminado. —Jamás confesaría que había estado contando las motitas amarillitas que se entremezclaban con el marrón como la miel tostada al sol de sus ojos.

—Lo sabía —dijo con esa media sonrisa que se le escapaba cuando pensaba que estaba ganando.

—Entonces ha funcionado. —Aplaudí de lo más contenta.

—Funcionó. Para ti, claro.

—Reconoce que por un segundo has sentido algo. —Él alzó una ceja.

—Un ligero impulso de huir. —Chasqueé con la lengua contra mi paladar. Fue un sonido de frustración—. Pero sí, también algo parecido a curiosidad.

—¡Eso es emoción, Hugo! ¡Estás sintiendo cosas no cuantificables! No me lo puedo creer. —Me levanté, fui hasta él y lo abracé. Él se tensó de golpe.

—No te emociones. Todavía puedo hacer gráficas de esto. —Era único para estropear los momentos especiales.

Minutos después, ya de pie y caminando por la plaza iluminada, propuse, es decir, exigí el siguiente cliché.

—Ahora quiero bailar —dije parándome frente a él—. Aquí mismo.

—¿Y dónde está la música?

—En mi cabeza. Te juro que hay una balada sonando ahora mismo. Algo parecido a *Perfect* de Ed Sheeran. Digo parecido porque mi inglés está un poco oxidado.

—Érika, esto es absurdo. No hay música y no hay ninguna melodía para seguir un ritmo acorde al compás.

—¡Hay alma! ¡Hay sensibilidad! Es un momento cinematográfico en toda regla y lo sabes. Tenemos que bailar y punto.

—Esto es un experimento. No una comedia romántica de Netflix y mucho menos una de humor.

—Todo buen experimento necesita una muestra extrema para ponerlo a prueba.

Me acerqué. Coloqué una de sus manos sobre mi cintura y le cogí la otra.

—No tienes escapatoria —susurré pegada a su oído—. Hagamos esto por la ciencia.

Él suspiró, pero no se apartó. Y acto seguido, empezamos a bailar. Era más bien un balanceo lento y torpe, un vaivén en medio de la plaza, con algunos transeúntes mirándonos como si estuviéramos locos. Lo que probablemente, era cierto.

—¿Ves? —dije mirándolo a los ojos mientras me hacía girar improvisadamente y me pegaba a su cuerpo—. No hace falta un concierto y estar en primera fila para crear un momento especial.

—Tampoco hace falta una excusa que justifique hacer el ridículo en público —murmuró.

—¿Te sientes ridículo? —pregunté confundida.

—No —respondió él tras unos segundos.

—¿Entonces?

—Me siento inesperadamente cómodo. —Parpadeé varias veces sorprendida.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Tal vez. Anótalo en tu libreta por si acaso.

—Por supuesto que lo haré. Además, con un subrayado rosa pastel y corazones rojos mal dibujados.

Me acerqué a él, levanté mi rostro y restregué mi nariz contra la suya. Mentiría si dijera que no esperaba que me besara, porque lo deseaba con muchas ganas. Ese era el momento perfecto para el beso-no-beso que se producía en todas las novelas y las películas románticas. Cuando los dos protagonistas estaban a escasos milímetros de juntar sus labios y algo hacía que el momento se viera interrumpido. Eso no pasó, pero no me importó. Estaba eufórica porque por primera vez en toda esa absurda fase había sentido que el experimento estaba funcionando, pero no en la forma en que Hugo esperaba.

Hugo

Al principio, cuando nuestros ojos se encontraron sobre aquella mesa de la cafetería, pensé que era solo parte del experimento, un paso más, pero algo no encajaba. Mientras la miraba, no veía datos, ni gestos a analizar, ni reacciones predecibles, solo era capaz de mirar la curva de su sonrisa conteniéndose, la chispa ilusionada en su mirada y la leve agitación de su respiración cuando se concentraba en intentar no parpadear. Y por un segundo, solo un segundo insignificante, me descubrí sintiendo algo parecido a un nudo en el estómago. No era nerviosismo, era otra cosa. Una inquietud que no podía cuantificar ni explicar. Como si todo mi sistema racional se viera ligeramente desestabilizado solo por el hecho de que ella me estuviera mirando así.

Érika se acurrucó contra mí para bailar como si fuéramos una pareja de película, de esas que aparecían en las películas que ella adoraba. Pero esa vez no era ficción, era realidad y nosotros estábamos bailando en medio de una plaza, sin música, sin lógica aparente, y yo no quería soltarla. Eso, por sí solo, ya era una señal de lo más preocupante. Tenía que admitir que estaba sintiendo algo. Una sensación rara, contradictoria, como si mi sistema operativo

estuviera experimentando un error inesperado en el *software*. Porque la teoría había sido clara desde el primer momento, era solo un experimento. Una observación controlada con la suma de hipótesis, pruebas y análisis. ¿Y entonces por qué diablos sentía un vacío en el estómago cada vez que ella me miraba con esos ojos brillantes y se reía de mí como si me conociera desde siempre?

Cuando apoyó su nariz contra la mía, estuve a punto de besarla, no por protocolo. No por cumplir uno de sus clichés, sino porque lo deseaba. Y ese deseo me pilló completamente desprevenido. No entraba en mis planes, tampoco estaba en mi hoja de ruta emocional y lo más importante, no formaba parte del diseño del experimento. Quise creer que era un fallo y no la prueba definitiva de que el experimento se me había ido por completo de las manos.

Respiré hondo, intentando que ella no lo notara, no podía permitirme que se diera cuenta. Porque si Érika descubría que su caos empezaba a afectarme más de lo que era estadísticamente razonable, estaba perdido. Y, sin embargo, una parte de mí no quería resistirse. Empezaba a sentir la necesidad de rozar mis labios con los suyos.

Quizá, solo quizá, me estaba gustando más de lo que estaba dispuesto a aceptar en ese momento de mi vida. Y eso era tan inquietante como irresistible a la vez.

Capítulo 11

Si la vida fuera justa, los ex deberían tener la decencia de aparecer solo cuando estás divina de la muerte, feliz y absolutamente no necesitada de validación externa. Pero no.

En mi caso, apareció cuando llevaba una camiseta blanca con una mancha de café del tamaño y la forma de África, el cabello recogido en algo que podría llamarse moño desenfadado. Y para colmo, mientras discutía con Hugo sobre si compartir el postre era un acto de amor o un crimen contra la independencia personal. Yo estaba a favor del amor. Él, del crimen.

—¡Solo estoy diciendo que si pides *cheesecake*, tienes que compartirlo conmigo! —me defendí señalándolo con el tenedor de forma amenazante.

—¡Y yo solo digo que si quieres *cheesecake*, te lo pidas tú! —respondió él mientras protegía el suyo como si fuera la fórmula secreta de la Coca-Cola—. Y deja de apuntarme así con el tenedor, que parece que quieres sacarme los ojos con él.

Fue entonces cuando escuché esa voz aguda, como de un GPS de los caros con acento refinado.

—Hugo, ¡qué sorpresa verte por aquí!

Me di la vuelta sobresaltada y ahí estaba ella. Su exnovia. Sabía que era ella porque una tarde hurgando entre sus cosas había encontrado una foto de ellos dos juntos abrazados. Sabía que no estaba bien hacer esas cosas, de hecho, yo nunca había rebuscado entre las pertenencias de nadie, pero había una justificación. Hugo era tan hermético que si quería saber algo de él para conocerle un poco más, debía usar métodos bastante cuestionables en mi investigación.

Llevaba un traje blanco impecable, unos tacones altísimos con los que estaba segura de que le dolería los pies. Una melena rubia perfectamente peinada, no tenía ni un pelo fuera de su lugar. Y una sonrisa tan falsa que me daban ganas de aplaudirle, pero en la cara.

Llevaba varias capas de maquillaje. Se había puesto muy de moda lo de usar muchos potingues en la cara y ella era la abanderada de las tendencias. No hacía falta más que mirarla para saberlo.

—Begoña —dijo Hugo, incorporándose de forma rígida, como si acabaran de enchufarlo a una toma de corriente. Se le veía preocupado.

Yo me puse de pie también, lo hice por reflejo. Y porque la situación pedía una actuación inmediata.

—¿Y esta es…? —preguntó Begoña, mirándome de los pies a la cabeza como si estuviera analizando cada característica mía en busca de alguna que entrara en el modelo de chica perfecta para Hugo. Me sentí molesta. Ella no era nadie para mirarme así, vale que lo hiciera por encima del hombro porque era más alta que yo, pero ese desprecio que vi en sus ojos no me gustó.

Hugo titubeó, no sabía qué decir. Y ahí fue cuando se activó mi modo telenovela.

—¡Hola! Soy Érika —dije poniéndome a su lado y tomándole del brazo con una dulzura forzada—. Su novia. Bueno, soy más que eso. Su musa, su respuesta a una ecuación imposible, su compañera de vida y de eternidad, su postre favorito, su despertador en mitad de la noche, su todo. Literal y metafóricamente hablando.

Begoña parpadeó incrédula como si se hubiera tragado un mosquito tigre. Hugo se quedó mudo. Lo cual era preocupante, porque ese no era el plan, al menos el que había en mi cabeza.

—¿Novia? —repitió Begoña con esa entonación que usan los villanos en las películas cuando dicen «interesante».

—Sí —me adelanté sonriendo como en una foto de compromiso —. Llevamos juntos… ¿Cuánto, mi amor?

Lo miré. Él me miró. Yo levanté una ceja impaciente. No estaba colaborando nada.

—Cinco semanas y tres días —respondió al fin. Lo hizo sin tartamudear—. Más exactamente, treinta y ocho días.

¡Dios mío! Le salía tan natural que hasta yo dudé si estábamos actuando o si realmente en algún momento habíamos acordado ser pareja y se me había olvidado entre tanta conversación sobre realismo y lógica.

Begoña frunció los labios, como si algo en su programación interna no le cuadrara. Normal, no me cuadraba ni a mí. O sea que a ella…

—Qué sorpresa —dijo alisándose la falda del traje. Se notaba la falsedad a kilómetros—. No pensé que tú fueras de hacer demostraciones públicas.

—Bueno, conmigo hace excepciones porque soy muy especial para él —solté de pronto. Le di un beso en la mejilla a Hugo. Bueno, lo intenté, ya que él se movió incómodo y acabé dándole un beso cerca de la oreja. Súperromántico. Eso había quedado mejor, más creíble.

Begoña se despidió con una sonrisa tensísima y un «qué disfrutéis vuestra relación» que no sonó nada sincero, pero me dio igual.

En cuanto se alejó, Hugo se soltó de mi brazo de forma precipitada y se desplomó sobre la silla. Begoña lo conocía bien. Él no era muy dado a las demostraciones, pero ni públicas ni privadas.

—¡¿Qué ha sido eso?! —pregunté jadeando como si hubiera corrido una maratón de quince kilómetros—. Eres un actor pésimo, ya te lo digo.

—¿Qué ha sido eso tú? —replicó él mientras yo volvía a sentarme —. ¿Mi postre favorito? ¿En serio? ¿No se te ha ocurrido nada mejor?

—Estaba improvisando. —Intenté justificarme como pude, pero era muy difícil—. Tú no decías nada. Te has paralizado como un robot que ha sufrido un cortocircuito.

—¿Y tú qué? ¿Ahora eres una actriz de telenovelas frustrada?

—¡Soy escritora! Es casi lo mismo.

Nos miramos. Y entonces, estallamos en carcajadas. Porque había sido ridículo. Porque ambos habíamos sido ridículos. Y porque, extrañamente, nos había salido demasiado bien para no haber estado planificado.

—Bueno —dijo él tras un silencio—. No ha estado tan mal. Tengo que reconocer que ha sido divertido.

—Lo anotaré en mi libreta como «el día en que la ex conoció a la musa dramática».

—Y yo lo anotaré como la Fase Tres: exposición social y observación conductual en situación de engaño romántico.

—¿En español, por favor?

—No era lo que tenía en mente para la siguiente fase, pero quizá se me ha contagiado algo de ti y soy capaz de hacer cambios de última hora. Vamos a tener que fingir que estamos juntos. Al menos un tiempo. Ya hemos sembrado la mentira, Begoña ya estará llamando a diferentes amistades que tenemos en común para contárselo. Tenemos que seguir fingiendo.

—Genial —resoplé. No lo hacía porque le hubiera gustado, sino para que no descubrieran que había mentido—. ¿Y ahora qué sigue? ¿Unos días de relación, después una situación incómoda y una ruptura frente a la puerta de tu ex?

Él me miró. Con esa seriedad que usaba cuando diseñaba planes locos como si estuviéramos a punto de hackear la NASA, por lo menos.

—Ahora tenemos que parecer una pareja real.

—¿Real como en compartir el postre?

—Real como en convencer a todos de que lo nuestro es auténtico. Yo nunca comparto el mío, eso no va a suceder ni siendo novios de mentira.

—Perfecto —dije sonriendo con una mezcla de miedo y emoción —. Me encantan los retos. Acabarás dándome de tu tarta con tu cuchara, ya te lo aviso.

Lo que no le dije fue que, por dentro, una vocecita me gritaba algo que no quería escuchar. ¿Y si empezaba a creerme la mentira? Porque a mí Hugo me gustaba, ya no podía negarlo más. Me levantaba y me acostaba pensando en él, y no por nuestro experimento. Sino porque pensar en él me hacía sentir magníficamente bien.

Ya habían pasado unos días. Estábamos acostumbrándonos a nuestra nueva «no» relación de pareja.

El problema de las mentiras no era contarlas, era mantenerlas. Y el problema de fingir una relación era que, cuando un vecino octogenario te veía salir del piso de Hugo a las ocho de la mañana un domingo, empezaba a hacer gestos obscenos con las cejas.

—Esto se nos está yendo de las manos —le dije mientras bajábamos las escaleras—. El portero me guiñó el ojo el otro día. El portero, Hugo. Tiene 76 años.

—Eso es porque has salido descalza y con el pelo como si te hubieras peleado con un ventilador. Eso daba una interpretación equivocada, créeme.

—¡Me estaba probando tu mascarilla para la piel! ¡Me dijiste que hidrataba en profundidad!

—Y lo hace, pero la piel, no el pelo—respondió, sin un ápice de ironía.

—A lo mejor se me ha ido un poco de las manos. Es que recién levantada tengo una precisión nula.

—Si solo fuera eso…

Decidimos, bueno, él decidió y yo fingí democracia, que, si íbamos a mantener la farsa por unas semanas, teníamos que dejar claras las reglas.

La tarde del *cheesecake* nos sentamos en su salón, él con su libreta y yo con un paquete de galletas de chocolate como escudo emocional.

—Primero —dijo apuntando con su bolígrafo—. Apariencia pública de cercanía emocional.

—¿Eso incluye besos? Sí, ¿no?

Él alzó una ceja y me miró fijamente, como si estuviera haciendo una lista mental de los pros y los contras que tenía el hecho de compartir saliva conmigo.

—Pequeñas muestras de afecto. Nada que cruce la frontera de lo incómodo.

—Para ti, incómodo es sinónimo de humano. O sea que cualquier gesto te puede molestar. —Puso cara de indignación—. No me mires así porque sabes que tengo razón. Acuérdate de cómo me has hecho la cobra cuando he querido darte un besito en la mejilla.

—No sabía si me ibas a besar en los labios.

—¿Tú crees que eso justifica algo? Porque te advierto de que no pienso tolerar ni una cobra más. Esto funciona de la siguiente manera: si yo me acerco a ti, tú no te mueves. Esperas para ver qué

voy a hacer y una vez hecho, y en privado, nunca en público, te quejas todo lo que quieras.

—Tengo que pensarlo.

—Te prometo que intentaré limitarme a cogerte de la mano y suspirar como una mujer enamorada.

—Segundo —continuó él ignorando mi comentario—. Coherencia en la historia. Necesitamos una línea temporal, anécdotas, puntos de referencia y un apelativo.

—Podemos decir que nos conocimos en la cafetería donde me arruinaste el manuscrito y me arruinaste la vida —dije con dramatismo—. Es la realidad. ¿No es eso lo que tú quieres?

—Es lo que tú necesitas. Espero que al menos hayas empezado a escribir tu libro, porque si no lo has hecho no será por falta de material.

—Tú me necesitas a mí en tu vida, *cariño*. Lo que pasa es que todavía no lo asumes porque eso arruinaría tu esencia.

—¿Puedes dejar de usar la palabra arruinar cada vez que hablas de mí? Lo de *cariño* no me ha gustado nada.

—Veré qué puedo hacer. Tengo que buscar un apelativo que vaya más contigo.

—A mí no se me ocurre ninguno.

Y así pasamos la tarde: él trazando una cronología falsa con la eficiencia de un espía del CNI y yo inventando recuerdos de pareja que involucraban viajes al campo para hacer un pícnic sentados en el suelo sobre una mantita, escapadas a la montaña para perdernos en una cabañita rural en medio de la nada donde no se escucharan mis gemidos de placer en un radio de tres kilómetros y una vez en que casi adoptamos un hámster.

Hugo

Desde el instante en que escuché su voz sentí cómo una parte de mi estómago se contraía. Begoña. No fue miedo, tampoco incomodidad. Fue más bien una mezcla de vergüenza anticipada y agotamiento emocional, como si mi cuerpo supiera con anticipación que lo que

iba a ocurrir a continuación iba a ser una escena digna de ser contada por Érika con sus giros dramáticos de los acontecimientos. Me puse de pie casi por instinto, rígido, como si aún tuviera que mantener cierto protocolo cada vez que la tenía delante. Qué ridículo sonaba eso después de tanto tiempo.

Y entonces, Érika habló. Bueno, no habló, en realidad irrumpió como un vendaval emocional que lo arrasaba todo a su paso. Me cogió del brazo y comenzó a recitar aquella letanía cursi que, para colmo, me hizo tragar saliva. No porque me disgustara, aunque mi dignidad científica se revolvía como un gato en una bañera, sino porque por un momento, solo por un segundo, me la creí. Me creí que era mi novia, mi musa, incluso hasta mi despertador en mitad de la noche. Y eso era peligroso.

No supe cómo reaccionar. No tengo protocolos para los terremotos emocionales con nombre propio. Érika estaba actuando con la convicción de una actriz de telenovela turca y yo solo podía seguirle el juego porque… bueno, porque ver la cara de Begoña intentando procesar lo imposible estaba siendo casi terapéutico para mí. Esa mirada de superioridad descolocada era nueva, nunca la había visto. Y la había provocado Érika, con su moño improvisado, su mancha de café y ese brillo mágico en los ojos. Y juro que por un momento, me sentí orgulloso de tenerla de mi brazo.

Begoña y yo nos conocimos en una de esas cenas organizadas por nuestros padres, como si aún viviéramos en el siglo diecinueve y el amor fuera cosa de convenios sociales. Desde el principio supe que no hablábamos el mismo idioma emocional, pero ella era guapa, educada y tenía ese encanto superficial que funcionaba en los cócteles. Pronto descubrí que bajo su perfección no había más que una preocupación obsesiva por la moda, las apariencias y el qué dirán. La relación se volvió hueca, predecible, como todas, pero lo hizo demasiado rápido, duró menos de un año. El final llegó cuando se encabezó en que debíamos vivir juntos, como si fuera un paso lógico y obligatorio para consolidar nuestra imagen de pareja modelo. No tuve ninguna duda. Le dije que no, y la dejé. Aprendí de aquella relación que prefería la soledad a compartir mi espacio con alguien que solo valoraba lo que se podía colgar en redes sociales.

Capítulo 12

El primer reto real fue esa misma tarde. Mi mejor amiga nos invitó a tomar algo con su novio. Y como la vida se burlaba de mí, Hugo aceptó con poco entusiasmo.

En parte me sentía mal, no les había contado nada sobre lo mío con Hugo a mis amigas. Si había que fingir, qué mejor que frente a ella qué me conocía como nadie.

—Tenemos que ensayar el comportamiento frente a terceros, ¿qué sentido tiene estar encerrados en casa? Aquí no podemos interactuar con nadie —dijo mientras elegía su camisa como si fuera a un funeral.

—No sabes lo que estás haciendo. Noelia tiene un radar de mentiras más fino que el CNI. Y, encima, su novio es psicólogo. No vamos a durar ni diez minutos sin que nos descubran.

—¿Tú confías en mí?

—No mucho, la verdad. Pero tampoco tengo opción, ¿no?

—¡Esa es mi chica! —exclamó eufórico. Esas palabras habían sonado de maravilla. «Su chica». Sabía que él no me veía así y que la emoción del momento se debía a que sentía que era todo un reto en nuestro experimento.

Quedamos en una terraza del centro, una de esas bohemias y con luces colgantes, con camareros con delantales *vintage* y menús donde la palabra «orgánico» aparecía más veces que en una convención mundial de hippies.

Noelia nos miró como si fuéramos especímenes de laboratorio. La conocía. Estaba buscando señales.

—¡Al fin conozco al famoso Hugo! —dijo dándome un codazo con poco disimulo.

—Famoso por derramar café y traumatizar a escritoras —respondí sonriendo tensa.

Hugo extendió la mano al novio de Noelia con una sonrisa educada.

—Encantado. Hugo Marqués de Conde. Ingeniero de sistemas y falso novio profesional.

Se hizo el silencio. Yo lo fulminé con la mirada. No podía ser que se le hubiera escapado la verdad en su primera frase, pero si solo se había presentado. ¿Cómo era posible?

—Bromea —dije rápidamente—. Tiene un humor… Bastante técnico.

—Ah —dijo Noelia medio dudando—. Entonces, ¿cómo llegasteis a estar juntos? ¿Fue amor a primera vista o enemistad inicial como en los libros de mi amiga?

Hugo y yo nos miramos. Ese segundo eterno donde decides si inventas una excusa cualquiera o dices algo real.

—Nos conocimos cuando él me lanzó una taza de café encima, ya lo sabes, te lo conté.

—Yo le dije que su escena de amor era un insulto a la inteligencia emocional —añadió él.

Los dos sonreímos. Y, curiosamente, la risa que estalló después sonó de lo más natural.

—Wow —dijo Juan Carlos, el novio de mi amiga—. Por lo que me ha contado Noelia sois totalmente diferentes. ¿Cómo habéis acabado juntos?

—Con chocolate y sarcasmo —respondí.

—Y listas de pros y contras —añadió él. Estaba tan nerviosa que no sabía dónde colocar mis manos. Hugo me cogió una de ellas, la acarició y la colocó sobre la mesa bajo la suya mientras con el pulgar me la acariciaba. Eso me calmó un poco.

La cena transcurrió entre preguntas, anécdotas falsas aderezadas con verdades incómodas y miradas cruzadas que empezaban a confundirme más de la cuenta. Porque sí, actuábamos. Pero a veces, entre frase y frase, Hugo me miraba con una ligera sonrisa que no parecía parte del guion, sino algo real. Y yo, sin querer, estaba empezando a olvidar cuál era el propósito y los pasos a seguir. Dejé de actuar.

Al salir, nos despedimos y prometimos volver a quedar para pasar otra velada así de entretenida, Hugo y Juan Carlos se habían enfrascado en aburridas conversaciones sobre la mente del ser

humano, eso hizo que congeniaran a la perfección. Un punto positivo. Los novios siempre tenían que llevarse bien para que las amistades no se vieran perjudicadas. Noelia y yo hablamos sobre mi novela. La pobre siempre tenía que ser lectora cero de mis borradores y digo la pobre porque, a pesar de ser profesora, odiaba leer.

Hugo y yo caminamos en silencio por la acera de vuelta a casa y con las luces de la ciudad haciendo sombras en nuestras caras.

—No ha estado tan mal —dije sin mirarlo.

—No. Aunque deberías ser actriz. Esa parte de la escapada a Zúrich fue muy convincente.

—Solo improvisé. —Jamás le confesaría que había dejado de actuar, y menos aún que al hablar sobre mis sentimientos, había sido totalmente sincera—. Tú también estuviste bien. Parece que Juan Carlos te ha caído bien.

—Gracias —dijo tras una pausa—. Ha sido interesante. Además, son bastante agradables. He estado muy cómodo con ellos.

—¿Y conmigo? —pregunté con miedo a recibir una respuesta que me doliera. Él no respondió y miró hacia otro lado. Eso fue más que una evidencia—. Quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—El momento en el que me has cogido de la mano me ha tranquilizado mucho.

—He notado que estabas nerviosa y solo he querido ayudarte.

—Mentir a Noelia me hace sentir mal. Ella nunca haría eso. —Suspiré con pesar.

—Ya se lo explicarás cuando todo esto acabe.

—¿Y si no quiero que acabe? —Me detuve y le miré a los ojos con temor.

—Érika, ya sabes que esto es solo un experimento. No hay nada entre nosotros. Y tampoco lo va a haber porque ahora mismo no estoy buscando una relación. Estoy muy bien así. No me apetece meterme en problemas.

—¿Yo soy un problema?

—No, al contrario. Has sido un gran descubrimiento para mí. Pero ya te he dicho los motivos de por qué esto no puede ser real.

—El amor no se busca. Aparece cuando menos lo esperas, por ejemplo, con un tropiezo accidental.

—Tienes razón.

Y ahí, sin querer, nuestras manos se rozaron. Un segundo. Un instante de nada, pero todo. Y aunque nadie lo dijo, ambos lo supimos. La mentira se estaba sintiendo muy real. El problema de fingir estar enamorada de tu vecino era que, eventualmente, tu vecino empezaba a tomarlo demasiado en serio. No en el sentido romántico, claro, sino en el más literal y técnico posible. Hugo siempre llevaba su libreta de notas. Como si lo nuestro fuera un estudio de laboratorio, yo fuera una bacteria particularmente dramática y él fuera el científico que hacía un descubrimiento que cambiaría la humanidad.

—El nivel de afecto mostrado en público ha aumentado un cuarenta por ciento. Ya te dije que era buena idea —anunció mientras me pasaba la mano por la cintura con torpeza matemática —. Eso debería aumentar la credibilidad.

—¿Y el nivel de incomodidad? —le pregunté entre dientes, intentando acompasar mis pasos a los suyos.

—Estable. Aunque tu impulso por besarme cada vez que alguien nos mira probablemente esté alterando el experimento.

—No lo hago siempre. No seas mentiroso.

—El noventa por ciento de las veces.

—Bueno, pero no es el cien por cien —dije orgullosa.

—No es necesario y lo sabes.

—¡Estoy interpretando el papel de «novia empalagosa»! ¡Quiero un Óscar, no una tabla de Excel!

—Estás más cerca de un Razzie, la verdad.

—¿Sabes qué, señor algoritmo sentimental defectuoso? Tal vez deberías intentar actuar menos como un robot y más como alguien que, no sé… Disfruta fingir que está enamorado de mí. No creo que sea tan difícil.

Hugo suspiró y cerró su libreta. Luego se detuvo, me acercó más a él porque su mano todavía permanecía en mi cintura y me miró fijamente, de ese modo en el que se suponía que los chicos de los libros te miraban cuando estaban a punto de confesarte un secreto.

—Estoy disfrutando, Érika. No soy bueno demostrándolo, pero esto no es tan terrible como pensaba que lo sería.

Mi cerebro cortocircuitó un poquito, solo un poquito, lo suficiente para que me quedara mirándole como una idiota.

—¿Estás diciendo que te gusta esto?

—Estoy diciendo que eres una variable más compleja de lo que anticipé.

—Oh, qué halago tan romántico.

—Estoy diciendo que quizá no eres solo una escritora delirante con gusto por el melodrama, sino también alguien que…

—¿Que qué? —Su parsimonia a la hora de hacer una confesión me estaba estresando.

—Que logra que mi madre diga que «por fin cabe una posibilidad de tener una nuera con la que hacer una paella los domingos».

—Hugo… ¿Estás desarrollando emociones?

—No lo arruines, por favor.

—Demasiado tarde.

Reí. Y él sonrió tímidamente. Raro, pero muy real. Luego, tras ese rato tan incómodamente perfecto entre nosotros, vino el desastre.

Al día siguiente estábamos en la sección de galletas, porque, según Hugo, el experimento requería coherencia narrativa, así que necesitábamos *snacks* con forma de corazón. Ahí fue cuando escuché ese sonido característico que precedía a una catástrofe emocional: tacones de marca sobre baldosas de supermercado baratas.

Me giré. Y allí estaba. Begoña. Caminaba como si flotara en una pasarela invisible, con su cabello perfectamente peinado, su conjuntito pulcramente planchado y un acompañante unos años más joven que ella. Guapo, pero demasiado retocado estéticamente.

—Hugo —dijo con esa sonrisa que utilizábamos las mujeres cuando olíamos la competencia—. Qué coincidencia.

Hugo se tensó como una barra de acero.

—Begoña. Hola.

Ella apenas lo miró. Su atención se desvió hacia mí con una lentitud insoportable.

—Y tú eras… Érika, ¿no? Perdona que no recuerde bien tu nombre.

Le sonreí con todos los dientes, el tipo de sonrisa que decía: sí, soy yo, y no pienso moverme del sitio que ahora ocupo en su vida.

—Exacto. Érika. Su novia. De carne, hueso y un poquito de locura romántica. —Me puse de puntillas y besé la mejilla de Hugo que estaba rígida totalmente.

Los ojos de Begoña se estrecharon un milímetro. Apenas era perceptible, pero yo lo vi.

—Vaya. Qué interesante elección, Hugo. No sabía que ahora te gustaba la gente con tanta personalidad.

—Es contagiosa, ¿verdad? —dije dulcemente apretando el brazo de Hugo con disimulo y placer vengativo—. Ayer mismo me escribió un poema. Se llama «Teoremas con corazoncitos». ¿No es adorable?

Le relaté un poema improvisado y Begoña ladeó la cabeza.

—Hugo nunca fue muy fan de los gestos románticos. Le parecían infantiles. Supongo que todos en la vida cambiamos.

—Oh, claro que cambia. —Lo miré y le di otro beso fugaz, pero esa vez en los labios solo para ver cómo se ponía rojo hasta las orejas delante de su ex—. Ahora se emociona con cada pequeña tontería. A veces le brillan los ojos solo porque le preparo café con espuma en forma de corazón.

Begoña soltó una risa elegante y seca. Como si acabara de escuchar un chiste mal contado y tuviera que fingir que le había hecho gracia.

—Bueno, me alegra verte feliz, Hugo. —Puso una mano en el brazo del modelo de anuncio de clínicas famosas por su ácido hialurónico que la acompañaba—. Nosotros también lo estamos.

—Lo estáis. Se ve, se ve —asentí riendo a carcajadas.

Begoña dio un paso más cerca. Lo bastante para que solo yo la oyera cuando susurró:

—Cuidado, Érika. Él no se queda mucho tiempo en el mismo experimento.

Le sostuve la mirada sin pestañear.

—Y tú deberías saber que los mejores descubrimientos ocurren por accidente.

Ella me sonrió, ese tipo de sonrisa que solo podía salir de alguien con el corazón roto. Y luego se fue arrastrando su ego como una serpiente viperina.

Hugo soltó el aire como si acabara de sobrevivir a una cirugía de corazón sin anestesia.

—¿Te has vuelto loca?

—Un poco, sí. Pero he estado brillante. Admítelo.

—Le acabas de recitar un poema inventado y le has hablado de corazones en la espuma del café.

—¡Y no le ha sentado nada bien! ¿Tú también lo has notado? ¡Se ha ido intimidada!

—Creo que, más bien, se fue horrorizada.

—¿Y qué más da? El resultado es el mismo. ¡Punto para mí!

Hugo negó con la cabeza, pero no se soltó de mi brazo. Ni una sola vez.

—¿Era necesario besarme tantas veces?

—Solo han sido dos. Y te advierto de que nunca hay dos sin tres.

—Reconozco que esa amenaza suena bastante bien.

A Hugo ya no le incomodaban ese tipo de frases, y aunque jamás fuera a admitirlo, mis besos le gustaban. A mí los suyos no sabía porque todavía no me había besado, se estaba haciendo de rogar el ingeniero escurridizo del sentimentalismo.

Hugo

Nunca he sido bueno en reuniones sociales innecesarias. A veces, solo me entretienen porque las estudio con curiosidad científica. Pero aceptar ir a una quedada con una de las mejores amigas de Érika y su novio psicólogo era acercarse peligrosamente al suicidio experimental, hasta yo mismo lo sabía.

Lo hice por Érika. Por supuesto, elegí una camisa negra, el color del luto, o de las primeras impresiones.

La terraza bohemia donde nos citamos parecía sacada de un catálogo de cafés conceptuales. Cuando nos encontramos, Noelia nos miró como si nos fuera a diseccionar de un momento a otro. Su

novio, el psicólogo, tenía esa sonrisa que suele poner la gente que cree estar por encima de todo, incluidos sus propios sentimientos.

Solté lo del falso novio sin pensar demasiado, supe que había sido un error porque Érika me fulminó con la mirada. Ella lo arregló improvisando con soltura.

Nos preguntaron cómo nos conocimos y volvimos a la escena fundacional: el café, la crítica emocional y la enemistad inicial. La misma historia una y otra vez, pero esa noche sonaba diferente, menos ensayada y más natural.

Durante la cena me sorprendí a mí mismo riendo, no lo hice por obligación, ni tampoco por cumplir, sino porque Érika tenía esa ridícula manera de mezclar hechos reales con ficción. Lo de Zúrich había sonado muy real a pesar de que ninguno habíamos estado nunca en Suiza.

Cuando le dije que era una variable más compleja de lo que había anticipado me sentí ridículo, pero a la vez aliviado. Decirlo en voz alta reducía un poco la presión interna y la tensión que había ido acumulando sin darme cuenta durante las últimas semanas.

Y cuando nuestras manos se rozaron, apenas un segundo, noté un cortocircuito leve, como cuando un sensor fallaba durante una prueba. Algo había cambiado. No lo suficiente como para alterar la hipótesis inicial, pero sí lo justo para querer repetir el experimento una y otra vez.

Entonces llegó la aparición estelar de Begoña. Nunca había creído en las casualidades. Las probabilidades de encontrar a tu ex en medio de un supermercado mientras estás con tu falsa novia que, además, está especialmente inspirada en su rol, son estadísticamente muy bajas. Pero ahí estaba con un tipo que parecía más sacado de una aplicación de retoques faciales que de la vida real.

El primer beso en la mejilla me paralizó. El segundo, en los labios, me descolocó y lo más sorprendente fue que me había dejado llevar.

Érika tenía un talento especial para descolocar a la gente. Y no hablo solo de Begoña. Hablo de mí. Porque mientras ella le recitaba un poema improvisado sobre teoremas con corazoncitos, yo solo

podía pensar en cómo sus palabras se habían convertido en una especie de escudo brillante contra los dardos venenosos de mi ex.

Mentiría si dijera que no me había quedado esperando ese tercer beso cuando ella me advirtió de que nunca había dos sin tres.

Capítulo 13

Si la vida fuera una comedia romántica, habría música suave, luz cálida y un narrador con voz profunda diciendo algo así como: «Esa mañana, Érika no sabía que estaba a punto de desencadenar un terremoto emocional con solo tocar el timbre».

Pero en mi vida, lo único profundo era mi cansancio. Y el único terremoto era mi pelo, además no iba a dejar que nadie narrara mi destino, para eso ya estaba yo. Nadie lo iba a contar mejor que yo, de eso estaba más que segura.

Me levanté tarde, me puse lo primero que encontré, una sudadera con un unicornio con pelitos sobresalientes de colores y calcetines desparejados. Lo mío con los unicornios no se podía explicar. Me parecían tan monos y tan adorables, que compraba cualquier cosa que los tuviera. Cogí mi libreta de apuntes del experimento porque había tenido una idea y tenía que contársela a Hugo y me planté frente a su puerta con la firme intención de discutir sobre lo que él había planeado para la siguiente fase. Ya habíamos hecho clichés, risas nerviosas, contacto visual prolongado, y hasta coincidencias mágicas forzadas con terceras personas. ¿Qué venía ahora? ¿Pedir comida china y ver una película abrazados mientras se desataba una tormenta simbólica afuera? Toqué el timbre sin pensar. Hugo abrió la puerta y no conseguí descifrar el gesto que intentaba transmitirme con sus ojos, empezaba a conocerlo, pero no tanto.

Tres pasos más atrás apareció una señora elegantísima con perlas y un señor de cejas arqueadas y cara de tener acciones en varias petroleras. Los Marqués de Conde y padres de Hugo, también.

Me quedé muda. No supe qué decir. Sobre eso no habíamos hablado con anterioridad.

—Érika —dijo Hugo con un tono de advertencia que no auguraba nada bueno—. Eh… Estos son mis padres. Mamá, papá, esta es… eh… mi vecina.

¿Mi qué? Parpadeé. Ni una, ni dos, ni tres veces.

—¿Tu vecina? —preguntó su madre mientras me miraba y no con buenos ojos. Su mirada desprendía sorpresa, podía decir que casi alivio.

—Bueno, sí, o sea, vive en el piso de enfrente y…

—Soy su novia, en realidad —interrumpí tajante con una sonrisa dulce y homicida al mismo tiempo.

Los padres se miraron entre sí. Hugo se puso pálido como si acabara de ver a la muerte venir en forma de mujer recién levantada.

—¿Tu novia? —repitió su madre con el tono de alguien que acababa de descubrir que su hijo coleccionaba los códigos de barras de los envases.

—Sí —respondí avanzando y cogiéndolo del brazo—. Llevamos… ¿cuánto? ¿Meses? Y yo pensando que hablaba de mí con orgullo, pero parece que me ha estado ocultando como un secreto de Estado.

—Érika… —murmuró Hugo tirando levemente de mi brazo. Sabía de sobra el significado de su tirón, pero me dio igual.

—No, no, cariño, no seas tan modesto. Cuéntales cómo me conquistaste con tu lógica absurda. ¿Fue antes o después de decir que el amor es una variable estadística?

Los padres de Hugo parecían a punto de pedir cita con un terapeuta familiar.

—Bueno —intervino su padre incómodo—. Ya nos vamos. Ha sido un placer conocerte, Érika. Hugo, hablamos luego.

Cuando la puerta se cerró, el silencio fue tan denso que se podía cortar con una cucharita de postre.

—¿Qué demonios ha sido eso? —soltó Hugo al fin enfadado.

—¿Encima tienes la poca vergüenza de enfadarte? ¿Tu vecina? ¿En serio?

—¡Son mis padres! ¡No tenías que complicarlo más!

—Ahora resulta que soy una complicación. —Reí amargamente. Eso me pasaba por ilusa.

—No empieces. Que ya te veo venir.

—¿No se te ha ocurrido nada mejor?

—¿Algo mejor como qué?

—No sé. Una comercial de la compañía de la luz, por ejemplo.

—¿Has visto cómo vas vestida? Lo que menos pareces ahora mismo es alguien que venda tarifas de luz.

—Perdone usted por no ponerme lo mejor que tenga en el armario para conocer a mis suegros —dramaticé tanto que era excesivo incluso para mí—. No sabía que iba a conocerlos por fin.

—¿Te estás escuchando? —preguntó él a punto de perder la compostura—. ¿Qué suegros?

—Los míos, por supuesto.

—Érika, tú no estás bien de la cabeza. No son tus suegros y no lo van a ser nunca. ¿Has visto la cara con la que te ha mirado mi madre?

—Yo no tengo la culpa de que sea una estirada. Ya veo de quién has sacado tu carácter de mierda.

—No me puedo creer que encima seas tú la que está enfadada.

—Enfadada, no. Dolida, que es peor.

—Érika, para ya. No montes una escenita, por favor te lo pido.

—Ah, claro, porque decir que eres mi novio es una escenita, ¿no? Qué horror, ¿verdad? Ser mi pareja, qué humillación. ¿Eso arruinaría tu imagen pulcra de ingeniero sin emociones?

—No es eso y lo sabes. Es solo que no quería dar explicaciones innecesarias. Iban a hacer preguntas e iban a malinterpretar todo.

—¿Más que yo?

Hugo cerró los ojos, como si respirar profundamente pudiera cambiar lo irreversible. Porque si algo estaba claro, era que esa situación había marcado un antes y un después entre nosotros.

—Érika, esto es un experimento. Tú estás escribiendo una novela y yo solo estoy dejándome llevar por tu caos, ¿recuerdas?

—¿Y tú recuerdas que las novelas tratan sobre personas? ¿Sobre emociones? ¿Sobre riesgos? ¿O solo ves esto como otro gráfico de barras que tiene que darte resultados medibles?

—No es personal, Érika. Lo que ha pasado ahí ha sido… —Hugo no encontraba las palabras adecuadas para describir el momento que habíamos vivido. Estábamos jodidos.

—¿Frustrante? ¿Estúpido? ¿Real? Porque si me vas a reducir a «la vecina» cada vez que las cosas se salgan del guion, entonces mejor lo dejamos.

Me giré hacia la puerta, furiosa.

—¿A dónde vas?

—A mi casa. A respirar. A pensar. A hacer todo lo que tú pareces evitar con tus reglas y protocolos.

—Érika, yo creo estás exagerando.

—¿Exagerando? ¡Dios, ojalá estuviera exagerando! ¿Sabes qué, Hugo? Se acabó. El experimento, las fases, los clichés, todo. Puedes guardar tus gráficas de mierda. No quiero saber cuál es la siguiente fase ni qué curva emocional esperas que siga esta vez. Yo escribo historias, sí. Pero esta ya no me interesa. Lo siento.

Y salí. Lo hice sin mirar atrás. O puede que mirara un poquito. Una sola vez y con disimulo solo para ver si él venía tras de mí, como en los libros románticos cuando los dos protagonistas discutían, pero no. No lo hizo.

Hugo

No suelo cometer errores de cálculo. Pero esa mañana, cuando Érika se marchó cerrando la puerta como si intentara sellar una cápsula al vacío, supe con exactitud científica que había metido la pata hasta el fondo. Nunca había visto tanta decepción en su mirada.

Pasé el resto del día con el cerebro funcionando a medias. Intenté trabajar. Abrí un documento técnico y lo cerré veinte veces. Las líneas de código se deshacían ante mis ojos como si cada símbolo me recordara su voz, su reproche, su mirada herida. Y lo peor de todo era que no podía justificarlo lógicamente porque no había ninguna ecuación para eso.

Érika

Llevaba cuarenta y cinco minutos reorganizando los posavasos de mi salón. Tenía tres. Ni siquiera eran bonitos, me los habían traído mis padres de uno de sus viajes, eran cinco en total, pero dos se habían perdido. En ese momento me parecía fundamental tenerlos colocados para evitar el colapso emocional.

El experimento se había acabado, sí. Pero mi cerebro seguía ejecutando su propia simulación. Una en la que él me decía que había sido un idiota, que no sabía por qué lo había hecho, que no me llamó «vecina» por vergüenza, sino por miedo a que importara demasiado. ¡JA! Como si Hugo supiera lo que era el miedo emocional. Él no tenía ni idea, me costaba creer que hubiera tenido novia. Y cuanto más pensaba en eso, más recordaba las palabras de Begoña: «Él no se queda mucho tiempo en el mismo experimento». Me moría por saber cómo había empezado su relación.

Tenía que borrarlo de mi mente, hacer un «CTRL+C» como diría él «excelificando» todo, o directamente enviar el archivo de nuestra relación a la papelera.

Y, sin embargo, cada vez que mi móvil sonaba, el corazón me daba un vuelco, pero nunca era él.

Hugo

El lunes, la vi salir de casa con un vestido rojo y el pelo suelto. Ella nunca solía vestir así. No me miró, yo sí lo hice. Y odié su indiferencia. Odié que ya no discutiera conmigo, que no me insultara con nombres ingeniosos, que no dejara un *post-it* riéndose de mí, pegado en mi puerta si yo dejaba el felpudo un milímetro torcido.

El silencio de Érika era como un agujero negro: lo absorbía todo, incluso mi capacidad de pensar. No podía concentrarme en otra cosa que no fuera lo «nuestro». La pregunta no dejaba de martillear en mi cabeza… ¿Y si había perdido algo más que una compañera de experimento?

Érika

Estaba escribiendo. Al menos intentándolo. «El protagonista la miró con ternura, incapaz de ocultar la verdad en sus ojos…»

No, no me cuadraba. Borré la frase. Volví a escribirla de otra forma. Y la borré de nuevo, tampoco me gustaba.

Porque ahora conocía la mirada de alguien que no decía la verdad. La había visto sin ninguna duda. Frente a sus padres, frente a mí. Y describir una mirada ya no era tan sencillo.

Pero entonces recordé cómo me buscaba con los ojos cuando creía que no lo estaba mirando. De cómo me corregía la postura sin decir nada para que no me quejara de que me dolía. De cómo me dio su bufanda aquella tarde que llovía aunque insistió en que no hacía frío, pero no quería que se me irritara la garganta. Nada de eso estaba en su teoría, esos gestos no podían controlarse.

Y, sin embargo, ahí estaba el hecho. Como una grieta en su lógica.

Hugo

El miércoles bajé al portal y me encontré con la señora Carmen, la vecina del primero que tenía el patio lleno de jaulas con diferentes tipos de pájaros que piaban a todas horas.

—¿Y Érika? —me preguntó moviendo la bolsa del súper como si contuviera dinamita emocional, o eso me pareció a mí—. Hace días que no la veo por aquí contigo. ¿Os habéis peleado?

Tragué saliva. No se lo iba a contar a la señora de los pájaros, claro. Pero tampoco podía fingir que todo estaba igual porque no era así. Sin Érika ya nada era igual por mucho que me costara reconocerlo.

—Tuvo un desacuerdo conmigo. —No sabía qué decir. No se me ocurrió nada más ingenioso.

—¿Y qué hiciste tú?

La forma en que lo dijo, como si ya supiera que la culpa era mía, fue desmoralizadora. Hasta la vecina que no nos conocía de nada, tenía más ideas que yo.

—No supe presentarla —confesé avergonzado.

La señora Carmen soltó un resoplido. No me respondió nada, se dio la vuelta y se fue refunfuñando algo sobre que los hombres no tenían sangre en las venas, sino horchata.

Érika

Por alguna razón absurda, empecé a escribir sobre un ingeniero que no entendía que estaba enamorado. Era un idiota. Frío como el hielo de la Antártida. Insoportable como un bebé que tenía hambre y sueño a la vez. Pero había algo en él que lo hacía único y especial. Muy especial.

Y entonces me di cuenta de que sin darme cuenta estaba escribiendo sobre Hugo. Tal vez lo hacía porque por mucho que quisiera no podía dejar de pensar en él.

En el fondo, aún esperaba que me sorprendiera de alguna manera. Que apareciera en la puerta sin guion, sin métodos, sin lógicas. Solo él, el humano que se suponía que era, no el *cyborg* que aparentaba ser. El hombre contradictorio que me sacaba de mis casillas, pero que con solo un roce suyo erizaba hasta el último resquicio de mi piel.

Hugo

A las tres de la madrugada del jueves, abrí el documento del experimento. Lo revisé con nostalgia y tomé una decisión, borrar las dos fases que estaban sin hacer. Decidido escribí una nueva.

Fase cuatro: admitir lo que no entraba en ningún modelo.

Había una fase del desamor que no se contaba en los libros. No la encontrabas en los capítulos finales de las novelas románticas ni en las comedias con final feliz. Era una fase silenciosa, una dramáticamente contenida.

Yo la llamé: la fase del «No me importa, pero sí me importa, pero cállate». Y yo estaba metido hasta el cuello en ella sin quererlo.

No podía negar más que echaba de menos sus roces, sus besos, incluso, sus intentos de colapsar en forma de fallo el sistema. Porque sin haberlo planificado, ella ya se había convertido en el colapso más fascinante que me había encontrado en la vida.

Capítulo 14

Pasaba los días en una mezcla peligrosa entre orgullo herido, helado de *stracciatella* y listas de reproducción tituladas: «Corazón roto, pero con un poco de dignidad». Ni siquiera era capaz de escribir. En cuanto acercaba mis dedos al teclado me empezaban a temblar las manos. No podía controlarlas. Era como si algo en mi cerebro supiera que cualquier tecla mal pulsada pudiera hacer que llorara otra vez por culpa de un ingeniero emocionalmente incapaz de expresar sus sentimientos. Porque llorar había llorado y no poco. Me daba rabia. No quería hacerlo, pero por más que quisiera, no podía evitarlo.

No podía dejar de pensar en Hugo con su maldita lógica, con sus fases que tanto nos habían unido. Con su manía de hacer del amor un Excel lleno de fórmulas reales y no mágicas. Hugo, ese que me presentó como su vecina delante de sus padres como si yo fuera la del piso de arriba que le pedía sal, no la que dormía con una de sus camisetas cuando no podía casi ni respirar por la ansiedad que me estaba provocando la situación entre nosotros. Una camiseta que olía a él, a su perfume. La tenía porque una tarde habíamos acordado que para darle más credibilidad a nuestra no relación teníamos que dejar en casa del otro algunas pertenencias, un cepillo de dientes, una muda de ropa, un cargador de teléfono… Cosas básicas.

Sonreí tristemente recordando esa tarde, se había negado por completo a tener uno de mis botes de crema hidratante porque era caca de unicornio con olor a osito de gominola. Me salí con la mía, mi bote ocupaba el centro de su estantería del cuarto de baño. O al menos, eso creía. Lo mismo había guardado todas mis cosas en una caja y las había tirado a la basura. Sentí una puñalada en el corazón metafóricamente hablando. Y no me dolió solo eso. También me dolió no ser parte de su experimento cuando más importaba, cuando

ya habíamos pasado el ecuador del mismo. Me dolió que, para él, yo solo fuera un paso más en su estúpida hipótesis.

No me había escrito desde hacía dos días. Suponía que estaba esperando a que yo volviera a tocar su puerta con alguna idea estúpida, que hiciera uso de algún cliché de esos que tanto me gustaban, que hiciera una escenita de esas románticas que tanto adoraba escribir. Y lo pensé. Juro que estuve a punto de hacer una gran entrada dramática y triunfal a partes iguales, con cara de «perdón por sentir demasiado», pero me contuve. Esa vez no iba a ceder. Esa vez me iba a quedar con mi orgullo, mis películas de los domingos por la tarde, con palomitas, medio kilo de helado y la dignidad que me quedaba, poca, pero mía.

Hasta que tocó el timbre. Una vez. Dos. Tres. Yo ya estaba lista para ese momento, tenía el discurso preparado desde hacía días. El monólogo, porque tenía muy claro que solo iba a hablar yo y que él no iba a cuestionar nada. Había ensayado frente al espejo hasta el tono que tenía que utilizar, uno entre ofendida y enamorada a partes desiguales. Que Hugo me gustaba, era evidente, pero enamorada no estaba, o no quería estarlo. Tampoco quería pensarlo, porque cuando más vueltas le daba, más idiota me sentía.

Abrí la puerta con la expresión que también había practicado. Una entre la indiferencia y la indignación.

—¿Qué quieres? —pregunté de brazos cruzados intentando poner cara de que no me estaba importando nada lo que estaba pasando.

Y él, como si no acabáramos de arrastrarnos por una de las discusiones más absurdas, y como si no me hubiera hecho sentir invisible frente a sus padres, me soltó:

—He iniciado la fase cuatro del experimento.

Lo dijo así sin más. Sin pedir disculpas, siquiera. No sabía si había sido la frase en sí o el hecho de que la dijera con tanta seriedad, como si acabara de anunciar el fin del mundo al otro lado de la calle, pero una parte de mí quiso reír a carcajadas. Y otra, arrancarle la camisa y afilarme las uñas sobre su pecho como si me hubiera convertido en el señor Darcy.

—No me interesa ninguna fase nueva —repliqué retándole con la mirada.

—No si redefinimos el acuerdo. No si…

—¡Se acabó el acuerdo, Hugo! ¡Basta ya de tus puñeteras fases, tus fórmulas realistas y tus malditos gráficos sobre el comportamiento afectivo! —estallé. Mi voz sonó más dolida de lo que había ensayado y eso me fastidió.

—Sé que lo arruiné.

Ah, ahí estaba: la gran confesión. Qué noble por su parte. Qué racional. Qué calculado estaba siendo todo.

—¿Quieres saber lo que eres, Hugo?

Él me miró con esa cara de quien intentaba resolver una ecuación emocional con álgebra básica, y para eso, no había ninguna respuesta lógica.

—¿Brillante? —preguntó el muy cerdo.

—¡Un Excel con patas!

Y le cerré la puerta, o en realidad, eso intenté. Porque el muy testarudo metió el pie para impedir una despedida por todo lo alto.

—Érika, solo escúchame. Un minuto, treinta segundos, lo que sea. Pero deja de hacer fuerza que me estás haciendo daño en el pie. —Más daño me estaba haciendo él a mí en el corazón y para eso no había ningún medicamento que lo curara.

—Te doy veinte. —Aunque ya sabía que lo iba a dejar hablar más —. Segundos, no minutos.

—Me asusté. No de ti, sino de lo que siento cuando estoy contigo. No tengo el control de la situación y eso me agobia, no puedo medirlo, no hay ninguna fórmula que me explique por qué pienso en ti a las tres de la madrugada mientras reviso informes. No entiendo por qué te echo de menos incluso cuando te tengo tan cerca.

Eso fue lo que me rompió. Porque lo dijo serio. No como parte de una broma, tampoco como una parte del experimento. Sino como un hombre completamente perdido en un mar de sentimientos. Y aun así, no podía perdonarlo, al menos, todavía.

—¿Y por qué me presentaste como tu vecina? ¿Por qué me borraste así de tu vida? ¿Tan humillante sería que fuera tu novia?

El silencio se coló entre nosotros. Me detuve a observarlo detenidamente. Tenía ojeras y el pelo más largo de lo habitual.

—No. Es… que —titubeó y se colocó las gafas. Estaba nervioso y yo había echado demasiado de menos ese gesto en él—. Es que no sabía cómo explicarte lo que ya eras para mí sin parecer un idiota.

—Demasiado tarde, ingeniero. —Contuve el torrente de lágrimas que estaba a punto de desbordar mis ojos.

—Érika, por favor… Tenemos que terminar nuestro experimento. —Ya no sabía si realmente sentía algo por mí, o si su insistencia se debía a que tenía que terminarlo porque era tan cuadriculado que no podía dejar algo a medias.

—Pues… ¿Sabes qué te digo? Qué enhorabuena, Hugo. Fase cuatro completada: destrucción emocional. ¡Experimento exitoso! No hacen falta más fases. Y si no lo quieres ver, es tu problema, no el mío.

—No digas eso. Dijimos que serían cinco fases para…

—Déjalo ya, anda. No te das cuenta de cómo están las cosas, ¿no? —interrumpí porque no quería escucharlo más.

—No estoy preparado para…

—Se acabó, Hugo, asúmelo. —Volví a interrumpirlo porque la que no estaba preparada para escuchar que no sentíamos lo mismo era yo—. Y ahora, si me lo permites, tengo muchas cosas que hacer.

Y esa vez sí cerré la puerta. Me quedé del otro lado, apoyada en la madera, sintiendo cómo me temblaban las rodillas y dejando que las lágrimas cayeran por mis mejillas. Ya no tenía que contenerlas.

Y así empezó la verdadera fase cuatro. La del silencio. La de los «te echo de menos» que no se confesaban. La de los recuerdos juntos que dolían. La de la dignidad que se abrazaba con una fuerza invisible, aunque en el fondo, solo quería abrazarlo a él.

Hugo

Había ensayado el discurso palabra por palabra con diferentes entonaciones. Me había mirado al espejo como un idiota durante dos noches seguidas intentando parecer menos idiota.

Érika no sabía que llevaba semanas atrapado en una especie de limbo entre mis sentimientos y mis fórmulas. Como si tuviera que

encontrar una ecuación que explicara por qué me dolía el pecho cada vez que pensaba en ella. Y no dolía como un fallo cardíaco, sino como una alerta emocional, como un error de sistema que ni siquiera podía diagnosticar porque nunca me había encontrado antes algo así.

La puerta se abrió como si yo fuera un vendedor a puerta fría y yo solo quería que me dejara entrar. A su casa, a su vida, a su caos. A su mundo.

—He iniciado la fase cuatro del experimento —solté como un cobarde. No había servido de nada los ensayos.

No sé qué esperaba. ¿Que me abrazara y me dijera que también me echaba de menos? Lo único que obtuve fue una mirada que podría haberme desintegrado si hubiera tenido un poco más de potencia emocional. Y luego me llamó Excel con patas. Lo peor fue que no supe confesar lo que sentía, que había convertido lo que teníamos en fórmulas, en gráficos y en fases porque me daba miedo la realidad. Porque no sabía cómo enfrentar lo que no podía controlar.

Cuando me cerró la puerta en la cara y estuve a punto de quedarme sin dedos por meter el pie sentí algo que no había sentido nunca: pánico. No por perder el experimento, sino por perderla a ella.

Y cuando me preguntó por qué la había presentado como mi vecina, no supe qué responder. Porque no había una respuesta bonita, ni tampoco lógica, ni defendible. La verdad era que estaba siendo un cobarde y que tenerla tan cerca me daba vértigo.

Me lo dijo claro: se acabó. Y lo dijo con esa fuerza que me gustaba y me destrozaba al mismo tiempo. La vi cerrarme la puerta con dignidad, con rabia y con lágrimas contenidas en sus ojos. Entonces entendí, por fin, que no estaba viviendo una fase más del experimento, sino que estaba viviendo las consecuencias de haber querido medir lo imposible. El amor no era una hipótesis que publicar en una revista científica, el amor era ella.

Capítulo 15

Hay personas que, cuando sufren un desamor, se sumergen en el trabajo, otras hacen deporte, otras salen de fiesta y se beben hasta el agua de los floreros para ahogar sus penas en el alcohol. Incluso las más valientes se apuntan a clases de cerámica para moldear su tristeza en forma de ceniceros torcidos o se apuntan a clases de pintura para plasmar sobre un lienzo con color negro el dolor de una ruptura.

Yo me convertí en un híbrido entre Bridget Jones, una telenovela colombiana y una adolescente fan de Taylor Swift con una *playlist* suya en bucle.

El primer día sin Hugo me levanté con los ojos hinchados de tanto llorar y con un moño descompuesto que ni siquiera podía sostenerse por sí mismo, casi como yo. El espejo me devolvió la imagen de una mujer que claramente estaba viviendo su propio apocalipsis emocional realista. Tragué saliva. Me miré con pena.

—Esto es lo que pasa cuando se confía en un ingeniero para experimentar sobre el amor —dramaticé en voz alta. El señor Darcy maulló.

No lo había dicho con odio, sino más bien con decepción. Como si el universo me hubiese prometido fuegos artificiales para un gran final feliz y me hubiera dado una linterna sin pilas de AliExpress.

Intenté mantener la compostura. Hice café. Pero el café sabía a tragedia amarga, básicamente porque para no encontrarme con Hugo había cambiado de supermercado y en el nuevo al que iba, no vendían la marca del café que me gustaba. Encendí el ordenador, dispuesta a escribir. Empecé con tres palabras: «Érase una vez…». Y ya estaba llorando. Como si ese «érase» me recordara que yo también era, una vez, feliz. Porque todos los cuentos felices empezaban con esa frase y mi libro iba a ser de todo, menos feliz.

El segundo día fingí normalidad. Me puse unos pantalones de chándal, una sudadera y mis zapatillas New Balance y salí a caminar.

No quería tener un encuentro casual, o planificado por Hugo, por lo que cogí el metro para alejarme unos cuantos kilómetros de lo que había denominado como la «zona cero». Cada pareja que veía cogida de la mano era una puñalada emocional para mi lastimado corazón. Una señora besó a su perro y yo estuve a punto de llorar por la ternura que me transmitía ese simple gesto. El pobre señor Darcy estaba harto de que me pasara las horas abrazada a él, preguntándole por qué la vida era tan injusta conmigo.

¿Era tan difícil tocar la puerta y decir: «Me he equivocado y te necesito, aunque seas un desastre y te quedes atrapada en el ascensor?»

¿Por qué yo, que había creado tantos finales felices en mis novelas, no era capaz de escribir el mío propio? La soledad pesaba y el silencio envolvía todo. No escuchaba sus pasos metódicos, ni sus toses secas, ni su maldita forma de dar golpecitos en la pared cuando yo le molestaba. Nada. Era como si lo hubieran borrado del mundo, como si nunca hubiese estado allí y solo hubiera sido producto de mi imaginación. Menos mal que todavía estaba su taza olvidada en mi cocina y su maldita camiseta colgada en mi silla. Eso demostraba que todo era real. Que Hugo era real y que lo nuestro no tenía ni pies ni cabeza.

Me dejé caer en el sofá, miré al techo y dije en voz alta.

—No le voy a llamar. —El señor Darcy maulló —. Tampoco le voy a escribir.

Mi gato maulló de nuevo. No entendía lo que estaba queriendo decirme, no entendía el idioma gatuno. Soltó un par de *miaus* más.

—No pienso mirar su perfil de LinkedIn para ver si está vivo. ¡No soy tan patética, señor Darcy!

Cinco minutos después estaba viendo su foto de perfil, aparecía el circulito verde, por lo tanto, seguía con vida. Era una imagen demasiado formal y seria. Sus gafitas… Echaba de menos ver cómo se las colocaba cuando estaba nervioso. Cerré el portátil y lloré con un helado de vainilla. Mi congelador estaba hasta arriba de diferentes sabores.

Pasaron siete días. Ciento sesenta y ocho horas. Diez mil ochocientos minutos. Pero ¿quién en su sano juicio llevaría la

cuenta? Yo. Yo la llevaba, era una escritora romántica y el título de *Dramaqueen* no me lo había ganado sin más, tenía motivos más que suficientes para estar así. Porque desde que el experimento se rompió, desde que la palabra «novia» me salió de la boca con la potencia de un huracán de categoría cuatro y él me miró como si acabara de anunciar que tenía una de las sectas más depravadas del mundo, mi vida se paralizó. Y él desapareció.

No hubo ningún «dame espacio», tampoco un «necesito tiempo para pensar». Se esfumó como por arte de magia, desapareció como un mago mediocre en mitad de una actuación.

Yo, por supuesto, no había hecho nada durante esos días, aparte de hablarle al señor Darcy las veinticuatro horas del día sobre él. También había repasado nuestras conversaciones en mi mente buscando el momento en que ya se pudiera ver que todo iba a saltar por los aires. Miraba nuestras fotos, las pocas que tenía, porque claro, el señor abanderado de la privacidad odiaba los *selfies*, y casi todos los había sacado a traición. Lloraba con películas y lloraba sin películas. Y ahí fue cuando Noelia decidió hacer una intervención, llegó a mi casa sin avisar. Con donuts de chocolate y vino azul.

—Érika —dijo sentándose en mi sofá como si fuera el despacho de su novio—. Creo que ya está bien. Ya basta.

Yo, con una manta encima, la nariz roja de tanto limpiarme los mocos, una galleta de chocolate a medio masticar y el moño más triste de la historia, apenas pestañeé.

—¿Basta de qué?

—De morir por dentro como si fueras una de tus protagonistas. Estás viva, eres de carne y hueso, no estás entre las páginas de un libro y tienes mucho talento.

—Eso lo dices porque eres mi amiga.

—No. Es solo que ese hombre, por mucho que te guste, no merece que paralices tu vida por él.

Tragué saliva, me senté con cierta dignidad y murmuré:

—No es solo que me guste. Es que me sorprendió desde el primer momento. Como nadie ha hecho jamás, te lo juro. Conectamos en medio del caos. Éramos tan opuestos que nos

equilibrábamos. Como una ecuación romántica para mí y una ecuación ridícula para él. Pero nuestra ecuación.

—Érika… —Noelia suspiró, mirándome con ternura—. Tú viste equilibrio, pero él solo vio un proyecto de investigación.

—¡No es cierto! —exploté tirando la manta al suelo—. Al principio sí. Pero luego vi cómo me miraba. No se puede fingir ese tipo de conexión. Ni siquiera él con su Excel emocional.

—¿Y si sí? ¿Y si para él solo era eso? —Me quedé en silencio. Era cruel. Pero era lógico. Hugo habría estado orgulloso de ese razonamiento.

—Yo no lo creo. Te he contado todos los detalles de nuestra relación y hasta tú decías ¡oohh, qué bonito!

—Pero porque tienes una manera muy pasional de contarla, no porque crea que él está enamorado de ti.

—Yo no estoy enamorada de él —refunfuñé cabizbaja.

—¿Sabes qué, Érika? —Noelia se inclinó hacia mí para levantar mi cabeza—. Entiendo que no estás preparada para confesar tus sentimientos, pero no puedes quedarte esperando a alguien que no aparece.

—¿Por qué no?

—Pues porque no puedes vivir en una sala de espera emocional.

Sus palabras cayeron como gotas de agua fría. Noelia tenía razón. Odiaba cuando la tenía, pero más odiaba que tuviera razón sobre él.

—Entonces… ¿qué hago? —pregunté en voz baja—. ¿Lo olvido? ¿Así, sin más? Es que no puedo.

—No —dijo dándome una copa de vino—. Pero lo sueltas y lo dejas ir. Escribirás sobre él, llorarás sobre él y te quejarás sobre él. Y un día, sin darte cuenta, tendrás otra trama en esa cabeza loca que tienes, ya no pensarás en él y ese será el primer paso.

—Ojalá pudiera escribir algo —murmuré—. Pero tengo la cabeza llena de clichés rotos.

—¿Y no era eso lo que querías? ¿Romper clichés? —Le sonreí. De forma triste, pero real.

—Eres muy sabia para ser tan molesta.

—Y tú eres una gran mujer que no merece estar tan destruida.

Levantamos las copas y brindamos. Por mí, por mis lágrimas y por los clichés rotos.

Esa noche cuando Noelia se fue intenté escribir algo. Solo el título.

«Crónica de un experimento fallido y de una idiota que creyó que era amor».

Borré el título, era demasiado largo y demasiado dramático, incluso para mí.

Lo reescribí: «Teorema del apego y otras ecuaciones románticas». Ahí estaba. Mi historia. Nuestra historia. O al menos, la parte en la que yo seguía contando lo que me diera la real gana. Porque aunque Hugo no estuviera, todavía me quedaban palabras por decir, todavía tenía voz y todavía tenía el derecho a contar lo que habíamos vivido juntos. Aunque él no quisiera ser parte del final, yo le iba a dar el único que se merecía.

Escribir sobre mí era raro. Llené páginas y páginas de las cosas que hicimos, de las que no hicimos y de las que nunca podríamos hacer. Solo eran ideas sin forma literaria, frases sueltas llenas de sentimientos buenos y malos.

Unos días después, mi novela sobre el gran amor que nunca fue, porque esa era la trama principal, dio un paso gigante. Por fin escribí la escena que había estado evitando. Esa escena en la que ellos dos, los protagonistas, se enfrentaban a lo que podrían ser, o no.

La mujer, claro, llorando como una heroína de novela, con la mirada perdida en el horizonte, ¿o debería decir en un vaso de vino? ¿Era realista que llorara con vino? Y el hombre, ese tipo insensible atrapado en un *cyborg* que parecía no entender nada, pero que la miraba con una intensidad rara, como si estuviera pensando en algo profundo. ¿Y qué pasaba? No pasaba nada. Solo los envolvía el silencio. La mujer se preguntaba por qué seguía esperando algo que ya se había ido, y él se preguntaba por qué tendría que regresar a un lugar donde nunca había encajado.

—¡Vaya! ¿Qué tal si me quedo con esto? —me dije a mí misma sonriendo satisfecha. Y justo cuando mi novela empezaba a tener sentido y comenzaba a pensar que podría terminar el día sin más complicaciones, mi móvil vibró.

Miré la pantalla y allí estaba, mi querido Excel con patas. Tardé varios minutos en leer el mensaje.

«Érika, sé que probablemente me odias por encima de todo, pero mi móvil no funcionaba y he estado fuera del país. ¿Cómo estás? Espero que todo esté bien.»

Mi primera reacción fue la más normal en un momento así: mis dedos se paralizaron para no tocar el mensaje sin querer y que se marcara una reacción que le confirmara que había leído su mensaje. Yo no era de esas que tenía el doble check azul activado. Mi mente se llenó de un caos de pensamientos contradictorios.

—¡Vaya! —exclamé mirando la pantalla de mi móvil como si fuera el último pedazo de chocolate en el mundo—. Lo sabía. Sabía que no me había ignorado y que había una justificación. Él no tenía pinta de ser uno de esos hombres adictos a los *ghosting.*

Me senté en el borde de la silla observando el mensaje una y otra vez. Era un mensaje frío, actuaba como si no hubiera pasado nada, como si no fuera el maldito hombre que me había desbordado con su lógica y sus gráficas repelentes del amor.

¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo? Intentar no caer en la tentación. Ya no quería que formara parte de mi novela, ya no quería que fuera la figura del héroe distante y del amor imposible que nunca llegó. No. Ahora yo era la única protagonista, y mi historia estaba marcada por los clichés rotos, no por las ilusiones, otra vez.

Me mordí el labio. Miré la pantalla otra vez, pero esta vez de forma decidida. Leí y releí sus palabras. La tentación era muy fuerte, pero la duda era aún más grande. ¿Debía contestar?

Decidí que no. No podía permitirlo. No quería ser esa mujer que se lanzara de nuevo a sus brazos sin ni siquiera haber recibido una disculpa. Ni quería ni podía. Así que, con todas las fuerzas que me quedaban, que eran pocas, cerré el WhatsApp *y* volví a la página en la que estaba organizando mi trama principal de la novela. El problema era que no podía concentrarme porque era incapaz de dejar de pensar en él.

El día pasó lentamente. Como siempre que intentaba evadir algo, mis pensamientos se volvían más persistentes. Los párrafos que

estaba escribiendo sobre el amor no correspondía a lo que sentía. Mis palabras, que antes fluían con cierto abandono, ahora eran cautelosas. Era como si hubiera un filtro entre mi mente y el papel. O tal vez solo era mi corazón, ya no sabía. Me levanté varias veces de la silla con la excusa de ir al baño, de hacer un café, de mirar por la ventana, de poner paté al señor Darcy… De hacer algo, lo que fuera, para evitar la necesidad de desbloquear el móvil y comprobar si me había vuelto a escribir, porque en el fondo, quería creer que no lo haría, aun sabiendo que me estaba autoengañando. Me senté nuevamente frente al ordenador y me regañé a mí misma por estar actuando como un niño de diez años que no quería hacer los deberes y se despistaba hasta con el vuelo de una mosca. El cursor parpadeaba, burlón. Yo le sacaba la lengua en plan «rebota, rebota y en tu culo explota». No tenía diez años, lo juro.

Tenía que escribir, pero escribir sobre qué. ¿Sobre la mujer que estaba escribiendo una novela de su propio dolor? ¿Sobre la mujer que no había sido capaz de seguir adelante después de haber conocido un amor que no había sido amor? ¿Sobre la mujer que había caído en los clichés de lo que pensaba que sería un gran romance solo para darse cuenta de que el amor no era algo que se pudiera medir con estadísticas ni fórmulas? La presión en mi pecho volvió a apoderarse de mí, por mucho que quisiera no podía escribir. Lo intenté una vez más y mi mente se bloqueó.

Entonces, de nuevo, el sonido de una notificación. Miré el móvil. Esta vez no pude evitarlo y abrí su chat enseguida.

«Érika, realmente lamento todo lo que pasó entre nosotros. Sé que metí la pata, pero quiero que sepas que lo que vivimos juntos no fue solo un experimento para mí. ¿Podemos hablar cuando tengas un momento, por favor?»

Mis dedos temblaron. ¿Hablar? ¿Qué nos quedaba por hablar? Ya lo habíamos dicho todo, o al menos yo lo había intentado.

Quise escribir algo sarcástico, algo cortante. Algo que le recordara que su proyecto de investigación de mierda había fracasado. Algo como que mi vida seguía adelante, aunque la realidad no fuera así. Pero no lo hice, no respondí. Volví a cerrar la

aplicación y dejé el teléfono sobre la mesa. Me sentí vacía, aún más vacía.

Mi novela avanzaba lentamente, pero esa historia sobre ellos dos, sobre nosotros dos, ya no era solo un relato ficticio. Había algo de mi propia alma plasmado en esas palabras. Algo que se había roto dentro de mí, pero que aún, de alguna manera, se aferraba a seguir escribiendo. Tal vez porque escribir era todo lo que me quedaba. Antes de conocerle, adoraba hacerlo en cualquier momento. Cuando estaba feliz o triste, también cuando me acababa de despertar o me moría de sueño. A pesar de lo que él hiciera o de lo que no hiciera, yo seguiría escribiendo. Porque, al final, no podía dejar de escribir sobre lo que aún sentía. Aunque fuera dolor y aunque fuera un romance imposible.

El sol ya se había puesto cuando me di cuenta de que estaba escribiendo una escena completamente diferente, una que no estaba planeada, pero que fluía en mi cabeza con una facilidad perturbadora. Esa era real y mi mente no paraba de inventar giros y más giros para ocultar lo que en realidad sentía.

La protagonista de mi novela estaba en una encrucijada, ¡qué casualidad! Justo como yo. Tenía la misma sensación de no saber si debía seguir adelante, si tenía que quedarse o si lo más racional era dejarlo todo atrás. Estaba sola, pero no porque lo quisiera, sino porque, de alguna manera, el amor la había abandonado sin previo aviso, dejándola únicamente a merced de sus propias expectativas.

«La mayor decepción es la que nunca se ve venir» escribí en el documento, como si esas palabras fueran algo más que solo una frase bonita. Era lo que pensaba y lo que sentía. Un golpe seco en la boca del estómago cada vez que pensaba en lo que había sido y lo que nunca sería.

Mi corazón latía más rápido de lo normal. El silencio de la habitación era el único sonido que podía oír, hasta que, de repente, el teléfono vibró sobre la mesa, tendría que haberlo puesto en modo avión. Era otro mensaje de Hugo. La tentación de leerlo era inmensa. Miré la notificación y luego la pantalla en blanco del documento. Sabía que no debía. Sabía que todo lo que había dicho a mi amiga era cierto. No podía seguir buscando respuestas en alguien

que nunca las tendría para mí. Pero, aun así, la duda seguía allí carcomiéndome por dentro. Lo abrí.

«Érika, ¿estás bien? He estado pensando mucho en ti, te lo aseguro. Perdona si te hice daño, de verdad. Quiero que sepas que no quiero que esto acabe así. No quiero perderte.»

Mis manos temblaron otra vez al leerlo. ¿Existía el Parkinson por amor? Porque cada vez que leía las cosas que me decía, mis manos eran incontrolables. ¿Perderme? ¿Cómo podía decir eso después de todo lo que había pasado? ¿Cómo podía pedir algo tan absurdo, como si todo lo que había ocurrido entre nosotros fuera un error más de los que él solía corregir con sus gráficas y fórmulas?

Que no quería perderme… Esa frase martilleaba en mi cabeza. Tampoco le contesté nada. Volví al teclado con la clara intención de que la siguiente escena debía ser la más triste de todas. Esa en la que la protagonista se daba cuenta de que, por mucho que lo intentara, el amor que buscaba no era compatible. Anda, de nuevo una casualidad.

No podía pensar en otra cosa. El dolor en mi pecho se expandió, pero seguí escribiendo. Cada palabra parecía un alivio momentáneo. Aunque sabía que las palabras no eran suficientes para tapar lo que me estaba revolviendo por dentro.

Los días fueron pasando sin que Hugo dejara de insistir. Cada vez que miraba el móvil había un nuevo mensaje suyo. Un nuevo intento por hacerme abrir la puerta que había cerrado con llave, metafóricamente hablando, ya que sí él no se hubiera ido fuera, estaría a unos pasos de mí y solo nos separaría una puerta, no un corazón cerrado con llave.

«Érika, entiendo que estés molesta, pero a lo mejor, y solo a lo mejor, no te lo tomes a mal, te estás pasando. No quiero que todo termine así.»

«Érika, por favor. No hagas esto. Sabes que podemos solucionarlo.»

«Érika, venga. Probaré los helados de sandía y chicle mezclados y me compraré un perfume diferente si me contestas.»

Estaba jugando sucio. Mis dedos se movieron con rapidez sobre el teclado, ya era incapaz de resistirme a la tentación. Tenía que

ponerle los puntos sobre las íes. Pero antes de que pudiera escribir algo de lo que luego pudiera arrepentirme, respiré profundamente. Miré el documento abierto en la pantalla del ordenador repleto de palabras vacías que reflejaban mi dolor. ¿Era ese el final de todo? ¿Era esa la historia que quería contar, la que realmente valía la pena porque era realista? Al final, dejé el teléfono a un lado y volví a mi novela. Las letras seguían llenando la página, pero mi mente no podía dejar de pensar en las últimas palabras de Hugo.

Hugo

Había escrito y borrado el primer mensaje unas diez veces antes de enviarlo. Primero fue un simple «hola», que me pareció ridículamente informal. Después intenté algo más sincero, tipo «siento mucho todo», pero sonaba tan genérico que hasta yo mismo me habría bloqueado. Finalmente, opté por lo que en ese momento me parecía más lógico, a pesar de que justo eso era lo que menos necesitaba nuestro distanciamiento. Lógica.

Apoyé el móvil boca abajo sobre la mesa y me pasé las manos por la cara, nervioso e impaciente por recibir su respuesta. La habitación estaba en silencio, salvo por el leve zumbido del aire acondicionado. Todo estaba en silencio, como el que había habido entre nosotros desde ese día en que Érika me dijo que se había terminado.

Érika. Solo pensar en su nombre me desordenaba por completo, pero eso ya era un problema con el que había aprendido a vivir. Porque si algo he sabido hacer toda mi vida, es mantener el orden ante cualquier situación, al menos hasta que apareció ella, la excepción a todas mis ecuaciones.

No me fui sin avisar por cobardía, sino por obligación y siendo sincero, por miedo. Había algo en su voz cuando dijo «novio» que me hizo sentir pánico. Como si no pudiera estar a la altura de algo así, una relación de pareja. Yo nunca me he llevado bien con las etiquetas, a pesar de ser tan cuadriculado.

Mi cerebro necesitaba procesos, definiciones claras y pasos lógicos para llegar a la conclusión que me llevara a saber que lo nuestro era algo más que clichés.

Érika era todo lo contrario a mí, ella se dejaba llevar por la intuición, los impulsos y la emoción. Era una variable que no podía predecir y que me sacaba de mi zona de confort.

Y aun así, no podía explicar cuánto la echaba de menos. No se trataba solo de los momentos que habíamos compartido, sino más bien, de la forma en que me hacía sentir ante cualquier situación. Como si fuera alguien más que un ingeniero con estadísticas en la cabeza, como si tuviera un lugar exclusivo para mí en un mundo menos cuadriculado. Como si, por un rato, todo lo que sabía no importara y solo tuviera sentido lo que sentía estando con ella.

Y me alejé justo cuando más quería quedarme. Cuando más quería decirle que no sabía cómo amar a alguien, pero que estaba dispuesto a aprender con ella. Mi experiencia sentimental era prácticamente nula, quitando de la relación con Begoña, mis citas con otras mujeres no habían ido más allá de una noche, o como mucho, dos. No solía dejarme llevar, era más fácil estar solo. Por eso me fui, por costumbre y porque era lo que hacía siempre, pero ese fue el mayor error, porque Érika, no se podía comparar con nadie, ella no era como las demás.

Miré el móvil, no tenía ninguna respuesta suya. Me lo merecía. No se podía desaparecer como un algoritmo mal escrito y esperar que la otra persona estuviera esperando con los brazos abiertos. Pero algo me decía que tenía que seguir insistiendo, que tenía que darle su espacio para que ella me echara de menos igual que yo a ella. Quería creer que iba a volver a mí, aunque fuera para echarme de su vida con la misma pasión con la que ella había entrado en la mía.

Apoyé los codos en la mesa. Cerré los ojos. Esperé. Esperé como se espera algo que no se puede calcular. Como se espera lo único que nunca se puede prever: el perdón. No sabía si lo merecía. Pero quería, más que nunca, escucharla. Aunque fuera para decirme que su historia ya no me necesitaba y que su novela ya tenía un final

feliz sin mí.

Capítulo 16

A medida de que los días pasaban, las notificaciones se volvieron más seguidas, parecía que no podía dejar de intentarlo. Cada mensaje que llegaba me hacía sentir como si una parte de mí quisiera ceder, aunque otra parte de mí se resistiera a hacerlo con todas mis fuerzas. Yo siempre había sido muy de extremos, no era capaz de mantenerme en un punto intermedio.

«Érika, por favor, dime algo, lo que sea. No sé cómo explicarte qué fue lo que me pasó, ni yo mismo lo sé. Estaba confundido, y lo reconozco, pero ahora entiendo que lo que tuvimos fue algo real.»

Era tan persistente. Tan Hugo y tan él. Siempre tan lógico, tan analítico, pero ahora también tan intenso buscando la forma de arreglar lo que se había roto. El problema era que él no entendía que no todo se podía arreglar con lógica, al igual que tampoco todo podía ser calculado o resuelto con una fórmula matemática.

Estaba tan atrapada en la contradicción de lo que sentía y lo que pensaba, que me di cuenta de que no estaba escribiendo solo para darme consuelo, las páginas de mi novela no estaban siendo una vía de escape, sino que estaba escribiendo para intentar encontrar algo que había perdido. Un pedazo de mi paz interior que se había esfumado en algún punto exacto entre esas fases del experimento, esas que se suponía que nos unirían, pero que, en cambio, nos separaron abriendo una brecha entre nosotros prácticamente irreparable.

¿Y ahora qué tenía que hacer? ¿Debía aceptar sus disculpas? No podía abrir la puerta a un futuro incierto solo porque él me dijera que no quería perderme. Mucha lógica y mucha insistencia, pero eso no era suficiente.

Con un suspiro dejé el móvil sobre la mesa después de haberlo silenciado. De nuevo, me sumergí en las páginas de mi novela, pero, en ese momento, ya sabía que no podía seguir escondiéndome tras la ficción.

El amor no era una fórmula matemática, tampoco un experimento. No era algo que se definiera por los clichés o las mariposas en el estómago. Era simplemente la suma de todo lo que no pude prever.

Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que escribiría una novela inspirada en mi vecino-robot antisocial y alérgico a las emociones, habría reído con un toque de amargura porque eso a mí no podría pasarme nunca. Pero ahí estaba yo, con el corazón en cuarentena, la mente en alerta y con el pelo recogido en un moño que desafiaba las leyes de la gravedad, escribiendo sobre él. O más bien, sobre «un personaje ficticio». Intentaba describir con precisión la forma exacta en la que fruncía el ceño cuando no entendía una emoción humana o la manera en la que se colocaba las gafas sobre el puente de la nariz cuando algo le ponía nervioso.

Hugo estaba en mi novela, aunque me negara a admitirlo y lo escondiera bajo una descripción literaria. Su ceño, su sarcasmo, su manera irresistible de mirarme como si pudiera desarmarme con una estadística, aunque ya hubiera comprobado que yo era la excepción que rompía muchas reglas. Y también estaba su sonrisa. Esa que salía muy de vez en cuando porque no era muy dado a mostrar sus emociones, pero que dejaba una especie de incendio dentro de mí durante horas. Un incendio muy incómodo, muy molesto, pero también muy intenso.

—No puedes seguir ignorándolo —me dijo Noelia por tercera vez esa semana mientras me lanzaba una mirada de madre resignada. Esa vez había ido con Clara. Traía la artillería pesada.

—¿Ignorar a quién? —pregunté con falsa inocencia mientras removía un yogur sin azúcar. Sí, ese era mi castigo por haberme enamorado de un ingeniero escurridizo del amor: un yogur amargo e insípido y una dosis de autoflagelación literaria.

—Te estás comportando como si tuvieras cinco años —dijo Clara con resignación.

—A Hugo, ¿quién si no? Te ha escrito, te ha llamado, incluso te ha enviado mails. Hasta hay uno de ellos con un gráfico de Excel con el que ha intentado explicar su «incomunicación temporal» —replicó

Noelia con poca paciencia—. En realidad, está siendo monísimo, ¿no, Clara?

—Está cegada. ¿No lo ves? Está viviendo la historia más bonita que cualquier escritora del género romántico querría tener para sí misma y no se da cuenta. Espero que él tenga paciencia y sepa esperarla. —Clara tenía razón, pero no iba a reconocerlo—. Ya sabes que cuando encuentra el final perfecto para una de sus novelas se vuelve loca y no ve más allá. Mírala, ¿cuántos días hará que no se ducha?

—Me duché ayer, lista. —Tuve que intervenir porque no iba a permitir que pusieran en duda mi higiene. Podían criticarme estando yo presente, pero hasta cierto punto.

—Pensaba que estabas tan concentrada que no estabas escuchando lo que te estamos diciendo.

—Estoy intentando escribir y no me dejáis pensar—respondí señalando la pantalla de mi portátil con la determinación de quien intentaba ganar un premio Planeta escribiendo sobre una historia de amor que ni siquiera había terminado bien. Es más, una que tampoco había empezado siquiera.

—Érika, estás escribiendo sobre él. ¡Esto es como tratar de superar una ruptura leyendo el chat de WhatsApp de tu ex! —Noelia gritó impaciente.

—No es sobre él. Es sobre un ingeniero emocionalmente disfuncional y una escritora sensible, y guapa, porque ya que soy yo la que la crea, la hago como quiero.

—Tú eres guapa, Érika —intervino Clara—. No hace falta que te describas diferente a como eres en realidad.

—Es que no soy yo, ya os lo he dicho.

—Ya, claro. —La paciencia de Noelia se estaba agotando—. ¿Quieres que le diga a mi novio que te haga un hueco en su agenda?

—Dos personas que están en una dinámica de investigación amorosa que se convierte en algo más, pero una de las partes no colabora y eso da un giro a la historia—recité ignorando su sugerencia y como si mis palabras fueran la sinopsis de la contraportada, porque había que pulirla un poco más, pero lo era.

Noelia me miró como si estuviera observando un caso clínico grave con necesidad de ser tratado de inmediato por novio. El dicho de «quien con niños se acuesta, meado se levanta», le iba como anillo al dedo.

No respondí a la nota de Hugo. Ni al correo con el asunto: «Análisis lógico de un malentendido emocional y sus correspondientes conclusiones preliminares)». Lo cierto era que empezaba a tener gracia. Ya no me dolía tanto porque él estaba ahí, a pesar de que yo no le respondiera a nada. Tampoco lo hice al audio de tres minutos y medio que me envió por WhatsApp y que no escuché, aunque reproduje los primeros tres segundos sin querer y ahora el doble check azul me delataba como si fuera una traidora emocional. Porque había activado esa opción, solo para que él supiera que leía sus mensajes, pero lo ignoraba. Quizá, Clara tenía razón y estaba teniendo un comportamiento infantil. Pero me dio igual. No me importaba. Yo ya tenía una novela con una trama realista, una historia capaz de callar la boca a mi editora, y un final que estaba a punto de escribir, estaba a nada de colocar la palabra «FIN».

Escribí como una posesa durante tres días seguidos. Dormía poco, comía cualquier cosa que no requiriera cocción ni usar cubiertos, y solo me cambiaba de pijama cuando el señor Darcy me olisqueaba como si fuera un perro en vez de un gato. Pero lo logré. Terminé.

Guardé el archivo con nombre provisional «Amor sin algoritmos», lo que era tan irónico como cierto a partes iguales, y me eché hacia atrás en la silla con tanta fuerza que casi me caigo de espaldas.

Los protagonistas de mi novela sí tenían un final feliz, ellos sí lo lograban. A pesar de todo, a pesar del sarcasmo, de los choques de diferencias, de la lógica y de los clichés. Se encontraban en la última escena con un beso torpe, pero intenso, con una discusión absurda sobre quién había sido el culpable, y una promesa que no sonaba perfecta, pero al menos, sí parecía sincera.

—Así debía haber sido lo nuestro —murmuré con nostalgia y con la voz ronca por llevar tantas horas sin hablar.

Pero claro, eso era ficción y era muy fácil escribir lo que me viniera en gana porque el *cyborg* no tenía ni voz ni voto, al menos en mi novela. Lo nuestro, en la vida real y no en la literaria, había sido otra cosa. Un experimento sin precedentes, un trato entre dos vecinos. La suma de un caos emocional y la lógica realista de una ecuación que daba como resultado una contradicción andante.

Y aun así, cuando abrí el buzón esa tarde para coger los folletos de pizzerías y de kebabs que era la única correspondencia que tenía, me encontré con un sobre y mi nombre escrito a mano. Con letra cuadrada como la mente de un ingeniero, negra como la visión de un robot sin sentimientos, seria, como su dueño, porque no me hacía falta abrirlo para saber de quién era:

«Érika:

Lo he intentado todo. El teléfono, el mail y ya solo me queda esta opción, el correo postal de toda la vida. He pensado que quizás un mensaje físico tenga más peso. No tenía conexión los primeros días, por eso tardé tanto en escribirte. Estoy en Berlín por trabajo. Me han hecho una oferta increíble y no quiero tomar una decisión sin antes haber hablado con la escritora que me ha hecho cambiar mi manera de ver la vida.

Sigo queriendo terminar el experimento, pero contigo. Todavía no sé si hay una fórmula para lo que siento, pero sé que juntos encontraremos la solución perfecta.

También sé que probablemente me odias. Yo tampoco me caigo muy bien últimamente. Si decides no contestar, lo entenderé y dejaré de insistir tanto.

Te… Algo.

Hugo.»

El corazón me hizo ese vuelco tonto, el de las novelas, el de los clichés, el de las escenas finales. Pero no hice nada. No lo llamé. No le escribí. No lloré, por primera vez en semanas.

Solo cerré el buzón, subí las escaleras, abrí mi portátil, y escribí la palabra «FIN» en la última página de la novela. Y sonreí. Porque aunque mi historia no tuviera final feliz todavía, mi novela sí.

Mi novela ya no era mía y eso me hizo sentir una sensación de vacío, como siempre me sucedía al escribir la última palabra. La

envié a mi editora y, sorprendentemente, no la rechazó. Al contrario, dos horas y media después de habérsela enviado, me mandó un audio gritando de emoción, diciendo que había llorado, reído y suspirado con los protagonistas. Que era lo mejor que había escrito nunca. Terminaba diciendo que tenía algo distinto, algo real. Claro. Real como los suspiros que yo misma había dejado en cada párrafo. Real como las lágrimas que habían inundado el teclado con cada frase. Real como la ausencia de Hugo que dolía como cada palabra. Real como mi ridículo intento por superarlo ignorándolo, pero con estilo, como si de una coma criminal se tratara.

Y entonces, como si mi móvil tuviera poderes telepáticos, vibró. Era Hugo, ¿quién si no?

«Estoy en el aeropuerto. El vuelo se ha retrasado, otra vez. La gente se pelea por los enchufes y los cargadores. Hay un tipo cantando *Let it go* en versión reguetón y hay dos niñas pequeñas llorando porque no les gusta. También hay una pareja, el chico está consolando a la chica porque tiene miedo a volar y con el retraso se le va a pasar el efecto de la pastilla que se ha tomado. Pero, ¿sabes qué? Todo esto solo me recuerda a ti. No por lo de la versión de Frozen, ese género musical, si se le puede llamar así, debería estar prohibido, sino por el caos. Y porque, a pesar de todo, contigo siempre me siento en paz, como aquel día en el centro comercial.»

Respiré hondo varias veces, no porque me afectara, sino porque el aire es gratis, al menos de momento, y porque mi cabeza ya sabía que había llegado el momento de hacer caso a mi corazón. Le respondí:

«Espero que encuentres un enchufe libre y no te mueras de aburrimiento rodeado de gente caótica como yo. Suerte en el intento.»

Había sido gélida como la temperatura en Amundsen-Scott en la Antártida. No era momento de derretirse, al menos todavía.

Tres minutos después, otra notificación. Hugo:

«Echo de menos cuando fingíamos que éramos pareja. Lo de caminar juntos por el parque, lo de discutir por el sabor de los helados, incluso que me hicieras esperar una hora y media debajo de tu casa. Pero sobre todo, echo de menos cuando me tocabas el

brazo sin darte cuenta. O cuando intentabas darme un beso solo para meterte en el papel de novia.

No sabía que se podía extrañar tanto algo que no fue real. O sí lo fue… ¿Tú qué opinas?»

Mis dedos se quedaron rígidos sobre el teclado de mi móvil. Tenía que responder algo que no lo animara demasiado, algo que fuera neutro. Como un «jaja». Sí, un «jaja» era perfecto.

«Jaja. Yo opino que todo era por el libro, ¿recuerdas?»

Lo envié junto a un *sticker* que tenía del señor Darcy en el que parecía estar sonriendo. Y después lancé el teléfono al sofá como si ardiera tanto como lo hacía mi corazón. Jamás le confesaría que había leído su mensaje cuatro veces. Ni que en la segunda había sonreído, tampoco que en la tercera se me había saltado una lagrimilla traicionera.

Al menos, sus mensajes ya no eran tan básicos, ya hablaba sobre sus emociones y merecía no ser ignorado, había dado un paso. Uno más importante de lo que ambos imaginábamos.

—No voy a volver a leerlo, señor Darcy —mentí mientras cogía el móvil del sofá y abría, por quinta vez, el mensaje.

Mi gato me miró con indiferencia. Qué se le iba a hacer, no hablaba, pero estaba segura de que estaba cansado de escuchar mis dramas, aunque, en realidad, había cosas peores: los spoilers en las series de ocho temporadas, los calcetines desparejados en el tendedero o las tormentas en un día de celebración.

Nueva notificación. Hugo otra vez.

«Acabo de ver a una pareja discutiendo por una ensalada. Él la quería con pollo y ella la quería con tofu. Me he acordado de ti, no por el tofu que es insípido, sino porque contigo hasta las discusiones son divertidas. Te prometo que te dejaré elegir los ingredientes de la próxima, bueno, la primera pizza que nos comamos juntos. ¿Te parece?»

¿Me estaba proponiendo una cita en la que, además, iba a compartir algo suyo conmigo? Eso me hizo acordarme del momento que vivimos con la tarta de *cheesecake*. Creo que fue ahí cuando algo cambió en nuestra relación, me dijo que ni siendo novios de mentira iba a compartir su postre conmigo y acababa de cederme

los honores de elegir los ingredientes de una pizza para compartir. Estaba segura de que él no salía del jamón york y el queso. Se iba a cagar con la mezcla que iba a hacer cuando… ¿Iba a compartir una pizza con él? No sabía si estaba preparada para eso. Le respondí con la intención de dejar de pensar en lo que estaba por venir entre nosotros.

«Espero que el pollo haya ganado.»

Tampoco es que me hubiera matado al responder. Dos tics azules, lo había leído, pero ya no volvió a escribir de inmediato. Esperé un par de minutos, y nada. Ya no salía ni en línea.

Entonces, como si los algoritmos de las aplicaciones se rieran de nuestra historia, Spotify me sugirió una *playlist* titulada «reguetón para corazones indestructibles».

¿En serio? Le di al *play* solo por curiosidad. Empezaron a sonar canciones que conocía a la perfección, ese tipo de música era mi pasión cuando no estaba en épocas literarias.

Me puse a limpiar mientras las tarareaba todas y entonces sonó DTMF de Bad Bunny. Parecía algo irónico, inoportuno, pero era una canción totalmente acertada en ese momento.

Mientras la letra hacía que me replanteara todas mis decisiones vitales, canté el estribillo a gritos, porque las canciones de Bad Bunny se chillaban, no se cantaban, el móvil vibró de nuevo, pero yo seguí con lo mío.

—Debí tirar más *foto'* de cuando te tuve. Debí darte más *beso'* y *abrazo'* las veces que pude. ¡Ey! Ojalá que los *mío'* nunca se muden y si hoy me emborracho, pues que me ayuden.

Recibí una notificación, era Hugo. Lo sabía porque hacía días que le había cambiado el sonido a su chat, para saber que era él, cuando en realidad, siempre sabía que era él.

«Por favor, dime que hoy no te vas a emborrachar. Solo me faltaba tener que aguantar a una escritora dramática y caótica a partes iguales, y encima, borracha. Ya estoy en casa».

Hugo

Lo había intentado todo. Mensajes, correos, incluso gráficos. Supongo que una parte de mí pensaba que si yo era capaz de demostrar que mis sentimientos seguían una progresión lógica, ella podría ser capaz de entenderlos. No fue así, me lo demostró con cada silencio suyo. Cada doble check sin respuesta era como una variable más que no sabía despejar en la ecuación. Y eso me desesperaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, porque por primera vez en mucho tiempo, no quería tener la razón, solo quería tenerla cerca a ella.

Cuando le escribí una carta de mi puño y letra supe que había cruzado el umbral de la cordura. Por favor, que estábamos en pleno siglo veintiuno. Me costó muchísimo encontrar una oficina de envío postal, pero tenía que intentarlo.

No estaba siendo yo, al menos no el que era antes. El de antes habría pasado página sin más. Pero Érika me había reescrito por dentro, como si su forma de mirar el mundo y su caos tan meticulosamente desordenado, me hubieran alterado el sistema operativo. Quería que entendiera que lo mío no era un impulso, que no era una línea de código más, sino un fallo en el sistema que había decidido aceptar solo por ella.

Porque sí, tenía que admitirlo. La quería, aunque no hubiera sido capaz de decirlo y lo hubiera sustituido por un «Te… Algo» en mi carta.

Cada vez que le enviaba algo y no contestaba, recordaba los momentos que habíamos vivido juntos. El experimento, los paseos, nuestras discusiones sobre el amor como si fuera una ecuación mal planteada. Pero no era eso, porque la respuesta a todo era ella. Ella era la excepción a todas mis reglas. Y por mucho que lo intentara, no podía redefinir mi mundo sin incluirla en él. Ya no.

Cuando me respondió con un «jaja» que dolía más que cualquier negativa directa, supe que aún quedaba algo entre nosotros. Porque si me respondía, aunque fuera con esas frases tan escuetas, era porque me leía. Porque seguía ahí, escondida tras sus frases, resistiéndose a darse por vencida, igual que yo, pero ella tenía que hacer uso de ese dramatismo que tanto la caracterizaba, incluso para reconciliarnos.

Me sentí ridículo. ¿Cómo íbamos a reconciliarnos si lo nuestro no había sido real? No podía seguir engañándome más. Ni a mí, ni a ella. Había llegado el momento de dar un nuevo giro, pero esta vez no tan dramático, de los acontecimientos. Tal vez el amor no fuera un algoritmo que hubiera que medir con dopamina y errores de juicio.

Cuando llegué a casa, lo primero que escuché al subir las escaleras fue a Érika gritando desde el otro lado de su puerta. No cantaba, no tarareaba. Gritaba con fuerza cada palabra, como si estuviera en mitad del único concierto que el cantante iba a hacer en España y hubiera vendido un riñón para poder comprar la entrada. Me detuve un segundo y entre risas incrédulas pensé que solo a ella podía ocurrírsele convertir una canción así en su banda sonora del reencuentro. Todavía no lo sabía, pero estábamos a escasos metros el uno del otro.

Lo peor de todo fue que la maldita canción era pegadiza, muy pegadiza. Me quedé escuchando un momento más, y no pude evitar sonreír al darme cuenta de que, por mucho que yo renegara de ese género, esa letra absurda nos pegaba, parecía escrita para una escritora de novelas románticas y un ingeniero de sistemas. Al menos eso quise creer con la parte que había escuchado. No estaba dispuesto a analizarla más a fondo. Simplemente, éramos nosotros: un caos bailable y desafinado, pero imposible de ignorar porque cuando se te metía en la cabeza, ya no te lo podías sacar.

Capítulo 17

Dicen que los grandes finales no siempre se escriben con tinta, sino con valor. Yo opté por hacer uso de ambas cosas, eso no podía fallar, o al menos, fue lo que creí. Después de semanas de aislamiento social, litros de helado y canciones que ponían banda sonora a mi estado emocional, había terminado mi novela. Ya tenía la aprobación de la editorial, por lo tanto, aquella tarde después de leer su mensaje en el que me informaba de que ya estaba en casa, la imprimí, la encuaderné y la deslicé dentro de un sobre grande. Escribí en él «Para ti, aunque no lo merezcas ni un poquito».

A las tres de la mañana, con el corazón latiendo como si estuviera escapando del asesino de una película de terror de bajo presupuesto, bajé en pijama a hurtadillas y lo metí en su buzón. No sabía con qué intención lo había hecho, solo que había sido un acto de impulsividad disfrazado de necesidad por saber su opinión. Al fin y al cabo, él había sido mi muso literario, no era el típico que solía utilizar para inspirarme aunque era mucho mejor. Uno real, uno de carne y hueso, uno al que había besado. Me reía yo de Jason Momoa y Chris Hemsworth, actores que utilizaban otras escritoras, o yo misma en tiempos pasados. Después, les envié a mis amigas un correo con el archivo adjunto para que ellas pudieran leerlo y darme su opinión.

Al día siguiente, estaba desayunando tranquilamente, como si no hubiera cometido una locura emocional la noche anterior, cuando llamaron a la puerta. Fueron unos golpes secos y decididos, como si vinieran a entregarme una multa por haber cometido un delito sentimental en mitad de la noche. Se pensaría que había desconectado el timbre, porque si no, no tenía lógica que aporreara mi puerta de esa forma tan innecesaria. Me asomé por la mirilla sin sentido alguno porque ya sabía que era él, pero así me daba unos segundos para prepararme ante lo que creía que iba a suceder. Abrí con decisión. Quizá, demasiada.

Estaba con mi manuscrito en la mano, la cara de haber dormido poco y sin el brillo en los ojos que solía aparecer en mitad de una de nuestras crisis existenciales en las que debatíamos sobre el amor.

—¿No has oído hablar de los correos electrónicos? —dije como saludo. No se pensaría que iba a lanzarme a sus brazos a la primera de cambio. Eso no pasaba en los libros, ni tampoco en las películas.

—¿No has oído hablar de los capítulos finales? —replicó él entrando sin permiso.

—Esto no es un consultorio de sugerencias, Hugo.

—Y esto no es un experimento completo —dijo levantando el brazo con mi historia en su mano.

Se plantó frente a mí como si esperara una ovación.

—¿Perdón? —No me podía creer que siguiera insistiendo con el maldito experimento, ese que nos había roto, al menos a mí.

—Faltan fases —afirmó como si yo fuera tonta y no lo supiera ya de sobra.

—¿Estás haciendo una crítica estructural a mi borrador? Porque ya te aviso de que no pienso cambiar ni una coma.

—Más bien, estoy haciendo justicia científica. —Me crucé de brazos.

—Solo cuentas hasta la tercera fase. ¿Dónde está la cuarta? ¿Y la quinta?

—¡Porque tú desapareciste, idiota! —aclaré y él se quedó callado un segundo.

—Eso fue una mala decisión.

—¿Ah, sí? Pues que sepas que mi editora no piensa igual. Le ha encantado, a ella y a la editorial. No pienso cambiar ni una sola coma en el archivo. Ya te lo he dicho. —Le reté con la mirada. Me daba igual lo que tuviera que decir.

Nos quedamos en silencio. Él bajó la mirada al manuscrito, lo abrió por una página al azar y leyó en voz alta:

—«Nunca supe si él me quiso de verdad o si solo le gustaba desmontar mis fantasías».

—¿Y? —repliqué desafiante a más no poder.

—Yo también tengo frases bonitas, ¿sabes? Y no has escrito ninguna.

—Sí. Claro, está escrita. «No somos novios, es mi vecina». Estás hecho todo un poeta.

Él lo dejó sobre la mesa con cuidado como si fuera una bomba a punto de explotar.

Me miró. Y esta vez sin ironía alguna hizo la gran pregunta:

—Solo quería saber si todavía queda algo por escribir. Ya sabes, sobre nosotros.

No le respondí. No porque no supiera qué decir, sino porque temía que, si lo decía en voz alta, se volviera real. Porque en ese momento, en mi salón, rodeados de tazas vacías y envases de comida preparada a medio terminar sentí que tal vez aún no era el final.

—No puedes dejar esto a medias, Érika —dijo Hugo, serio, como si habláramos de un ensayo clínico y no de nuestras vidas paralizadas por un desamor.

—¿Perdón? ¿Ahora soy parte de un informe? ¿Me has puesto un código alfanumérico? ¿SEI401: sujeto emocional inestable con tendencia a dramatizar todo?

Él suspiró y se pasó la mano por el pelo. Lo tenía un poco más corto que la última vez que nos habíamos visto. Eso me molestó, porque en mitad de nuestra gran crisis, el muy cerdo había ido a la peluquería, como si hubiera seguido con su vida sin mí cuando yo podía contar con los dedos de una mano las veces que me había pasado el peine por la maraña de pelos que tenía.

—No es eso —dijo con convencimiento—. Pero el experimento no estaba completo. Faltaba medir el impacto de una separación real.

—¡Ja! ¿En serio? —Pensé en voz alta.

—Sí.

—Era una pregunta más para mí que para ti.

—Bueno, yo te la respondo, por si acaso.

—¿Y lo de irte sin avisar fue una forma científica de partirme el corazón?

—No pensé que te afectaría tanto.

—¿De verdad pensaste eso?

—Al principio, sí. No llevábamos mucho tiempo juntos, aunque la realidad fuera que no estábamos juntos.

—Pues anota eso en tu cuaderno de hipótesis: «A veces, las emociones no se miden por la duración, sino por la intensidad».

Se quedó en silencio, y durante un segundo pensé que por fin se rendiría, pero no. Hugo no se rendía con nada, él siempre tenía que acabar todo lo que empezaba, aunque fuera un estúpido experimento.

—Escúchame —dijo acercándose a mí—. Me fui porque necesitaba distancia para evaluar la variable emocional. Para saber si todo lo que sentía era real o si solo era una respuesta química al experimento.

—¿Y qué descubriste, doctor del desapego?

—Que no puedo pensar bien si no estás cerca y que no hay ningún análisis que funcione si no estás tú en él para debatirlo todo.

Esa respuesta no me la vi venir. Y tampoco vi venir las lágrimas traicioneras que me subieron como un torrente imparable. Me giré para que no me viera. No le iba a dar el gusto, o el disgusto, de verme llorar. Tardé unos instantes en recomponerme.

—No es justo. Yo escribí con el corazón encogido en un puño y pensando que no me querías. Pero mientras tú estabas analizando las variables.

—Y yo he leído cada una de tus palabras, de tus frases, de tus párrafos y de tus capítulos sintiendo que los escribías con el compás de mis latidos. Del tirón. Porque aunque no lo creas, anoche en cuanto te vi salir pensé que tocarías a mi timbre, que tendrías la valentía de dármelo a mí en persona, en vez de dejarlo en el buzón a hurtadillas en mitad de la noche.

Ese fue el momento en que me giré de nuevo. Porque ya no importaba si me veía llorar o no. Ya no éramos dos opuestos.

—Parecemos el borrador de un escritor que está bloqueado por el síndrome de la página en blanco.

—Necesito que me ayudes —intervino él suavemente—. Quiero que termines el experimento conmigo.

—¿Y qué implica la cuarta fase?

Hugo sacó una hoja doblada de su bolsillo. ¡Una hoja! Llevaba anotado un protocolo escrito con letra meticulosa y explicado en columnas, muy él. Siguió hablando.

—La siguiente es la de la separación controlada. La recogida de emociones, el análisis de reacciones cruzadas, la reintroducción al entorno compartido para evaluar la evolución de los sentimientos después del conflicto…

—Hugo… —interrumpí porque mi paciencia se estaba agotando con cada segundo que pasaba.

—Y fase cinco: la validación de nuestros sentimientos mediante experiencias reales.

—¿Y eso qué significa? A ver, sorpréndeme.

—Tener citas. De las verdaderas, sin mentiras, sin actuaciones y sin fingir algo que no somos, pero sí somos. Solo tú y yo, nada más. —Guardó la hoja, tragó saliva y añadió el colofón final—. Ya no es por la investigación. Bueno, también un poco, que tengo que terminar mi informe, pero sobre todo es porque no quiero que lo nuestro se quede en ese borrador que has dicho.

Yo me crucé de brazos, lo hice fingiendo que no se me estaban cayendo los cimientos del alma con cada frase que él me decía. Me estaba convenciendo y eso solo podía acabar mal. ¿O no?

—¿Y si el experimento falla otra vez? No estoy dispuesta a…

—Entonces será el fracaso más feliz de mi vida. —Hugo me interrumpió con esas palabras haciéndome sentir con ellas una mezcla de emociones incontrolables. Y me miró, como si no hubiera fases suficientes para medir lo que sentía y no sabía expresar.

—De acuerdo —dije después de un silencio que pareció durar la espera de una temporada de los Bridgerton—. Participaré en tu ridícula fase.

Hugo alzó una ceja como si no se esperara que cediera tan fácilmente y estuviera a nada de sacarse un PowerPoint de la manga con la explicación de sus teorías.

—¿Sí? —preguntó inseguro.

—Sí, pero con condiciones. Varias. Y todas son absolutamente no negociables.

—¿Varias?

—Exacto. He redactado una lista.

—¿Cuándo?

—Una tarde después de haber leído tu carta. Lo hice solo por si acaso.

Me dirigí al mueble del salón, arranqué una hoja de mi cuaderno rosa con unicornios y se la puse en la mano. Su cara fue un auténtico poema.

—¿Esto es de verdad?

—Más que tu hoja de variables emocionales y gráficos a doble espacio con texto justificado.

Hugo leyó en voz alta muy serio.

«Condiciones para llevar a cabo la Fase Cinco:

1. El sujeto masculino se comprometerá a responder todos mis mensajes de WhatsApp con frases completas. Nada de «ok», «vale» o emojis del dedito hacia arriba.

2. El experimento incluirá al menos una cita en un sitio con velas y un ambiente musical romántico. Si hay violinistas, mejor.

3. Queda prohibido hablar de teoremas de apego, de psicología evolutiva o de química cerebral durante cualquiera de nuestras citas. También, por mensaje.

4. Si el sujeto masculino vuelve a desaparecer sin avisar, la participante femenina, (o sea, yo) tiene derecho a escribir una trilogía sobre su trágica historia de amor y vender todos los derechos a Netflix.»

—¿Netflix? —preguntó intentando no reírse.

—Sí. Además, intentaré que no haya casting. Tengo muy claro que quiero que me interprete Úrsula Corberó, que me gustó mucho en su papel de Tokio en La casa de papel.

—Pero tú no eres rubia.

—Bueno, pues que le tinten el pelo. Fíjate tú qué problema.

Él me miró con esa mezcla de exasperación y ternura que tanto le gustaba a mi ego, y a mi corazón.

—Está bien. Acepto. Pero yo también tengo una condición.

—¿Ah, sí? —Crucé los brazos en señal de rechazo—. ¿Vas a pedirme que deje de usar metáforas en momentos importantes? Porque ya te digo que si es así, no pienso aceptar.

—No. Solo es una. Que me dejes hacer esto.

Y sin darme tiempo a pensar, a huir o a citar una frase de Jane Austen, se acercó y me besó. Fue un beso torpe e inesperado. Él nunca había tomado la iniciativa. Sus labios se encontraron con los míos con una mezcla de duda y deseo, un roce suave primero que se transformó en algo más profundo y más urgente. Chocamos nuestras frentes cuando nuestras manos se buscaron con urgencia, me pisó sin querer, yo me reí entre dientes, y aun así, hubo una chispa eléctrica, pero cálida a la vez que me recorrió desde los pies hasta la cabeza. No fue un beso perfecto, pero fue tan sensual en su imperfección que me dejó el estómago lleno de mariposas revoloteando y chocando unas contra otras.

Cuando se apartó unos instantes después, yo ya no recordaba si estábamos en la fase uno, o en la cinco o en un bucle emocional sin retorno.

—Eso no estaba en el protocolo —dije respirando con dificultad.

—Lo he añadido esta mañana. Se llama «variable incontrolable número uno». Pero como no has querido leerlo, no estabas preparada para lo que iba a suceder.

Me reí porque no podía hacer otra cosa y porque mi corazón, ese gran traidor, ya había firmado todas las páginas del experimento sin consultarme.

—Está bien —dije con decisión—. Pero si esto termina mal, pienso ponerlo en la dedicatoria de mi libro con tu nombre al lado para que todas las lectoras te odien.

—Prometo que compraré diez ejemplares.

—¿Firmados?

—Obvio. Y pondré *post-its* de color rosa chicle en las escenas donde salgo bien parado.

—Eso no ocurrirá, no hace falta que los compres. Los *post-it*s, digo, no los libros.

Y entonces ambos estallamos en una risa nerviosa. Porque sabíamos que nos estábamos metiendo en un nuevo experimento, uno sin fórmulas ni esquemas y sin corazones ni clichés. Solo éramos dos variables incompatibles que, por algún milagro estadístico, se habían empezado a entender. Y a querer, porque ahí

ya había algún sentimiento que todavía no había sido confesado.

Hugo

Cuando leí su manuscrito, sentí que era una carta de despedida perfectamente encuadernada. Cada frase me atravesaba como si hubiera estado escrito con las lágrimas que no había sido capaz de derramar cuando me alejé. Cobardemente, también científicamente, pero necesitaba saber si la distancia me daría respuestas. Y no me las dio.

Lo terminé y el corazón me latía como si hubiera corrido una maratón emocional, y fue entonces cuando lo supe. Toqué a su puerta en busca de una segunda oportunidad. Aunque ella no lo supiera, yo ya había escrito mi propio final alternativo mientras leía el suyo. Solo necesitaba saber si ella estaba dispuesta a cambiarlo, al menos en la vida real, no en su libro, el que por cierto, me encantó.

Cuando abrió la puerta, me invadió el miedo, uno muy profundo, supe que no podía permitirme ni un error más. Me sentía ridículo con mi hoja de fases y mi mente racional aferrándose a esquemas absurdos para no reconocer lo que era tan obvio: que la quería y que ya no sabía vivir sin ella, no podía. Empezar mi discurso hablando de protocolos no fue la mejor forma de empezar, pero no supe hacerlo de otra forma.

La manera en la que me miró tan desafiante, irónica y herida, me hizo sentir pequeño. Quería que me gritara, que me insultara, que me lanzara una taza si hacía falta. Cualquier forma de mostrar sus sentimientos me valía, menos esa frialdad que se había reflejado en sus últimos mensajes.

Y cuando por fin aceptó la fase cinco, la que sería nuestra última locura, no sentí que había ganado, solo sentí alivio, un alivio tan profundo que tuve que morderme la lengua para no confesarle que ya no me importaban los pasos, ni los gráficos, ni la estructura. Que solo me importaba ella, pero todavía no estaba preparado para decirlo.

Mientras discutíamos y me tiraba dardos en forma de sarcasmos y de condiciones absurdas, que por supuesto, pensaba cumplir cada una, me di cuenta de que nunca en mi vida había estado tan seguro de algo. No era solo una atracción, tampoco una necesidad de terminar lo que habíamos empezado. Era ella. Era su risa nerviosa, su lista escrita en un papel de unicornios y su manía de dramatizar todo hasta volverlo mágico fue lo que me había atrapado.

Cuando la besé, fue como caer al vacío y por primera vez no tuve miedo de estrellarme. Porque por fin entendí que había cosas que no necesitaban una explicación. Érika era mi presente y con un poco de suerte, o de madurez, más bien, sería mi futuro. Ese beso me hizo entender que ya no había marcha atrás, que ya no era el experimento, sino la conclusión inevitable de una ecuación sin lógica que podía coexistir. Estábamos locos, pero quizá por eso nos entendíamos tan bien.

Capítulo 18

No supe lo que era lo menos romántico del mundo hasta que fui a un museo de ciencia un miércoles por la tarde. Y encima, lo hice con un ingeniero tan perfeccionista que señalaba cada fallo hasta en los cartelitos de las exposiciones.

—Eso no es un generador de Van de Graaff, es un modelo decorativo sin carga real —dijo Hugo con tono serio, como si a mí me importara.

Yo asentí con un entusiasmo fingido mientras apretaba los dientes. Eso no era lo que había imaginado al pensar en tener una cita con él.

—Fascinante. ¿Y este panel interactivo de los sentidos lo has probado ya con alguna cita? —Quise saber si había ido al mismo lugar con otra mujer. Él me miró de reojo.

—No suelo traer a nadie aquí. Es un lugar de contemplación y de análisis, no de clichés.

—Claro. Porque aquí lo único que grita «pasión» es esa exposición sobre la fotosíntesis.

Hugo suspiró, pero no dijo nada. Caminaba con las manos en los bolsillos, ese gesto tan suyo que mezclaba incomodidad con una elegancia que ni él era capaz de percibir. Yo lo seguía con mi libreta bajo el brazo, dispuesta a documentar cada segundo de la «cita no romántica» más desastrosa de mi vida, porque las había tenido malas, pero no tan aburridas como esa, aunque si él era la compañía, tenía que darle la oportunidad.

—¿Por qué empezamos la fase cinco así? —pregunté sin filtros, como siempre. Necesitaba saberlo.

—Porque este es el lugar ideal para observar el comportamiento emocional en un entorno neutro. Si no hay estímulos románticos, lo que surja será auténtico.

—¿Y si lo que surge es aburrimiento? Porque no veas… ¡Menudo coñazo!

—Entonces significa que es una variable útil.

—Tienes la capacidad única de hacer que cualquier cosa que digas suene como un informe de contabilidad. —Él esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—Gracias.

—No era un cumplido, Hugo.

Y ahí nos encontrábamos los dos, él intentando medir emociones como si fueran partículas subatómicas, y yo deseando que una melodía romántica sonara de fondo para tener al menos una señal de que esto era una cita.

—Entiendo que esto no es lo tuyo. ¿Quieres que vayamos al planetario? —me preguntó ilusionado.

—¿Hay telescopios para ver meteoritos cayendo hacia la Tierra?

—No.

—Es que eso es lo único que añadiría algo de emoción a esta tarde, la verdad.

—Érika…

—Está bien. Vayamos.

Acepté porque, contra todo pronóstico, quería estar con él, aunque el entorno fuera más apropiado para una excursión escolar que para una historia de amor.

Nos tumbamos sobre el suelo. El techo del planetario empezó a llenarse de pequeñas estrellas proyectadas, y por un momento, el silencio entre nosotros no fue incómodo.

—¿Sabías que la mayoría de las estrellas que vemos ya no existen? —dijo en voz baja para no romper la magia.

—Sí. Como la mayoría de mis exnovios. —Él me miró horrorizado y tuve que especificar—. No los he matado, ¿eh?

Hugo soltó una risa corta y me miró, yo también lo miré, pero no dijimos nada. Entonces, ocurrió. Apareció ese maldito cliché que tanto me había costado llevar a cabo, el del silencio que lo decía todo. Y entonces, él habló.

—A veces pienso que tú y yo no deberíamos funcionar por lo diferentes que somos. Pero cuando estamos juntos todo parece más lógico, incluso lo ilógico.

Mi corazón, traidor como siempre que se trataba de Hugo, hizo una triple pirueta mortal.

—Yo siento lo mismo —dije con voz más bajita de lo que esperaba—. Pero no digas que es lógico, o lo arruinas.

—Está bien.

Hugo extendió su brazo para que yo me acercara más, puse mi cabeza sobre su pecho y él empezó a acariciar mi pelo. Y así fue como la cita menos romántica del mundo, se convirtió en todo lo contrario. Sus caricias y el sonido de su corazón hicieron de ese momento algo perfecto.

Salimos del planetario sin hablar y cuando ya llevábamos un rato andando sin dirigirnos hacia ningún lado, él interrumpió el silencio.

—¿Quieres ir a tomar algo? —preguntó.

—¿Vas a llevarme a un laboratorio de química a beber pociones?

—No. A una cafetería, mejor.

—¿Con velas?

—Prefiero una con bombillas de bajo consumo.

—Eres un caso perdido, ¿lo sabías?

—¿Me creerías si te dijera que ahora mismo me siento como el caso con más sentido de mi vida?

Yo negué con la cabeza incrédula, pero aun así, lo seguí. Porque aunque no era una cita romántica, y aunque no había flores, ni velas, ni bandas sonoras, algo había cambiado entre nosotros, no solo los sentimientos.

Unos días después fui yo la que propuso el plan.

—¿Estamos seguros de esto? —preguntó Hugo mientras se ponía una bata blanca dos tallas más grandes.

—¡Claramente no! Pero de eso se trata el amor, ¿no?

—¿De ensuciarnos sin saber si luego se quitarán las manchas?

—Venga, va. No empieces a quejarte —respondí mientras me recogía el pelo en un moño en lo alto de la coronilla.

La actividad fue una clase de pintura para parejas. Una de esas donde se terminaba con más óleo en la cara que en el lienzo. Era un cliché en toda regla, pero no estaba dispuesta a confesarlo, aunque sabía que él era consciente de ello aunque no hubiera dicho nada.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? —Hugo miró el caballete como si fuera una ecuación mal planteada.

—Supongo que pintarnos el uno al otro.

—Efectivamente —añadió la profesora—. Puede ser un retrato realista o una interpretación emocional del otro. Es creación libre. Por eso me voy a ir y os voy a dejar solos. Luego nos vemos.

La chica se fue dejándonos ahí plantados sin saber qué teníamos que hacer, se suponía que había pagado por una clase y que tenían que explicarnos algo, lo que fuera, pero no le di importancia, porque con la compañía de Hugo tenía más que suficiente.

—Yo ya tengo una idea… —dije sabiendo qué iba a pintar—. Tú, al menos, podías cambiar la cara, ¿no te parece? Finge que te gusta el plan.

—Tengo cara de alguien que preferiría estar en casa actualizando una hoja de cálculo sobre las migraciones de los pingüinos, Érika, pero eso no significa que no disfrute de tu compañía.

Me reí. Eso era tan él que no había forma de no encontrarlo adorable. Se sentó frente a su lienzo con resignación y me observó con atención. Demasiada atención.

—¿Qué haces? —pregunté sintiéndome incómoda bajo esa mirada tan clínicamente intensa.

—Observación previa. No puedo representar lo que no comprendo.

—Eres un espécimen digno de estudio.

Y entonces empezó a pintar. Callado y concentrado. Yo intentaba seguir pintando, pero cada trazo me salía peor que el anterior. Sentía su mirada recorrerme, no como hombre, ni siquiera como científico, sino como alguien que me estaba viendo de verdad.

Cuando el tiempo se acabó y la profesora volvió, nos pidió que mostráramos nuestras obras.

Yo giré el lienzo con una sonrisa tonta. Era la versión más original que se me había ocurrido de nosotros. Dibujé un ordenador portátil y en la pantalla escribí «Eres un Excel con patas», al lado pinté un portapapeles y escribí las fases del experimento.

Hugo giró el suyo y mi sonrisa se congeló por completo.

¡No me lo podía creer! Hugo había llenado el lienzo de ecuaciones, de corazones, de estrellas, de símbolos del infinito, de gafas de pasta, de helados e incluso había dibujado un *cyborg.*

—¿No había otra forma de pintarme? —susurré un poco defraudada.

—No sé pintar y tampoco sé de qué manera representarte. Ha sido lo único que se me ha ocurrido—respondió él avergonzado—. Lo siento.

—No te preocupes. En realidad es perfecto. —Si esa era su manera de verme, ¿quién era yo para cuestionarlo?

Nos miramos en silencio y acercamos nuestros labios para rozarlos suavemente. Después, cogí un poco de pintura entre mis dedos y le embadurné toda la cara. Él se quejó y dijo que iba a tener que desmontar sus gafas para limpiarlas y como si fuera un niño en mitad de una rabieta, me restregó su paleta por el pelo. Nos fuimos con nuestros lienzos bajo el brazo y llenos de pintura. De poco habían servido las batas.

—Dime que esto es una broma —dijo Hugo mirando la pista de baile con la expresión de alguien que acababa de descubrir que los humanos bailaban por voluntad propia y no por un microchip instalado en su cerebro.

—No es una broma. Es salsa. Y date prisa que llegamos tarde —dije quitándole el lienzo y entregándole unos zapatos de su talla con suela deslizante.

—Érika, te recuerdo que nací con dos pies izquierdos y algún tipo de algoritmo para evitar el contacto físico innecesario.

—Y yo nací con la capacidad de enamorarme de tipos con traumas emocionales y tendencias a la rigidez emocional, pero mira, aquí estamos los dos, como si fuéramos Baby Houseman y Johnny Castle en *Dirty Dancing*. El universo quiere vernos brillar y no seremos nosotros los que nos opongamos.

—El universo, no. Tú.

—Bueno, ¿qué más da?

La clase de salsa para parejas de nivel experto estaba abarrotada de parejas sonrientes y sudorosas. Gente que no tenía miedo al ridículo, quizás había sido demasiado arriesgado el plan, incluso para

mí. No sabía que había niveles y que el nuestro no llegaba ni a principiantes.

—¿Y qué parte de esto se supone que es la romántica? —preguntó mientras me cogía por la cintura con una rigidez demasiado mecánica.

—El roce, no sé. O saber si tu pareja de baile puede seguirte el ritmo incluso cuando está a punto de caerse encima de la señora esa de tacones fosforitos.

Hugo soltó un suspiro que parecía venir desde lo más profundo de su alma estructurada. La música empezó a sonar. El instructor gritó: «¡Uno, dos, tres! ¡Cinco, seis, siete!» Y nosotros no hicimos nada.

—Se ha olvidado del cuatro.

—¡Muévete, Hugo! ¡Uno, dos, tres! Venga, va.

—Espera. Estoy calculando el ángulo de giro, déjame pensar.

—¡Esto no es trigonometría! ¡Es salsa!

—Las cosas si se hacen, se hacen bien. Yo creo que si giro hacia…

—Nos está mirando todo el mundo. ¡Qué vergüenza! Baila, muévete. Haz algo.

—Yo no tengo la culpa de que te hayas equivocado de nivel. ¿Experto? ¿En serio?

—¡Qué más da! Si no nos conoce nadie. ¿Quieres empezar a bailar ya de una vez?

En algún momento de la canción, sus pies pisaron los míos, mi codo al hacer un giro chocó contra su nariz, y terminamos perdiendo el equilibrio y cayendo de espaldas sobre el suelo. La clase se detuvo. Todo el mundo nos miró más todavía que antes de empezar a bailar. Hugo se echó a reír. Yo no sabía dónde esconderme.

—Estás inventando nuevos pasos de baile basados en ataques hacia mi persona.

—Y tú estás bailando como si fueras un robot con el movimiento lateral defectuoso.

Nos miramos sonrientes con las manos entrelazadas en el suelo y rodeados de personas que volvían a moverse como si nadie hubiese caído allí.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de todo esto? —preguntó él.

—¿Mi caída digna de película de comedia de bajo presupuesto?

—No, eso no. Sino que no tengo que ser perfecto para bailar contigo. Solo tengo que intentarlo, aunque hagamos el mayor ridículo del mundo.

Me derretí un poco, y lo odié otro poco también, porque esa frase era tan de capítulo final que me dieron ganas de besarle y gritarle a la vez que me había enamorado de él casi desde que nuestras vidas se cruzaron en aquella cafetería.

Nos levantamos y volvimos a intentarlo. Al menos, esa vez no fue tan terrible. Él se relajó y empezó a dejarse llevar un poco más. Y aunque pisó a tres personas más, ninguna me importó. Porque esa noche, bailando sin ninguna gracia, pero con mucha intención, entendí que a veces la conexión no se veía porque se sentía en el caos compartido.

Hugo

Érika me había dicho en alguna ocasión que no había nacido para llegar a enamorarse de tipos como yo, pero ahí estaba, compartiendo conmigo momentos únicos que no tenían nada de racional. Yo no sabía en qué momento había dejado de resistirme a sus planes ridículos y había empezado a desearlos. Aunque me cayera, aunque me llenara de pintura hasta las orejas, aunque hiciera el ridículo rodeado de bailarines profesionales y aunque me dolieran los pies y el ego a partes iguales.

Verla reírse en el suelo, justo después de haberme clavado un codo en la nariz, fue como una confirmación. Nunca iba a encontrar lógica en lo que sentía por ella, y por primera vez, no tenía la necesidad de encontrarla.

Érika tenía esa capacidad tan particular de transformar la vergüenza en intimidad y los fallos en momentos perfectos. Bailar con ella era como querer entender una ecuación escrita en un

idioma desconocido: desconcertante, desafiante. Porque lo nuestro era eso, un desafío a la lógica.

Me acordé del museo de ciencia y en cómo ella se quejaba del aburrimiento mientras yo intentaba justificarlo todo como si el amor necesitara un entorno controlado. Pensé en la clase de pintura, en su dibujo merecedor de un premio en un concurso de sexto de primaria y en el mío, que parecía el resultado de un algoritmo emocional defectuoso. Y, sin embargo, ahí estaba ella, sonriendo como si hubiera entendido cada símbolo que había dibujado.

Cada uno de esos momentos tenía algo en común: el desastre predictivo. Pero también, la risa improvisada. Y el deseo, ese que me sorprendía en los silencios, en los roces accidentales, en su manera de mirarme como si a pesar de mis miles de líneas de código interno, me hubiera descifrado del todo, incluso mejor que yo.

Mientras la sujetaba de la mano, tambaleándonos por la pista entre giros torpes y pisotones, comprendí que el caos compartido era nuestro sistema de entendimiento común. Uno que no necesitaba traducciones ni fórmulas. Porque aunque no supiera bailar, ni pintar, sabía que quería seguir aprendiendo todo eso, pero solo si era con ella a mi lado.

Capítulo 19

Cuando recibí su mensaje, pensé que se había caído, se había dado un golpe en la cabeza y se le había restaurado su sistema operativo. Eso, o algo por el estilo.

«Hoy me toca a mí sorprenderte. Quedamos a las seis en el portal. No traigas nada excepto curiosidad. Y calzado cómodo, por favor.»

¿Hugo estaba planeando una cita voluntariamente? ¿Sin enviar adjunto un PowerPoint explicativo? Por un momento pensé que tal vez era una especie de prueba para comprobar algo en su experimento, pero quise creer que no. Y me dejé llevar.

A las seis en punto, ni un minuto más ni uno menos, estaba en la puerta del portal tal y como me había pedido. Zapatillas de deporte cómodas. Curiosidad por saber qué me esperaba, pero también, desprendiendo dos litros de ansiedad por cada poro de mi piel.

Cuando lo vi, porque él siempre llegaba antes que yo, llevaba una mochila al hombro y una expresión extrañamente… ¿ilusionada?

—Hola —dijo como si no fuera capaz de ver el aura nerviosa que me envolvía.

—¡Hola! ¿Me vas a secuestrar? Necesito saberlo.

—No. Pero si alguien te pregunta dónde estás, dile que hemos salido a observar variables en campo.

—Perfecto. Voy a avisar a Noelia y Clara.

—No es necesario…

—Por si acaso.

—Eres única —susurró cerca de mi oreja antes de darme un beso en la mejilla. Me entró un escalofrío.

—El plan ha sonado romántico. ¿Incluye algo sobre cálculo diferencial?

Me ignoró, como hacía siempre que intentaba hacerle reír y lo conseguía, pero no quería admitirlo.

Fuimos a la parada de metro más cercana de nuestras casas. Me negué a preguntar adónde íbamos directamente, pero sí le pedí alguna pista, él se negó a dármela.

Después de cuarenta y cinco minutos y dos transbordos, llegamos a un barrio lleno de callejuelas adoquinadas y olor a pan recién horneado. Y ahí estaba nuestro destino. Un pequeño local con un cartel hecho a mano que decía: «Taller de cerámica. Primera clase gratuita. Parejas bienvenidas.» Me giré hacia él con la boca abierta.

—¿Esto es una broma?

—No. Es cerámica. Ya sabes, manualidades con arcilla de esa que se modela con las manos. Eso que a ti te gusta tanto y que a mí me provoca un estrés leve.

—¿Y por qué estamos aquí?

—Porque la cita en la que los protagonistas se manchan las manos y terminan riéndose mientras crean un jarrón deforme sé que te encanta.

—¿Y por qué lo sabes? —pregunté sorprendida. Tenía razón, pero nunca se lo había dicho.

—Porque esa escena aparece en dos de tus novelas y eso es por algún motivo, ¿no? —Me guiñó un ojo, o al menos lo intentó, porque más bien pareció que se le había metido algo dentro y que parpadeaba para sacarlo.

Me quedé callada, no porque no tuviera palabras, sino porque si las decía, iba a echarme llorar, o a besarle. O ambas.

—Además —añadió bajando la voz—, quiero saber si soy capaz de mancharme por algo que no esté en un informe técnico y que no sea estrictamente necesario.

Y entonces lo supe, estaba dejando espacio para mí en su lógica, estaba construyendo un lugar para acomodarme entre sus certezas. Eso sí era un cliché romántico de los que funcionaban siempre, o la mayoría de las veces.

—No me mires así —me dijo Hugo mientras nos poníamos los delantales—. No pienso recrear Ghost contigo.

—¿Ni siquiera un poquito? Podemos poner música de fondo. Yo me siento detrás de ti, tú modelas y yo respiro en tu oído.

—Érika, si me soplas en el oído mientras intento no perder un dedo en el torno, me dará una arritmia como mínimo.

No pude evitar reírme con su ocurrencia. Por mucho que lo intentara, su esencia siempre estaba al acecho y eso me encantaba. Porque era él, Hugo.

La clase comenzó con una profesora sonriente que parecía salida de un anuncio de yogures naturales edulcorados. Tenía la voz suave, sus manos eran firmes y lo más importante de todo, una paciencia infinita. Nos explicó cómo teníamos que preparar la arcilla, cómo había que centrarla, cómo debíamos mantener la presión y cómo dejar de pensar. «Dejad que vuestras manos expresen lo que sentís», dijo como si eso no fuera exactamente lo que Hugo intentaba evitar toda su vida.

A los cinco minutos, él ya tenía arcilla en la punta de la nariz y en uno de los cristales de sus gafas. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero no pude evitar reírme.

—Esto está mal diseñado —protestó observando su cilindro deforme—. Yo creo que las proporciones están desequilibradas.

—Es un jarrón emocional, no estructural, no vas a utilizarlo para ponerle flores todos los días.

—Es un desastre y lo sabes.

—Bienvenido al club, mira mi taza.

—No está mal.

—Hugo, por favor, es diminuta. Si fuera para uno de los siete enanitos de Blancanieves…

—Seguro que sería para Gruñón.

—¡Oye, tú!

—¿Qué quieres que te diga? Se olvidaron de crear al enanito Dramático.

—Pues tú serías el enanito Excel con patas.

—Ese nombre no suena comercial.

—Tienes razón. —Ambos reímos. La profesora pasó junto a nosotros y miró nuestras obras maestras indescriptibles.

—¡Qué bien lo estáis pasando! Os están quedando unas… Lo que sean, geniales —dijo ella intentando animarnos, pero nosotros

éramos plenamente conscientes de que no íbamos a ganarnos la vida haciendo figuritas de cerámica.

—No entiendo cómo puedes encontrar esto relajante. —Hugo suspiró.

—No lo encuentro relajante. Lo encuentro real. El barro, el caos, el no tener control sobre algo… Es como enamorarse, ¿no crees?

Me miró con esa mirada tan suya que expresaba los cientos de argumentos lógicos que tenía sobre el amor.

—¿Tú crees que enamorarse es como esto?

—Sí. Ensuciarte. Intentar crear algo con las manos temblorosas, reírte cuando se deshace. Y volver a intentarlo cuando se cae al suelo. Con otra forma o con otro color. Pero sin dejar de hacerlo.

No respondió, solo me observó. Como si de pronto la lógica le hubiera hecho una reverencia al caos y se hubiera retirado en silencio por la puerta de atrás.

Terminamos nuestras «obras» y las dejamos secar al aire. Hugo les sacó fotos a ambas.

—¿Lo haces para tener pruebas de nuestro fracaso artístico?

—Las hago para mirarlas cuando necesite recordar que no todo ha de ser perfecto para tener valor.

Me derretí un poquito por dentro como si fuera un helado de menta con chocolate al sol en pleno mes de agosto, pero mantuve la compostura como buena dramática contenida que era.

Al salir, nuestras manos seguían manchadas de arcilla seca porque no las habíamos podido limpiar del todo. Nos fuimos caminando en silencio sin hablar mucho, pero nuestras manos ásperas y amarronadas se rozaron más veces de lo habitual, y estaba segura de que ninguna vez había sido por accidente.

La siguiente cita no fue idea mía. Ni siquiera sabía que él sabía que ese sitio existía, pero cuando me envió un mensaje. «¿Te gusta el jazz?» Le respondí que prefería un concierto de Melendi y él como respuesta me compartió la ubicación de un local en el que tocaban música en directo.

Había quedado esa noche con mis amigas para contarles las novedades en nuestro experimento y le dije que no podía, pero él no preguntó el motivo, solo me dijo que podía esperar a la noche

siguiente. Él me respondió: «Quedamos allí mañana a las nueve.» No incluyó ningún emoji, tampoco algún *sticker*. Sus mensajes siempre eran tan fríos como una cita médica, pero no me importaba, ya me había hecho a la idea de que con él las cosas eran así.

Hugo llegó puntual. Llevaba una camisa azul marino, unos pantalones de pinzas blancos que no formaban parte de su uniforme de ingeniero y un peinado un poco más desordenado que de costumbre. Como si se hubiera pasado las manos por el pelo varias veces antes de decidir ponerse zapatillas de deporte. Me gustó su *outfit*. Informal y elegante, una mezcla un tanto extraña, pero que le sentaba de maravilla.

—¿Jazz? —le pregunté arqueando una ceja mientras nos sentábamos. La banda ya estaba tocando porque yo me había retrasado unos minutos. Me había costado muchísimo decidir qué ponerme. Opté por un vestido negro por encima de las rodillas, un cinturón marrón y unas botas altas en el mismo tono a juego.

—Me pareció adecuado.

—¿Adecuado para qué?

—Para hablar sin hablar. Y para decir cosas sin que parezcan tan graves.

No supe qué responder. Durante los primeros minutos no hablamos mucho. Bebimos vino, escuchamos los solos improvisados y jugamos con los silencios, que eran largos pero no incómodos. Hasta que, cuando la banda hizo una pausa, él habló:

—He estado pensando.

—Uy. Eso suena fatal. —¿Me iba a dejar sin ni siquiera haber puesto una etiqueta a nuestra relación?

—No huyas todavía. —Se rio, pero bajito. Tenía los dedos entrelazados sobre la mesa—. He estado revisando las fases del experimento.

—Ah, ¿volvemos al método científico? —Por una parte, sentí alivio, pero por otra, empezaba a estar cansada del maldito experimento.

—Siempre. Pero he añadido variables nuevas.

—No estoy entendiendo nada.

—Lo que no tenía previsto y lo que no puedo predecir.

—¿Lo que sientes? —Quise suponer que se refería a eso, pero que le costaba encontrar las palabras normales que usaríamos el resto del planeta.

Le costó seguir hablando. Lo vi mordiéndose el interior del labio, colocarse las gafas y estirarse arrugas invisibles de los puños de la camisa. Supe que estaba buscando palabras adecuadas que no sonaran a ecuaciones y que pudiera molestarme. Ya empezaba a conocerle.

—No sé si esto es amor —confesó al fin mirándome a los ojos fijamente—. No sé si lo que siento tiene un nombre. Pero pienso en ti cuando no estás. Y cuando estás, también. Porque quiero entender cómo funciona tu cabeza. Y cuando no entiendo nada, quiero quedarme a pesar de todo.

—Eso es amor, Hugo.

—¿Sí?

—Sí. Suena torpe, imperfecto y un poco desesperado. Pero es amor.

Él asintió como si le estuviera costando asimilar que se había enamorado de mí. Me miró nervioso y puso una de sus manos sobre la mía. La tenía sudorosa, pero lejos de desagradarme, me hizo hasta ilusión.

—¿Y tú? —preguntó al fin con cautela.

—Yo siento que si no te veo, me vuelvo un poco más dramática. —Le sonreí y arrugué mi nariz en un gesto cariñoso—. Que me cuesta no imaginarte en mis tramas, que me acostumbro a tu silencio como si fuera música bajo la lluvia. Y que cuando me miras, me olvido de todos mis clichés, menos del que dice que alguien puede hacerte temblar con una sola mirada.

—Ese sí lo conozco —dijo bajito mientras acariciaba mi cara con la mano que tenía libre. Yo suspiré.

La banda volvió a tocar. Y esta vez, ya no hizo falta decir nada. Solo dejamos que lo que ambos sentíamos flotara entre nosotros, como el humo invisible y suave del saxofón y el murmullo de las mesas de alrededor.

Caminamos de vuelta a casa, despacio, sin prisa por romper el silencio tan cómodo que habíamos construido. Sus dedos

entrelazados con los míos me hacían sentir como si estuviéramos desafiando a su universo de lógica absurda. Porque si él, con todos sus algoritmos, había decidido entrelazar su caos con el mío, entonces puede que todo tuviera sentido.

—¿Por qué caminas así de lento? —pregunté sin esperar una respuesta que me derritiera el corazón.

—Estoy prolongando una variable.

—¿Una variable? —Él y sus frases científicas.

—Tú.

No dije nada, pero la sonrisa se me escapó hasta las orejas. Y justo cuando me pregunté a mí misma si sería apropiado decir algo cursi como «Me vuelves loca incluso cuando no sabes que estás siendo romántico», apareció la interrupción no deseada. Begoña. ¿Siempre tenía que aparecer en el momento menos apropiado y estropear mis escenas bonitas?

Ahí estaba, con un vestido entallado y unas piernas de infarto. Con un abrigo de piel que sin tocarlo gritaba que valía un pastizal. Y con una melena perfecta que parecía recién salida de grabar un anuncio de L'Oreal.

—Vaya, vaya —dijo deteniéndose frente a nosotros. Su mirada se detuvo en nuestras manos entrelazadas—. ¡Qué inesperado!

Hugo intentó soltar mi mano. Así, de golpe. Yo, en cambio, le apreté un poco más los dedos antes de soltarse. Solo fui capaz de pensar: ¿Otra vez, en serio?

—Begoña —dijo él incómodo, como si le hubieran obligado a reiniciar el sistema en mitad de una actualización emocional por un fallo en el código—. Qué coincidencia.

—No suelo pasear por esta zona, pero supongo que a veces los errores de cálculo ocurren. —Me miró de reojo con indiferencia.

—Yo soy Érika —me adelanté con la voz alta y clara—. La vecina y la novia, ¿recuerdas?

—¿Novia? —Begoña alzó una ceja, como si fuera incapaz de creer que lo nuestro fuera posible.

—Sí. Con N. De «No es una farsa».

Y le sonreí con esa sonrisa falsa que usaba cuando quería parecer segura aunque por dentro estuviera improvisando una coreografía

de puñales verbales. Hugo no decía nada. Ni siquiera respiraba, creo.

—Bueno, encantada. De nuevo —Begoña dijo eso con un tono burlón que me enfureció.

Después se giró y se fue, dejando tras de sí una nube asquerosa de perfume caro y tensión flotando en el aire. Cuando giró la esquina miré a Hugo. No supe descifrar su gesto.

—¿Siempre tienes que hacer eso? —le pregunté desviando la mirada.

—¿Qué?

—Soltarme la mano como si sintieras una descarga eléctrica en cuanto aparece tu pasado con zapatitos de lujo.

—No lo hice por ella, Érika…

—¿Entonces por qué? A ver, sorpréndeme.

—Fue un acto reflejo. No estoy acostumbrado a esto.

—¿A esto? —Había que sacarle las palabras casi con un sacacorchos.

—A ti. A nosotros. A los cimientos que estamos construyendo.

—No somos un edificio, Hugo.

—Las relaciones también se construyen sobre unos cimientos, no físicos, pero sí mentales.

—No quieras sonar romántico porque no me vas a convencer, que lo sepas.

—Tienes que entender que no tengo experiencia real, solo datos que he ido recopilando.

—Yo flipo contigo, te lo juro.

—Érika, no vienes con un manual de instrucciones.

—¡Pero que yo no soy una lavadora!

—¡Ya lo sé! ¡Perdona si no soy perfecto! —gritó él dejándome muda.

Nunca le había escuchado gritar. Lo miré indignada. Tenía la mirada culpable de alguien que había estropeado algo sin querer, como un niño que pisaba un caracol sin darse cuenta y luego quería pegar los trocitos de caparazón para revivirlo.

—No necesito que seas perfecto, Hugo. Solo necesito que seas tú, pero que aprendas de los errores. Que si ya sabes que hacer eso

siempre que aparece Begoña, me molesta, no lo hagas. No sueltes mi mano.

—Estoy intentando aprender. En serio, te lo aseguro.

Suspiré. Quizás estaba siendo demasiado dura con él. Al fin y al cabo, a Hugo se le veía de todo, menos experimentado en el amor, aunque tampoco es que yo fuera la más indicada para hablar dado mi historial de desastres amorosos.

—Pues empieza por no soltarme la mano cuando más la necesito, por favor.

Y, sin esperar respuesta, me adelanté unos pasos, lo oí alcanzarme y esa vez, fue él quien buscó mi mano. La cogió con fuerza y depositó un suave beso sobre ella, como si fuera el tesoro oculto más valioso del planeta. Y ahí, bajo la luz tenue de las farolas y con nuestros corazones torpes latiendo deprisa, seguimos caminando en silencio.

Hugo

Me paralicé. Como siempre sucedía cuando aparecía algo que no sabía categorizar con exactitud. Como siempre que el pasado y el presente chocaban y generaban interferencias en mi cabeza.

La aparición de Begoña me recordó una versión de mí que ya no me representaba desde hacía mucho tiempo, pero que aún llevaba mi nombre. Esa versión que evitaba la incomodidad por encima de todo, que se decantaba por lo correcto en vez de por lo sincero. Una versión cobarde que vivía midiendo los riesgos como si cualquier desvío fuera una amenaza. Érika no encajaba en ese esquema, ella era todo lo contrario, no temía a la exposición, no le importaba si se manchaba del barro de la cerámica o de las lágrimas de emoción, y ahí estaba yo, comportándome como si sus sentimientos fueran una variable molesta, cosas que no era así aunque no lo pareciera.

No fue la seguridad en voz lo que me descolocó, sino mi propia reacción. La rapidez con la que mis dedos buscaron escaparse de los suyos, como si el contacto con Érika fuera algo incorrecto y que debiera ocultar. Como si aún creyera que lo nuestro no era lo

suficientemente sólido como para defenderlo. Me sentí pequeño. Y lo peor no fue que ella lo notara. Fue que no necesitó decirlo porque me conocía más que yo mismo. El silencio que se instaló después fue mucho más doloroso que cualquier reproche.

Mientras caminábamos de vuelta, sentí el peso de mis decisiones apretándome el pecho. No podía justificar mi reacción con cifras ni con lógica, tampoco podía analizarla con una fórmula, solo podía asumirla. Sentí varias veces el impulso de decir algo, de explicarle que todo había sido un reflejo involuntario, un automatismo que no reflejaba lo que sentía realmente, pero no dije nada. No hacía falta ser muy inteligente para saber que las disculpas, si no venían acompañadas de actos, solo eran palabras vacías.

Agradecí que ella no se apartara de mí cuando cogí su mano después, pero había algo distinto en la manera en que caminaba a mi lado. No era una distancia física, porque caminábamos muy cerca el uno del otro, era una especie de cortina invisible entre los dos. Y fui consciente, por primera vez, de lo fácil que era arruinar algo que había costado tanto construir. Me pregunté si aún estaba a tiempo de demostrarle que, aunque mis reflejos eran torpes, mis intenciones con ella eran firmes. Porque la verdad era simple, aunque yo aún no supiera expresar de forma correcta mis sentimientos, me importaba. Mucho más de lo que nunca me había atrevido a admitir, incluso a mí mismo.

Y quizás, ese era el mayor problema: que sentir tanto en tan poco tiempo me asustaba más que cualquier otra cosa en ese momento.

Capítulo 20

Habíamos cumplido las cinco fases. La observación, los clichés, la convivencia forzada, el desamor improvisado, el reencuentro y las citas reales. El experimento había llegado a su fin, al menos en el papel. No estaba dispuesta a seguir con esa estupidez, el tiempo iba pasando y nosotros seguíamos igual. Nuestra «relación», o lo que fuera lo que había entre nosotros necesitaba un cambio, un paso más que sellara o terminara lo que habíamos creado juntos.

Lo que no esperaba era que, justo cuando la vida parecía dispuesta a devolverme la rutina, Hugo llamara a mi puerta después de unos días sin vernos. Lo hizo con su jersey azul marino favorito, ese que me parecía ridículamente sexy por razones que no entendía, sí parecía parte de un uniforme escolar, pero le quedaba tan bien… También, vino con una mirada que no sabía si era la de un ingeniero enamorado o de un hombre que venía a tirar por tierra un Teorema de Pitágoras emocional.

—Tengo algo que decirte —me dijo sin rodeos antes siquiera de que pudiera invitarlo a pasar. Aunque, a las alturas que estábamos ya, él nunca necesitaba invitación. Siempre se colaba en mi vida como si fuera la suya propia.

—¿Qué pasa? —pregunté cogiendo con fuerza mi taza de café como si fuera un escudo emocional que pudiera protegerme.

Hugo respiró hondo, como si fuera a lanzarse desde un trampolín altísimo a una piscina de tres metros y medio de profundidad sin saber nadar. Y vaya que sí lo hizo.

—He rechazado la oferta en Berlín. Me la volvieron a ofrecer hace unos días. Pero no voy a irme, me quedo aquí. Contigo, claro, si tú me dejas, porque al fin y al cabo, esto es cosa de dos.

Durante unos segundos, el universo se paralizó. Ni siquiera me molesté en disimular mi expresión. Sonreí como una idiota, como si fuera una niña a la que le habían propuesto vivir de por vida en Disneyland París.

—¿Contigo, en plan viviendo en la misma ciudad, o contigo en plan quiero seguir improvisando citas ridículas hasta que estemos arrugados y tengamos que ayudarnos a levantarnos? —pregunté temblando un poco más de la cuenta.

Él sonrió. No mucho, pero sí lo suficiente como para que su mandíbula se le marcara un poco más fuerte y yo pensara «mierda, estoy enamorada hasta las trancas de este cenutrio».

—Ambas.

Y eso fue todo. No hubo fuegos artificiales, ni tampoco una orquesta de fondo. Solo Hugo, yo, una confesión que me estalló en el pecho como confeti emocional y el señor Darcy mirándonos con algo que supuse que era satisfacción.

Lo besé apasionadamente. Primero lo hice como si fuera una escritora en busca de inspiración divina para escribir un *Bestseller*. Luego como una mujer que ya no necesitaba ficción para sentir que la vida valía la pena. Y él me respondió como si por fin entendiera que había cosas que no se podían programar, solo sentir.

Nos reímos entre besos torpes. Tropezamos con mi alfombra, pisamos el cojín con forma de corazón que él siempre había odiado y, entre risas y caricias, terminamos fundidos sobre mi sofá.

Yo no sabía cómo era posible que en las novelas todo fluyera como si los cuerpos tuvieran un GPS emocional. En mi caso, el mío parecía tener algún tipo de problema de conexión, porque cuando quise quitarme la camiseta, se me quedó enganchada en el bolígrafo BIC que había colocado para sujetar mi moño. Al quitármelo, me pinté toda la mejilla, y encima, tuve que pelearme también con las mangas que se negaban a colaborar.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo, entre risas, mientras yo hacía del momento todo lo contrario a una escena romántica.

—Perfectamente. Esto es solo parte del ritual de seducción —respondí toda digna mientras me recolocaba el pelo y sacaba el capuchón de un enredo que se había hecho.

—Suele decirse el ritual de apareamiento.

—Ya, pero es que suena tan de animales… Hubiera quedado fatal, además, tú te pareces más a un *cyborg* que a un león.

Entonces me miró e hizo un intento de rugido que sonó más gracioso que otra cosa. No lo hizo con su cara de un ingeniero escéptico o de un loco que intentaba resolver el mundo con fórmulas lógicas. Me miró como si yo fuera la respuesta a una ecuación que no siempre había estado ahí, pero que era la solución perfecta. En ese instante, todo cambió entre nosotros, la torpeza casi se desvaneció, no del todo, ya que de camino a la habitación fuimos tirando todo lo que había por medio.

Sus manos, que tantas veces habían sostenido portapapeles, libretas y gráficas, encontraron mi piel como si hubieran sido entrenadas para eso. Y cuando me besó de nuevo, más lento, más seguro, sentí que el salón se encogía detrás de nosotros, que mi habitación estaba muy lejos. No podía pensar en nada más que no fuéramos nosotros, ni siquiera en el señor Darcy que maullaba enfadado porque habíamos tirado al suelo su rascador. Solo existíamos él y yo. Solo nosotros.

Me tumbó sobre mi cama con cuidado, como si tuviera miedo de romperme, y yo me dejé hacer. No porque fuera frágil, sino porque con él no necesitaba fingir nada que fuera políticamente correcto. Podía ser yo. Con todas mis cursilerías, con mis dramas y con mi romanticismo crónico. Él no me pedía que cambiara. Solo me aceptaba tal y como era.

—¿Estás segura de esto? —susurró con la voz ronca y una mirada que me erizó todo el cuerpo.

—No he estado más segura en toda mi vida —respondí sin pensar mientras le desabrochaba el cinturón.

No hubo prisa, tampoco exigencias. Solo una conversación en silencio hecha de caricias, suspiros y esa forma suya de detenerse cada vez que mi respiración temblaba. Me besó los hombros, el cuello, el lóbulo de mi oreja y hasta el alma.

Hubo un momento, justo antes de perderme entre los besos por su pecho, en el que me entraron unas ganas tremendas de confesarle que lo amaba con locura. Pero me las guardé. No porque no fuera cierto, sino porque quería que el primer «te amo» no se me escapara entre jadeos, sino que se dijera con los ojos abiertos, sin

miedo, sin sábanas y sin sexo de por medio, para poder contárselo a nuestros hijos en un futuro cuando nos preguntaran.

Aun así, creo que lo supo y que lo sintió. Porque cuando finalmente fuimos uno, me sostuvo la cara entre sus manos como si yo fuera el centro de su universo lógico. Y por primera vez, entendí que a veces el amor no necesitaba grandes declaraciones, ni velas, ni bandas sonoras, ni fuegos artificiales. A veces, solo bastaba con quedarse quietecita entre los brazos de alguien que te veía de verdad y decidía no marcharse. Entonces entendí que mi historia de amor, la real, y no la literaria, había empezado mucho antes de que yo lo supiera.

Hicimos el amor por primera vez, pero no solo fue una, ya que en mitad de la noche, nuestras manos se buscaban con necesidad de volver a unir nuestros cuerpos. Y aunque no fueron perfectas todas esas veces, sí fueron las mejores, porque las primeras veces, siempre quedaban guardadas en lo más profundo del corazón.

Me desperté antes que él. No sé si fue por la luz que entraba a través de la persiana mal cerrada, o porque mi cuerpo, en su nuevo estado de «acabo de hacer el amor con mi vecino ingeniero y aún no lo proceso», decidió que dormir era una pérdida de tiempo.

Lo observé. Hugo dormía con el ceño apenas fruncido, parecía que en sueños también analizaba el universo. Tenía un brazo cruzado sobre el pecho y el otro descansaba sobre mi cintura.

Y fue en ese momento cuando me golpeó el pánico y la certeza: lo quería. Lo quería sin fases, sin hipótesis. Sin experimentos. Lo quería y ya no me imaginaba una vida sin él. Pero claro… ¿cómo se lo decía? ¿Buenos días, lo de anoche fue increíble, incluyendo tu manera matemática de besarme, y por cierto, te quiero? ¿O mejor le dejaba una nota como en las películas? ¿O simplemente me levantaba, hacía el desayuno y le ponía una canción que dijera muchas veces las palabras «Te quiero» para que se diera por aludido?

—Estás pensando tanto que me estás despertando —murmuró de pronto con voz ronca.

Di un respingo tan poco elegante que arruiné todo el romanticismo de nuestro primer despertar.

—¿Qué? No. Yo no estaba pensando tanto. Apenas un poquito —dije envolviéndome en la sábana como si fuera una croqueta emocional. Hugo giró la cabeza hacia mí.

—¿Croqueta mental matutina? —preguntó todavía con los ojos cerrados. Sus pestañas estaban perfectamente alineadas.

—Es mi estado natural post-éxtasis, ¿qué quieres que te diga? —respondí y él soltó una carcajada.

Nos quedamos así unos segundos. Abrió los ojos y extendió un brazo invitándome a conocerme ahí. Puse mi cabeza en su hombro, ese hueco perfecto diseñado exclusivamente para mí. Sabía que no era así, pero en mi cabeza sonaba muy romántico y no quería estropearlo pensando en que otra mujer hubiera podido estar ahí. Tampoco quería imaginarme a Begoña y a él juntos porque rompía toda la magia del momento. A Begoña o a otra que hubiera habido antes de mí.

Menos mal que él con esa maldita y maravillosa seriedad suya interrumpió los pensamientos intrusivos que estaba teniendo.

—¿Te das cuenta de que hemos cruzado una línea? —Asentí.

—Y no ha sido con un lápiz.

—¿Con rotulador permanente?

—Mejor.

—Todavía llevas tinta de anoche en la mejilla.

—Esa se borra en cuanto vaya a la ducha. —Se incorporó un poco, apoyado en un codo y me miró fijamente. No estaba acostumbrada a verlo sin gafas, aunque tampoco lo estaba a verlo desnudo sin pudor alguno.

—No quiero que esto se quede en una noche, Érika.

—¿Ni siquiera en una noche con banda sonora y calificación de contenido para mayores de dieciocho?

Él me fulminó con una mirada de esas que atravesaban el humor y llegaban al centro exacto de lo que una intentaba ocultar, el temor por no saber qué venía después.

—Te lo estoy diciendo en serio.

Ahí se me desarmó el pecho. Y antes de que mi cerebro romántico se lanzara con una declaración a lo Shakespeare, simplemente asentí.

—Yo también.

Un rato después, estábamos en su cocina, desayunando tostadas de pan integral quemadas por mi culpa y café quemado y con un sabor muy fuerte, por mi culpa también. Lo bueno de ser vecinos era que podíamos ir de un piso al otro y como yo no tenía nada que a Hugo le viniera bien para desayunar, fuimos al suyo. Mientras él se duchaba, yo preparé todo, pero sus electrodomésticos no cooperaban y por eso, todo estaba quemado.

—Cuando fingíamos que éramos novios, todo era más fácil —dije mientras untaba mermelada de fresa de cero por ciento azúcar. Insípida como ella sola.

Hugo se quedó callado. Luego soltó su taza muy despacio y alzó mi cara.

—No era fácil. Fingirlo no lo hacía menos real, solo lo disfrazaba. —Levanté la vista. Sus ojos estaban fijos en mí.

—¿Tú crees que esto… Que nosotros… podríamos funcionar? —pregunté. Mi voz sonó más temblorosa de lo que esperaba. Hugo ladeó la cabeza.

—Eres caótica. Te guías por impulsos, por emociones, por flores metafóricas y por *playlists* imposibles. Y yo…

—Tú eres una hoja de Excel con patas —completé con una sonrisa divertida.

—Exacto. Pero a veces, una hoja de Excel necesita que alguien le coloree las celdas. Y tú... tú le pones la paleta entera a mis columnas.

Se hizo un silencio. Uno muy bonito. Casi cinematográfico. Me acerqué y le di un beso suave en la comisura de los labios.

—Entonces hagamos una cosa —dije acariciando su mejilla—. Sigamos. Sin fases, sin condiciones. Seamos solo nosotros.

—¿Aunque la lógica diga que somos incompatibles?

—Precisamente por eso. Porque a veces la lógica se equivoca y ya deberías haberte dado cuenta.

—¿No quieres etiquetar lo nuestro?

—¿Estarías dispuesto a ello?

—Sí.

—Entonces, no hace falta.

Hugo me sonrió. Y en su sonrisa había tanto de amor como de rendición. Si era capaz de poner una etiqueta a nuestra relación, eso tenía más significado que cualquier respuesta que dijera que éramos novios.

Hugo

No tuve ninguna duda. Cuando le dije que no me iría a Berlín, ya lo había decidido hacía tiempo, casi desde que había recibido la propuesta. No fue por ella, sino por mí, porque todo empezó a tener sentido y no quería perderla, ni a ella, ni la versión tan impredecible de mí a su lado. Quedarme era la única forma honesta de seguir viviendo. No necesitaba mapas nuevos ni idiomas distintos, solo el leve vértigo de estar donde realmente quería estar. Y cuando vi cómo me miraba después de decírselo, supe que lo había hecho bien, que aunque no dijéramos nada más, algo se había alineado entre nosotros.

Esa noche, mientras estábamos en la cama, no pensé en si era la primera vez ni en si debía significar algo especial. Me dejé llevar por su piel, por su respiración serena, por la manera en que sus dedos buscaban los míos como si ya supieran el camino y no como era en realidad, la primera vez que nuestros cuerpos se encontraban uno frente al otro desnudos. No hubo nervios, tampoco nervios, solo un calor compartido, una especie de entrega silenciosa que nos cubría por dentro. Sentí una ternura nueva, algo que nunca me había pasado con nadie. Me sentía, al fin, cómodo dentro de mí mismo.

Cuando me desperté, aún tenía el rayajo de bolígrafo en la mejilla, verlo me hizo sonreír. Era como una pequeña marca en su piel, torpe y casual, pero llena de vida. El despertar a la mañana siguiente fue lo mejor, Érika no lo sabía, pero yo estaba despierto a pesar de permanecer con los ojos cerrados, simplemente estaba disfrutando de su cuerpo desnudo al lado del mío. No dejaba de pensar, lo notaba en sus movimientos nerviosos y en su rostro, la había observado con los ojos entrecerrados a hurtadillas. Estaba tan

guapa recién levantada, ¿cómo no me había dado cuenta antes de la manera en la que me había atrapado su naturalidad?

El pobre señor Darcy seguía con su rascador tirado en el suelo y cuando pasé por su lado, me disculpé, justifiqué el motivo de por qué lo habíamos tirado y lo coloqué. Nunca me habría imaginado en esa tesitura, explicándole a un gato que mi deseo sexual por las caderas de su dueña me había obnubilado.

El desayuno fue simplemente perfecto. A pesar de ese ligero sabor a carbón. Su excusa fue que no entendía ni mi tostadora ni mi cafetera, como si ambos electrodomésticos fueran diferentes a los suyos. En realidad, lo que pasó fue que yo la había desconcentrado acariciando sus muslos por debajo de la camiseta de unicornios que ya no me parecía tan ridícula.

Nunca había sentido nada igual. Cuando ella me miraba ya no veía a un tipo que tenía respuestas, sino a alguien que estaba dispuesto a hacerse nuevas preguntas. Y eso me hacía bien, casi tanto como cuando estuvo a punto de decirme que me quería mientras repartía tímidos besos por mi cuerpo.

Esa noche no marcó un antes y un después. Fue más bien una continuidad, como si todo lo que habíamos construido, con nuestras citas ridículas, los desencuentros, las fases absurdas y las torpezas compartidas, hubiera desembocado naturalmente en esto. Acostarnos fue como un paso necesario hacia una verdad que, por mucho que intentara negar, ya no podía ignorar desde hacía tiempo, la quería. No como quien desea, sino como quien elige. Y elegí quedarme. Elegí intentarlo. Elegí a Érika. Y en ese instante supe que, por una vez, la lógica no tenía nada que ver con la decisión correcta.

Capítulo 21

Había algo aterrador extrañamente emocionante en despertar al lado de alguien cuando ya no había un experimento como excusa. Ni fases, ni listas, ni justificaciones técnicas. Solo piel contra piel, respiraciones compartidas y el cosquilleo incómodo de la incertidumbre.

—¿Estás despierta? —susurró Hugo. Su respiración me hizo cosquillas en el cuello.

Claro que estaba despierta. Llevaba diez minutos fingiendo dormir mientras él me acariciaba la espalda como si estuviera descifrando un mapa antiguo a través de mi piel. No sabía si le gustaba o si estaba haciendo una inspección de posibles lunares peligrosos. Con Hugo, nunca se sabía.

—No —respondí al fin con los ojos bien cerrados.

—Entonces no puedo decirte que planeo preparar el desayuno —murmuró mostrando indiferencia—. Técnicamente no estás consciente.

Abrí un ojo. Solo uno.

—¿Tú? ¿En la cocina? ¿Voy a tener esa suerte? Porque te recuerdo que desde que estamos juntos no me has hecho nada.

—La comida de anoche…

—¡Hugo, calla! Qué vergüenza, por favor.

—Te encantó y lo sabes.

—Estamos hablando de comida de la que se cocina, no de la que ya viene lista para comer.

—Muy graciosa —dijo dándome un beso en el hombro—. He cocinado antes. Superé la fase del arroz pegado hace ya cuatro años, lista.

—¿Y qué planeas preparar, chef metódico?

—Huevos revueltos. Sin salsa de tomate, sin flores comestibles, y por supuesto, sin forma de corazón. Solo huevos.

Me incorporé en la cama, con el pelo en una nube de enredos y la cara de quien ha sobrevivido a la segunda noche de amor sin ensayo previo.

—Suena tentador. ¿También vas a adjuntar un gráfico proteínico de eso?

—Solo si me lo pides con voz seductora.

Me reí. Juro que me reí. Porque Hugo estaba cambiando y porque yo estaba cambiando. Porque, de algún modo, dos personas tan incompatibles habían encontrado un punto medio de compatibilidad que no sabían que existía.

Hugo se fue hacia la cocina y yo me senté en la cama. Sabía lo que estaba a punto de pasar. Una crisis existencial en mi cabeza. Me quedé mirando a la nada y los pensamientos empezaron a apoderarse de mí. ¿Y ahora qué? Nos habíamos enamorado sin querer. Habíamos jugado a fingir hasta que dejó de ser un juego. Pero… ¿funcionaríamos cuando ya no había reglas? ¿Cuando no había un objetivo que justificara nuestras citas o nuestras peleas?

Decidida me levanté y salí de la habitación justo a tiempo para ver cómo Hugo dejaba caer un huevo al suelo.

—Eso no cuenta como revuelto, ¿lo sabes? La cáscara no lo hace más apetecible.

Él me miró con su ceño fruncido habitual, pero con una curva invisible en los labios.

—Estoy improvisando.

Y ahí estaba la palabra mágica. Improvisar.

Yo, la reina del drama planificado, y él, el ingeniero que necesitaba esquemas hasta para respirar, improvisando. Juntos.

Y eso, de alguna forma, lo hacía todo más real y romántico, porque aunque él no lo fuera a decir jamás, limpiar los restos de huevo esparcidos por el suelo, era algo bonito.

Esa mañana decidimos salir de casa. Llevábamos más de cuarenta y ocho horas sin hacer otra cosa que no fuera ir de la cama a la cocina o al baño. No me avergonzaba reconocer que me dolían partes del cuerpo que no sabía ni que existían. Habíamos tenido una maratón de sexo en la que cada vez que lo hacíamos, era mejor que

la anterior. Nuestros cuerpos empezaban a conocerse más allá de lo que ya se conocían nuestras formas de ser.

—¿Te gusta ese cuadro? —preguntó Hugo señalando una ilustración de un zorro vestido de mayordomo. Habíamos ido a un mercadillo ambulante.

—Me parece adorable, aunque tiene pinta de dramático y de misterioso a la vez. Yo creo que me representa. —Lo miré con una sonrisa traviesa.

—¿Te representa un zorro con chaqué?

—Tiene una historia secreta y probablemente trama una venganza. Sí, soy yo. —Solté una risa que más que interesante fue ridícula. La imaginación de una escritora siempre estaba activada y en busca de alguna nueva historia que contar. Hugo ladeó la cabeza, pensativo.

—Yo diría que eres más una mofeta con sombrerito. Pequeña, veloz y pedorra. —Hugo ladeó la cabeza y sonrió. Ni con su sonrisa tan sensual iba a ceder.

—¡¿Perdona?! Yo no me tiro pedos. —Me escandalicé mientras me cruzaba de brazos—. Eso es lo menos romántico que me han dicho nunca. Y eso que ya me han dicho cosas como «tienes la emocionalidad de una telenovela colombiana».

—Lo dije con cariño.

—Mentira. Lo dijiste con esa cara de cálculo que pones cuando estás intentando descifrar el porcentaje de paciencia que le queda a una persona.

—Esa es mi cara normal, pero no solo calculo eso.

Reímos. Y no fue una risa de guion, ni de experimento, ni de fase de los clichés. Fue una risa un poco nerviosa también, porque… ¿esto qué era? ¿Una cita ya como pareja real? ¿El comienzo de una etapa nueva?

A veces, sin darnos cuenta, nos volvíamos a observar como si estuviéramos analizando algo, como si aún fuéramos datos y como si estuviéramos a punto de declarar una conclusión. Pero el problema era que ahora ya no había nada que concluir. Solo teníamos que sentir. Y eso daba un poco de miedo. Bueno, me hacía sentir mucho miedo a mí, porque realmente estaba viviendo una de esas historias

que tantas veces había plasmado en mis libros. Y a Hugo, le hacía sentir incómodo, como si le hubieran obligado a vivir sin un manual de instrucciones.

Nos detuvimos frente a un puesto de mermeladas caseras. La señora que atendía nos sonrió como si supiera cosas que nosotros no sabíamos.

—¿Parejita? —preguntó mientras nos ofrecía una degustación. Nosotros nos miramos sin saber qué responder—. ¿Es vuestra primera vez en el mercadito de los domingos?

—Sí —respondí, al mismo tiempo que Hugo decía: —No.

Nos miramos sabiendo que se avecinaba una tormenta y no de lluvia precisamente.

—¿Tú ya habías venido? —pregunté frunciendo el ceño.

—Una vez. Con Begoña.

El nombre salió como una bofetada con sabor a frutas del bosque caducadas.

—Ah. —Intenté parecer casual. Fallé estrepitosamente, por supuesto—. ¿Y también probaste la de moras con azúcar de caña con ella?

—No. Probamos la de tomate. Estaba muy insípida, la verdad.

La señora se alejó lentamente sintiendo que estaba en medio de una conversación más densa que su mermelada de ciruela. Hugo me miró preocupado.

—No era una cita con Begoña. Fue una salida necesaria. Me acompañó a comprar unas conservas y fuimos al supermercado después. Ni siquiera se quedó a dormir.

—No tienes que justificarte. —Me metí en la boca una cucharadita de mermelada como si fuera un calmante. Sabía demasiado dulce, pero yo seguí comiendo directamente del bote—. El pasado, pasado está. O eso espero.

—Pero quiero hacerlo. —Hugo bajó la voz—. Porque ahora sí importa.

Lo miré. Había algo en su forma de hablar, en su lenguaje corporal torpe y sincero, que me desarmaba por completo. Él nunca había sido bueno para decir lo que sentía, pero estaba haciendo el

esfuerzo. Por mí. Por nosotros y eso me hacía sentir orgullo. «Chúpate esa, Begoña» pensé.

Y ahí, en medio de ese mercadito con gente paseando perros y niños gritando por globos de Bob Esponja, me sentí un poco idiota por haber dudado. Porque si algo tenía Hugo era que, cuando decidía algo, lo hacía con todo.

—Vale —dije limpiándome con una servilleta los restos de mermelada—. Te perdono por la mermelada de tomate. Pero paga esta que me he comido.

—¿Cómo puedes comerte eso a cucharadas? Es un homicidio diabético.

—Ha sido por tu culpa, así que paga, *cyborg* cero por ciento azúcar.

—Gracias por el cumplido. A cambio, te compraré el cuadro del zorro vengativo.

—¿En serio? —pregunté emocionada.

—Sí. Pero solo si me prometes que lo vas a mirar todas las mañanas cuando te levantes y que vas a recordar que estoy saliendo con una mofetita adorable con sombrero.

—Prometido. —Hice caso omiso a sus palabras «estoy saliendo» y no le respondí nada más.

Caminamos juntos de vuelta a casa. Lo había convencido de ver una película juntos.

—Al principio vas a odiarla.

—Estoy mentalmente preparado.

—Y luego la amarás.

—Lo dudo.

—No puedes resistirte a Colin Firth mojado saliendo del lago en Pemberley. Es estadísticamente imposible como dirías tú.

—No me gustan los hombres. Ni mojados ni secos.

—Es la escena lo que te tiene que enamorar, no él. Ahora que ya eres mío no voy a dejar que te enamores de nadie que no sea yo.

Hugo me miró con esa expresión de «esto es una trampa emocional de proporciones incalculables», pero ya estaba con una manta sobre las piernas, un cuenco de palomitas en equilibrio

precario en el regazo, y Orgullo y prejuicio, la versión buena, obvio, a punto de comenzar. Había perdido antes siquiera de intentarlo.

—Solo porque me convenciste con palomitas con extra de mantequilla —murmuró.

—Y porque me amas. —Le guiñé un ojo.

—Eso no ha sido demostrado científicamente todavía.

—Ajá, pero tienes el zorro vengativo colgado en tu salón. —Me miró, sonrió y se rindió. Habíamos colgado el cuadro en su casa porque decía que prefería dormir en su cama en vez de la mía que parecía un colchón de acupresión. Yo no sabía qué era eso, pero tenía razón, su cama era más cómoda sin más. Además, con ese gesto habíamos sellado un pacto silencioso, el de dormir cada noche juntos. Para ver el cuadro del zorro cada mañana al levantarme, tenía que ser así.

Había algo curioso en ver a Hugo observar una historia de amor del siglo diecinueve con su cerebro de ingeniero funcionando a toda máquina. Cada mirada entre Lizzie y Darcy la analizaba con tecnicismos y cada silencio lo diseccionaba con argumentos lógicos.

—¿Por qué no hablan simplemente? —preguntó, genuinamente confundido—. Podrían evitarse tanto drama con una conversación de tan solo cinco minutos.

—Porque así es más romántico. El silencio, a veces, dice más que mil palabras.

—Yo prefiero mil palabras.

—No seas mentiroso. Tú prefieres mil gráficos en Excel.

Reímos y yo me acurruqué contra él. Era reconfortante notar su brazo rodeando mis hombros como si no quisiera soltarme nunca. Aunque estuviéramos discutiendo sobre los protocolos de comunicación de dos siglos pasados.

—¿Tú crees que nosotros seríamos una buena novela romántica? —pregunté de pronto sin mirar la pantalla. Hugo paró la película. En el fondo le estaba gustando.

—¿Nosotros?

—Sí. Tú y yo. Nuestra historia.

—¿Así como estamos ahora? ¿Sin fases, sin guion? ¿O cómo cuando nos conocimos y éramos la típica trama de vecinos

enfrentados?

—No sé. El conjunto de todo lo que hemos vivido. —Se quedó pensativo y yo aproveché para morder el lóbulo de su oreja de forma sensual.

—Tendríamos que empezar con una advertencia. Algo así como: «Esta historia contiene un setenta y siete por ciento de sarcasmo, un veinte por ciento de colapsos emocionales y un tres por ciento de datos empíricos».

—No suena muy romántico.

—Tampoco suena del todo falso; además, es real. Y te recuerdo que ahora estamos aquí por eso, porque tú buscabas realismo.

—Yo sí creo que sería una buena historia —murmuré segura de lo que decía—. Porque te juro que, si alguien me hubiera dicho que iba a enamorarme de un tipo que hace esquemas para besarme, que va con un *roll-on* de árnica en el bolsillo y que pinta lienzos con ecuaciones, no lo habría creído. Pero como tú dices, aquí estamos.

Hugo giró el rostro. Me miró con esa intensidad suya que no usaba a menudo, pero que cuando lo hacía, me volvía loca de remate. Yo le mordisqueé, esta vez en el cuello.

—No fue solo un esquema, Érika. Fue un plan de contención para no volverme loco contigo.

Y entonces me besó. Fue un beso lento, con sabor a mantequilla y a emoción contenida. Como si estuviera sellando algo que ya no necesitaba definiciones, ni fases ni justificaciones. Apoyé la frente en su cuello.

—¿Te puedo decir algo cursi?

—No sé…

—Creo que te has convertido en mi cliché favorito.

—Y tú te has convertido en mi experimento más caótico.

Nos miramos. La película volvió a sonar de fondo y la vimos hasta el final. Hugo reconoció que le había gustado y, por fin, entendió por qué mi gato se llamaba señor Darcy.

Hugo

Me desperté antes que ella. No estaba seguro de si dormía de verdad o solo fingía hacerlo, pero decidí no preguntar. Solo me dejé llevar por el instinto, algo que rara vez hacía, y empecé a acariciarle la espalda con una lentitud que no era mía. Era extraño despertarme así, sin un plan, sin un motivo técnico y sin despertador. Solo estaba ahí, con ella, y eso era más que suficiente.

Estar con Érika sin las reglas del experimento me impulsaba a probar cosas fuera del manual. Como hacer el desayuno para los dos, por ejemplo. Algo tan simple que se volvió una prueba de fuego. Cuando el huevo se cayó al suelo, sentí que simbolizaba todo lo que podía salir mal si intentaba actuar sin un esquema previo. Y, sin embargo, ella apareció justo en ese momento y no se fue, no se burló más de la cuenta, solo dijo que eso no era un revuelto, pero ambos nos arrodillamos y limpiamos el suelo. ¿Había algo más difícil que quitar un huevo crudo desparramado?

Verla reír con ese cuadro absurdo del zorro me hizo gracia. Tenía esa facilidad para dotar de alma hasta lo más insólito. Yo, en cambio, seguía midiendo inconscientemente las emociones en escalas internas imposibles.

El momento de tensión llegó, inevitablemente. Mencioné a Begoña sin pensar, y vi en sus ojos ese gesto de decepción que odiaba provocar. Me esforcé por aclarar lo innecesario, por darle certezas. No porque ella me las exigiera, sino porque por primera vez quería que alguien me entendiera más allá de las estructuras que algunas veces fallan en mí.

Comprarle ese cuadro fue más un capricho para mí que para ella. Estaba haciendo cosas que no estaban en ningún plan. Estaba cediendo terreno, y no desde la resignación, sino desde el deseo de construir algo nuevo. Me gustaba verla feliz. Me gustaba verla colgar el cuadro en mi salón subida a una silla. Me gustaba todo en ella, sin más.

Después acepté ver esa película. Me costaba entender cómo alguien podía disfrutar de silencios y malentendidos como si fueran poesía. Yo solo veía problemas de comunicación, pero estar con ella implicaba aprender otros lenguajes, incluso cuando no hablábamos,

solo con su presencia ya me enseñaba cosas. Como que no todo lo emocional necesitaba una hipótesis previa.

En algún momento, mientras compartíamos el sofá, las palomitas y ese ambiente extraño entre lo doméstico y lo íntimo, supe que ya no podía negar lo obvio. Me había enamorado como una ecuación imposible resulta al fin, con certeza, sin dudas y con muchos clichés. Y no como una consecuencia lógica, sino como una sucesión caótica de pequeños gestos que se acumulaban hasta hacerme que me estremeciera por dentro.

Sentía mucho miedo. Porque dejar de medir todo era como caminar descalzo, sin suelo y con los ojos vendados. Pero también sentía algo más fuerte, la voluntad de seguir avanzando por ella, incluso si no entendía del todo cómo hacerlo.

Érika no era un dato, tampoco era un resultado. Era el margen de error más hermoso que había conocido en toda mi vida. Y aunque no lo dijera en voz alta, dentro de mí ya lo sabía. Lo que estaba pasando entre nosotros, no podía representarse en gráficos ni en ecuaciones, pero era lo más real que había tenido hasta la fecha.

Capítulo 22

Estábamos en la cama, nos acabábamos de despertar. Era uno de esos despertares lentos, cálidos, con las sábanas enredadas y los cuerpos aún más. Yo acababa de decir algo brillantemente absurdo sobre que los pingüinos eran los animales más románticos del planeta porque elegían a una pareja de por vida, le regalaban piedrecitas, y yo quería la mía, cuando de pronto, antes de recibir una respuesta científica sobre el amor entre pingüinos, sonó el timbre.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunté desenredándome de él para dejarle levantarse a abrir.

—No. A menos que sea un repartidor de desayunos a domicilio, no me interesa.

Volvió a sonar el timbre. Esta vez con más insistencia, como si la persona del otro lado de la puerta tuviera una misión divina. Y vaya que sí la tenía, pero yo todavía no lo sabía.

Hugo se puso los pantalones del pijama y una camiseta blanca mientras murmuraba algo que sonó como una maldición en otro idioma. Yo me envolví en la sábana, más por decoro que por frío.

—Abre tú —le dije divertida—. Quizá es tu madre. O el espíritu de Newton que viene a quejarse de cómo explicas la gravedad en tus publicaciones.

No estaba tan desencaminada. El timbre volvió a sonar y escuché a Hugo abriendo la puerta.

—Mamá. Papá. Qué sorpresa.

Mi cuerpo se tensó como si me hubieran metido en un ataúd sin haber muerto, aunque al borde estaba de hacerlo.

—¡Hugo! ¡Qué cara de dormido tienes! —dijo la mujer con voz dulce y afilada.

—¿Otra vez sin afeitarte, hijo? —remató su padre—. Ya sabes que esa barba no te favorece nada. Le quita pulcritud a tu apariencia.

—¿Y esa camiseta tan arrugada en el suelo? —Era la mía de dormir. La noche anterior Hugo me la había quitado de camino a la habitación. Su madre entornó los ojos hacia el interior del piso buscando señales—. ¿Acaso no tienes plancha?

Tragué saliva y me armé de valor. Me acerqué en puntillas sujetando mi sábana como si fuera un vestido romano y me puse detrás de Hugo. Cuando ella me vio, se congeló un nanosegundo. El suficiente como para hacerme sentir como si acabara de salir de una película de terror.

—Ah —dijo Hugo rápidamente—. Ella es… eh… mi vecina. Vive en el piso de al lado. Justo pasó a… a…

—¡¿Vecina?! —lo interrumpí con una voz tan aguda que ni yo misma reconocí.

Él me miró con los ojos muy abiertos, como si fuera un cervatillo parado frente a un camión a punto de ser atropellado. O, más bien, un ingeniero frente a una emoción inesperada.

—Soy su novia —anuncié cruzándome de brazos y apretando la sábana contra mi pecho—. Desde hace tiempo, aunque en realidad, ustedes ya lo sabían porque yo misma se lo dije…

—Érika, por favor.

—Hugo, si voy a aparecer semidesnuda en el marco de una puerta, prefiero que sea con el título correcto.

—Oh… —dijo ella frunciendo los labios—. Vaya. Qué moderno todo, hijo.

—Nosotros no estábamos… no estábamos… —balbuceó Hugo sin saber qué decir.

Yo ya me había dado la vuelta. Fui directa al dormitorio, recogí mis cosas en menos de dos minutos. Me vestí sin decir una palabra, me puse los zapatos conteniendo las lágrimas. No me podía creer que otra vez estuviera viviendo la misma escena.

Él vino detrás.

—Érika, por favor.

—¿De verdad otra vez con lo de que soy tu vecina? —pregunté sin mirarlo—. ¿Te avergüenzas de mí o qué?

—¡Claro que no! Es solo que me sorprendieron. No sabía cómo…

—Exactamente, Hugo. No sabías. Porque tú nunca sabes cómo encajarme en tu vida cuando hay testigos importantes. Pero bien que sabes encajarte entre mis piernas, ¿eh? —Grité dolida. Él palideció.

—No es eso…

—Pues perdona que te diga, pero es justo lo que parece.

Cogí mi bolso y lo miré una última vez con el corazón encogido. Ya me daba igual que me viera llorar.

—Espera un momento. No te vayas, por favor te lo pido.

—Dile a tus padres que la vecina se va.

Salí lo más digna que pude de la habitación, cogí mi camiseta tirada del suelo y me marché no sin antes despedirme con un escueto «adiós» de los que se suponían que eran mis suegros. Menos mal que mis padres vivían en el norte desde que mi padre se había jubilado y no sabían nada todavía de Hugo.

Llevaba tres días encerrada en una casa rural perdida entre montañas, cabras y algo que yo juraría que era un jabalí con complejo de gallo. Lo escuchaba cada madrugada cacareando como si estuviera interpretando un monólogo bajo mi ventana.

—Esto es lo que necesito —me dije el primer día—. Desconexión, silencio, distancia emocional y mucho aire puro.

A las dos horas estaba pidiendo a gritos una señal de wifi decente que al menos me permitiera poder ver videos de TikTok absurdos y maldiciendo al aire puro por traer consigo un ejército de mosquitos que parecían haberse dado el chivatazo entre sí de que yo era un buffet libre para todos.

—¿Aire puro? ¡Aire asesino! —protesté en voz alta mientras me rociaba por quinta vez el cuerpo entero con repelente y fumigaba todo con insecticida—. ¿Qué clase de retiro espiritual es este? Voy a morir intoxicada.

A pesar del caos rural, o tal vez gracias a él, no había contestado ninguno de los mensajes de Hugo, ni uno y eso que había muchos.

«¿Estás bien?»

«Érika, necesito hablar contigo.»

«No quiero que esto quede así.»

«Sé que metí la pata.»

«¿Dónde estás?»

«Te echo de menos.»

Deslicé el dedo por la pantalla, viendo el último que acababa de llegar mientras me rascaba una picadura en el tobillo.

«Llevo dos noches sin dormir. Justo las dos que hace que no estás a mi lado. Me acostumbré muy rápido a que me patearas las piernas por la noche para reclamar la sábana y no sé qué hacer sin ti.»

Apagué el móvil enfadada y lo dejé sobre la encimera. ¿Por qué tenía que ser tan dulce cuando le daba la gana? ¿Por qué no podía seguir siendo el robot con calendario emocional que fingía no saber lo que sentía? Apreté los dientes.

—Tú no vas a romperme otra vez, Hugo. No después de que me degradaras públicamente a ser tu vecina, otra vez. Estoy en una fase nueva de tu experimento de mierda, la de la recuperación de la dignidad. Dignidad con picaduras, sí, pero dignidad al fin y al cabo.

El lugar, por si quedaba alguna duda, era todo lo opuesto a mi definición de «refugio romántico». La decoración parecía sacada de un catálogo de casas de muñecas de los años cincuenta como mínimo. Había cortinas de flores chillonas, una vajilla que parecía el ajuar de boda de los Picapiedra, unas toallas que como exfoliante eran perfectas. Además, estaba segura de que la cama tenía chinches.

Y luego estaba el senderismo, esa tortura que la gente llamaba «actividad relajante». A mí me relajaba más ver documentales sobre asesinatos que andar cuesta arriba con los pulmones colapsando y las piernas llenas de picaduras pidiendo la baja médica por sobreesfuerzo físico.

—Me estoy convirtiendo en una mártir por amor —dije tirada en la cama y tapada hasta la nariz para evitar que los mosquitos me devoraran como si fuera un banco de sangre.

Escribir… bueno, escribir sí que estaba funcionando. Llevaba escritas tres nuevas escenas de una nueva novela. Todas eran con diálogos tensos, besos bajo la lluvia y una escena desgarradora en la que la protagonista se iba a una cabaña en medio de la nada para

olvidarse del protagonista, hasta que él llegaba con flores silvestres y palabras que hacían llorar a una roca milenaria.

Suspiré. ¿Y si Hugo no venía? ¿Y si se cansaba de mis silencios? ¿Y si la vida no era una novela romántica, sino una tragicomedia con una protagonista que se había equivocado de refugio?

Encendí el móvil de nuevo, tenía un nuevo mensaje.

«Sé que necesitas espacio, pero quiero que sepas que estoy aquí. Cuando quieras. Incluso si lo único que quieres es insultarme otra vez y gritarme que soy un mal novio.»

Cerré los ojos. Me hacía mucha ilusión leer lo del novio, mucha, porque al final había reconocido que lo era. Pero si lo perdonaba tan fácil… ¿cómo iba a tener autoridad dramática para terminar mi novela?

No podía. Necesitaba distancia y también, una buena pomada para las picaduras, había algunas que estaban hinchadas.

Un nuevo mensaje llegó a las tres de la madrugada. Yo seguía despierta y lo miré, ya no me molestaba ni en apagar el teléfono.

«Sé que no quieres hablar, pero te voy a encontrar, Érika. No importa cuánto te escondas.»

Tardé exactamente un segundo en sentarme en la cama, con los ojos como platos y el corazón dando botes como si estuviera en una montaña rusa.

—¿Perdona? —susurré al móvil como si pudiera oírme.

Volví a leerlo varias veces.

«Te voy a encontrar, Érika. No importa cuánto te escondas.»

—¿Qué es esto? ¿Una declaración de amor o el tráiler de la última temporada de You? ¿Estoy saliendo con Hugo, el *cyborg,* o con Joe Goldberg?

Me levanté a oscuras, tropecé con una alfombra con estampado de pollitos y huevos fritos y me refugié en la cocina rural que olía a sopa de ajo de otra época. El jabalí, o el gallo, lo que fuera ese animal, cacareaba cerca como si él supiera cosas que yo no.

Marqué su número, pero no llamé, no. Solo me quedé observándolo, temblando entre el «¿ayy, qué romántico?» Y el «¿me va a cortar el pelo mientras duermo para construir un altar en lo más profundo de su armario?».

Otro mensaje.

«Tampoco es que lo pongas muy difícil, ¿sabes? Pusiste la ubicación en la foto de Instagram de tu desayuno con tostadas y mermelada de mora con romero. ¿Sabías que solo hay dos casas rurales en todo el país que sirven esa mermelada?»

Me atraganté con mi propia saliva.

—¡Esto ya no es una comedia romántica! ¡Esto es CSI Miami, bueno CSI Jaén! —chillé mientras bloqueaba mentalmente todas mis redes sociales y me prometía vivir en modo incógnito para siempre.

Me derrumbé en la silla, con el móvil entre las manos, el corazón desbocado y la pregunta flotando como un globo lleno de dudas en vez de helio. ¿Estaba con un hombre enamorado o con un loco adorable? Porque claro, por una parte, había algo casi épico en todo eso. Esa forma suya de no rendirse, de buscarme, de analizar hasta el detalle más absurdo, el de la mermelada. Pero, por otra parte, ¿y si la próxima vez en lugar de flores traía una pala? ¡NO! Sacudí la cabeza. Hugo no era un psicópata, era un ingeniero con una tabla de Excel para medir las emociones. Un hombre que me compró un cuadro de un zorro, un desastre con patas, sí, pero un desastre que yo conocía. ¿No? Apreté el móvil contra el pecho.

—¿Tú qué opinas, jabalí-gallo? —grité. Echaba de menos al señor Darcy, él me entendía, o eso creía yo. Menos mal que Noelia me mandaba fotos de él todos los días—. ¿Es el amor así de caótico? ¿O me he metido en una comedia de terror como Scary Movie?

El animal se fue. Claramente, no era de dar consejos, solo de cacarear a horas indecentes. Suspiré.

—Vale. Puede que me guste un poco que esté tan desesperado por verme, solo un poco. Pero no pienso volver corriendo a sus brazos. Que venga él y que me encuentre. Y si lo hace, más le vale traer algo más que mermelada con romero.

Me levanté y cogí mi ordenador. Iba a escribir sobre eso. Sobre un amor loco, caótico y demasiado humano. Porque si alguien podía transformar una posible historia de *true crime* en una comedia romántica y sarcástica, esa era yo, lo tenía muy claro.

Y mi protagonista, claramente, no pensaba rendirse tan fácil.

Un sonido me sobresaltó. Me giré hacia la ventana con el corazón en la garganta. Un coche. Su coche.

—No. No puede ser… —Suspiré porque todavía no estaba preparada para lo que iba a suceder.

Tres segundos después, alguien llamó a la puerta con insistencia. Me quedé inmóvil, como si el suelo fuera de lava emocional y yo estuviera en el único resquicio que haría que no me quemara.

Hugo

No sé en qué momento exacto me convertí en un cobarde, debió ser en algún punto entre que escuché el timbre y vi la expresión de Érika envuelta en una sábana sobre mi cama. Nunca planeé ocultarla, pero las palabras que salieron de mi boca me traicionaron como si mi subconsciente aún estuviera anclado en una versión de mí que ya no reconocía. La palabra «vecina» sonó estúpida y falsa. Ella no era mi vecina, era mi centro de gravedad, mi contradicción favorita y mi caos más necesario.

Vi cómo se rompía algo en su mirada. Y no pude hacer otra cosa que no fuera sentirme culpable. Porque una vez más, había sobreestimado mi capacidad para improvisar cuando las emociones se volvían demasiado reales. Me paralizó la presencia de mis padres, sus comentarios meticulosos, su forma metódica de observar el desorden como si fuera una enfermedad contagiosa. Y ahí estaba yo, atrapado entre dos mundos: el que ellos esperaban que yo construyera y el que Érika y yo estábamos creando, sin planos y con las manos llenas de errores, pero también de sentimiento verdadero.

Cuando ella se fue, me quedé en el marco de la puerta como un idiota, sintiendo que la había empujado a salir huyendo de mí. Me pregunté cuántas veces más iba a necesitar perderla para darme cuenta de lo esencial que era. Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Ni siquiera supe cómo justificarme. Todo lo que salió de mí fue torpe. Y aunque después de que ella se marchara, les conté a mis padres todo sin importarme su opinión, lo hice demasiado tarde.

Esa noche no dormí. Las sábanas estaban frías y echaba de menos esa manía suya de darme patadas cuando soñaba. Le escribí varias veces. Y aun así, no bastaba. Porque había errores que no se solucionaban con mensajes de arrepentimiento.

Cuando asimilé que no iba a contestar y que estaba perdiendo el tiempo, empecé a buscarla. No era una persecución, pero no podía quedarme quieto mientras ella pensaba que yo era el mismo de antes. Porque ya no lo era. Ella me había cambiado. Me había desordenado tanto que, por fin, había empezado a entender que la definición del amor éramos ella y yo.

Localizarla fue fácil. La situación solo requería de observación, análisis y conectar las pistas. Su foto del desayuno fue el hilo suelto del que tiré hasta encontrar el ovillo. No me enorgullecía, pero tampoco me avergonzaba. Era yo haciendo lo único que sabía hacer bien para recuperar lo único que no quería perder.

Cuando por fin llegué, y ella abrió la puerta, temblaba. No sabía si era por el frío por solo llevar su camiseta, esa que recogió del suelo de mi salón, o por el nerviosismo que parecía sentir. Sabía que lo que estaba a punto de hacer podía salir mal, que podía cerrarme la puerta en la cara después de los más de cuatrocientos kilómetros que había hecho del tirón. Pero prefería ser el tipo que llegaba tarde a la declaración, pero que no huía, otra vez.

Érika no era perfecta, tampoco yo, pero ella me miraba como si pudiera ser algo más que estadísticas y rutinas. Como si el caos que éramos juntos tuviera sentido. Y si para tener otra oportunidad con ella tenía que cruzar media península y enfrentarme a sus gritos, lo haría sin ninguna duda, aunque no tuviera razón, porque no la tenía. Su reacción había sido desmedida, pero a mí ya no me importaba tener la razón, solo quería tenerla a ella.

Capítulo 23

—Érika —dijo su voz al otro lado—. Sé que estás ahí. El gallo te ha delatado. Está demasiado interesado en esa ventana.

Así que era un gallo y no un jabalí. ¿Qué narices hacía un gallo en mitad de la montaña? Un jabalí sonaba más rural. Abrí la puerta. Y ahí estaba: despeinado, con la barba de varios días, las ojeras como bolsitas de tinta de calamar, y los ojos rojos, esos ojos que parecían llevar varios días sin cerrarse.

—Hugo… ¿Cómo…?

—No me dio tiempo a escribir nada más. Cuando me llegó tu historia del desayuno con mermelada de mora con romero, crucé algunos datos en el ordenador para saber dónde estabas, cogí el coche. Solo tenía dos direcciones probables. Si no hubieras estado aquí, ahora mismo estaría de camino a Santander.

Lo miré con los brazos cruzados, fingiendo que no me latía el corazón como una orquesta de tambores. ¡Qué romántico había sonado eso! No sabía cuántos kilómetros habría hecho de no encontrarme allí, pero seguro que eran muchos.

—¿Y venías a qué? ¿A darme miedo? Porque entre el falso jabalí de fuera que parece tu espía y tu mensaje con tono de acosador, estoy a dos gotitas de tila de pedir una orden de alejamiento.

Él tragó saliva, buscó mis manos con las suyas, pero yo las retiré de forma instintiva. Todavía no.

—No. Vengo a declararme.

—¿En serio? —pregunté sorprendida. Eso no me lo había visto venir.

—Sí, pero a mi manera. No tengo flores, tampoco tengo un discurso con metáforas sobre estrellas ni latidos. Lo que tengo es lógica. Y fórmulas. Y una libreta con esquemas que hice mientras conducía por estas carreteras secundarias invadidas por gallinas.

—Son gallos. —Suspiré y me crucé de brazos—. Esto va a ser muy tú, ¿verdad?

—Muy mucho.

—Eso suena fatal. —Sacó una hoja doblada del bolsillo trasero de su pantalón—. No, por favor. ¿De veras traes apuntes?

—Esto no son apuntes. Esto es una demostración.

Y leyó lo que tenía escrito, sin columnas, ni nada. No era un Excel, solo una nota escrita a mano.

—Si A es igual a la soledad antes de conocerte, y B es la vida con tus teorías de amor, tus dramas y tus tostadas con mermelada, entonces: A < B. Lo he comprobado después de días sin ti, de noches en vela oliendo tu perfume en mi cama y tras una maratón de pensamientos constantes sobre la cara que pones cuando me haces preguntas imposibles.

Me llevé una mano a la boca, pero no lo interrumpí.

—Es irrefutable: estar contigo no tiene sentido lógico, pero toda mi lógica me lleva siempre a ti. Eres la única variable constante en mis ecuaciones caóticas. Eres el error en mis predicciones y el imprevisto más perfecto.

Lo miré con los ojos llenos de lágrimas, de amor, de risa contenida y de puro asombro.

—Hugo…

—Me he enamorado de ti. Con el corazón y con la cabeza. Me he enamorado con gráficos, pero también con planes locos. Y no quiero que sea un experimento más. Quiero que esto sea el proyecto final.

La hoja temblaba entre sus dedos.

—Hugo Marqués de Conde…

—Déjame acabar, por favor. Sé que soy terrible e impredecible en público. Que digo que eres mi vecina cuando mis padres aparecen medio dormidos, aunque ya les he contado todo sobre ti, incluso que te quedaste atrapada en el ascensor. Sé que tengo un largo historial de meter la pata con tus emociones. Pero no quiero perderte.

Dio un paso hacia mí. Yo no retrocedí.

—¿Podemos escribir el resto de nuestra vida sin guion? —preguntó finalmente. Fue bonito, digno de final feliz, y la emoción se instaló en mi garganta. No sabía si iba a ser capaz de estar a la altura de su declaración.

—¿Esa ha sido tu forma de decir «te amo»?

—Es mi forma de decir que me importas más que cualquier lógica. Y que sin ti, mis ecuaciones no tienen solución.

Lo miré. A ese ingeniero ya más caótico que robotizado, despeinado y con los ojos al borde del abismo emocional.

—Vale, Hugo. Vamos a escribir lo que sigue. Pero sin fórmulas, ¿te parece?

Él sonrió, bajó el papel y se acercó despacito como si estuviera cruzando un puente peligroso. Paró cuando nuestras frentes se tocaron. Y sí. Puede que no fuera el amor perfecto, pero era el nuestro e imperfectamente brillante.

—Érika —susurró mirándome como si no existiera nada más—. ¿Puedo besarte?

—¿Lo estás preguntando en serio o es otra de tus validaciones de consentimiento con términos legales incluidos?

—Un poco de ambas.

—Entonces sí. Pero luego no te quejes si terminamos teniendo ácaros en sitios insospechados. Esto está lleno de bichos asquerosos.

—Todavía no entiendo cómo acabaste aquí, si tú eres más de ciudad que un atasco un lunes por la mañana.

Y me besó. No fue un beso tímido, ni uno de esos «gracias por escucharme», ni siquiera uno de «te echaba de menos». Fue uno de esos besos con todas las letras, con las manos en mi cintura, mi cuerpo empujado hacia él como si fuéramos dos almas separadas por miles de años que volvían a encontrarse.

El beso se intensificó en cuestión de segundos, y cuando me di cuenta, estábamos tumbados en el suelo sobre la alfombra más acartonada, vieja y potencialmente peligrosa para los alérgicos que he pisado en mi vida, la de los pollitos y los huevos fritos. Pero no me importaba. Me reí contra su boca mientras él me quitaba la camiseta con torpeza, como si el tiempo jugara en nuestra contra y también a nuestro favor.

—¿Estás segura? —susurró entre jadeos y con los labios rozando mi clavícula.

—Lo estoy desde la primera vez que dijiste que el amor era una variable con demasiadas incógnitas.

Y ahí, entre los límites del deseo, las dudas derrumbadas y los ácaros invisibles, hicimos el amor. Fue torpe y dulce, apasionado y real. Estábamos tan lejos de los clichés que dolía, y al mismo tiempo, tan cerca de todos ellos que me daban ganas de reescribir cada novela que había escrito. Porque esa era la historia que quería contar, la historia de un amor tan inesperado como inevitable.

Epílogo

Hay mañanas que empiezan con café y otras que empiezan con caos. La nuestra empezó con ambas cosas y eso era algo que me encantaba.

—¡Érika, no encuentro mi gráfica de correlación emocional! —gritó Hugo desde el comedor revolviendo papeles como si buscara el mapa de un tesoro oculto.

—¿Correlación emocional? ¿Esa es la excusa que te has buscado hoy para no hacer la cama? Porque te recuerdo que hoy te toca a ti.

—¡No! Es un análisis de nuestros niveles de dopamina durante las fases del experimento.

A veces, me pregunto cómo logré enamorarme de un hombre que ve el amor como una sucesión de variables y proyecciones. Luego lo veo con esas ojeras de ingeniero loco, el pelo revuelto y su taza de «El amor es una ecuación», y me acuerdo del motivo, debajo de toda esa lógica, hay un corazón que late solo por mí.

—¿No se supone que ya terminamos el experimento? —pregunté con mi bol de cereales en la mano y un moño mal hecho que gritaba «novia feliz y despeinada».

—Sí, pero quiero escribir un artículo. Algo como «Aplicación de métodos científicos al enamoramiento: caso práctico con resultados positivos y variables desbordadas».

—Suena superromántico —dije con una ceja en alto—. ¿Y ya mencionaste mi culito como uno de los factores que aumentan tu nivel de serotonina?

Hugo se detuvo. Me miró como si acabara de pedirle matrimonio en código binario.

—¿Debería?

—Definitivamente, no.

Vivimos juntos desde hace unos meses. Unos, caóticamente, dulces meses en los que he descubierto que el amor verdadero no se parece en nada a lo que escribía, pero que es mucho mejor. Se

vino a vivir conmigo a mi piso porque el suyo era alquilado y ahora sus cojines y sus cortinas están en mi casa, pero no pasa nada, no quedan tan mal al lado de los míos de corazones. Además, él ha aceptado que la cama tenga una almohada muy alta y muy dura. Cualquier noche se ahoga por meter la cabeza debajo de ella.

Ahora vivo con un ingeniero que hace la compra según un algoritmo optimizado para parejas, que me abraza mientras sueño y que siempre, siempre me elige, incluso cuando no entiende mi lógica emocional. Y yo lo elijo a él, con sus fórmulas, sus gráficos y ese modo tan torpe y tierno de amarme. ¿Cómo no voy a hacerlo si ha aprendido a hacer *cheesecakes* solo para poder compartirlas conmigo? Aunque todavía no seamos capaces de hacer una *playlist* acorde a los gustos de ambos. Eso nos está costando.

—Mi editora dice que si entrego la novela que empecé en la casa rural en julio, me manda una caja de bombones belgas y una botella de champán con mi nombre grabado —le dije a Hugo mientras regaba nuestro Cactus, que ya había resucitado tres veces, como nuestra relación—. Creo que por fin he aprendido a escribir historias de amor realistas. No era tan difícil.

—¿Historias con insultos, malentendidos, mucho helado y sexo en alfombras polvorientas?

—Exacto, no podrías haberlas definido mejor. Pura veracidad narrativa, por muy falso que parezca.

Mi libro está en la lista de los más vendidos. Lo cual es absurdo y maravilloso. La gente llora con los capítulos de la fase cuatro y se enamora con los de la cinco. No saben que lo escribí entre ataques de ansiedad, lágrimas, y muchas cucharadas de helado.

Hugo también está triunfando. Su investigación sobre modelos emocionales aplicados a relaciones humanas ha sido aceptada en una revista internacional. Da charlas, lo invitan a podcasts, e incluso le han propuesto dirigir un estudio en Alemania.

Yo finjo que eso no me afecta, a pesar de que la posibilidad de tener que mudarnos esté en el aire. Además, no pienso confesarle que ya he hecho una lista mental de nombres de bebés por si algún día hablamos sobre el tema de cuándo tenerlos.

Una noche, mientras cenábamos sushi barato en el sofá, porque somos famosos, pero ahorradores, solté la bomba.

—¿Te has planteado si algún día te gustaría tener hijos?

Hugo se atragantó con un maki. Tosió, se puso rojo y me lanzó una mirada como si acabara de preguntarle si quería que nos fuéramos a vivir con mis padres a un faro sin wifi en otro continente.

—¿Hijos? ¿Así como humanos pequeñitos?

—Bueno, sí. No estaba hablando de adoptar cactus, la verdad.

—Érika, yo… —Se pasó la mano por el pelo, un gesto clásico de pánico existencial—. ¿No podemos primero sobrevivir a tener una planta con vida estable durante seis meses?

—La planta ya lleva siete y está viva, mírala.

—Está viva porque tú le hablas y le has puesto un nombre. Yo hice un Excel con horarios de riego y las horas de luz necesarias y se marchitó.

—¿Y qué opina esa cabeza de ingeniero caótico sobre tener niños?

Hugo me miró. Sus ojos brillaban, no de miedo, sino de algo mucho más intenso, de vértigo.

—No dice nada porque aún no lo he pensado.

—Vale. Entonces te aviso con tiempo de que quiero tener dos para que lo pongas en tu hoja de ruta cuando la hagas.

Me sonrió. Esa sonrisa que me enamora, la que aparece cuando llegamos a un entendimiento.

—Te prometo que, cuando lo tenga claro, serás la primera en saberlo.

—¡Qué menos? ¿Y si lo tengo yo claro antes?

—Entonces haré lo posible por complacerte sin estropear lo nuestro una vez más, pero por favor, no te ciegues ahora con eso. Vivamos lo que tenemos un poco más sin responsabilidades.

Nos quedamos en silencio, comiendo sushi. Éramos dos personas imperfectas, llenas de contradicciones, pero que se habían elegido. Y yo podía esperar. Porque, por primera vez en mi vida, sabía que no estaba escribiendo una historia de amor, la estaba viviendo.

Aquel sábado por la tarde, Hugo insistió en que me pusiera un vestido bonito.

—¿Por qué? Vamos al parque. Hace frío. ¿Vas a enterrarme en el bosque?

—Solo hazme caso. Y coge una chaqueta, por si acaso. No he tenido tiempo de mirar la previsión.

Me puse unos vaqueros y un suéter rosa que llevaba escrito «Soy adorable, pero no tengo tiempo para dramas innecesarios». Me recogí el pelo con prisa y salimos de casa. Sabía que él me había pedido que me pusiera un vestido, pero no me gustaba nada llevarlos.

En el coche, él estaba raro, tarareaba las canciones de reguetón que sonaban en la radio y hacía ruiditos extraños. Ajustaba el retrovisor cada dos minutos, aunque no había nadie detrás. Yo sospechaba de todo y de nada. Me estaba poniendo muy nerviosa.

Al llegar al parque, me hizo cerrar los ojos y él guio mis pasos durante unos metros. Llegamos a una zona, cerca del banco, donde nos habíamos sentado la primera vez, y vi que entre dos árboles había una manta con una foto nuestra en el suelo, luces colgantes en forma de corazón, cojines, una cestita de picnic y un cartel que decía: «Fase seis: el futuro». Él sacó su móvil y puso una *Playlist* de bandas sonoras de películas románticas. Se me hizo un nudo en el estómago. No me podía creer lo que estaba a punto de suceder.

—¿Qué es esto? —pregunté para no dejar pasar más tiempo y así evitar que mi cabeza se montara películas innecesarias. Con Hugo nunca se sabía qué esperar.

—Un experimento final —dijo muy serio—. Una hipótesis un poco arriesgada, pero creo que ya tengo todos los datos suficientes para lanzarme.

Desabrochó su abrigo y, debajo, llevaba una camiseta con letras grandes escritas a mano.

«¿Te casarías conmigo aunque sea un Excel con patas?»

Solté una risa nerviosa, luego una carcajada, después, ya estaba llorando de la emoción.

—Esto es… —Me cubrí la boca con ambas manos. No encontraba las palabras adecuadas—. Esto es TAN ridículamente romántico que no me lo puedo creer. ¿Lo has hecho tú?

—Confieso que he pedido ayuda a tus amigas. Ellas han sido las que me han echado una mano para que no te enteraras de nada. Las luces son de bajo consumo, los cojines los compré en un bazar. La manta no tiene ácaros porque es nueva, me llegó hace un par de días y dentro de la cesta hay un menú hipercalórico. Es todo lo que te gusta, aunque fatal helado, porque no quería que se deshiciera. Pero podemos ir a comerlo después si te apetece.

Se arrodilló y sacó una cajita. Dentro había un anillo que no era extravagante, ni perfecto. Era justo como nosotros: imperfectamente elegido, pero hecho a mano con amor.

—No tengo un Excel con lo que pasará mañana. Pero tengo la certeza de que contigo, incluso el caos tiene sentido. Sé que el camino hasta aquí no ha sido fácil, y que en algunas ocasiones querrías matarme porque no te doy la razón cuando creo que no la tienes, pero sé que sientes lo mismo que yo, y aunque no soy muy dado a las etiquetas… ¿Quieres casarte conmigo? No hay nada que desee más en este mundo. Bueno, sí. A ti.

—¿Eso significa que te vas a dejar sobornar con bombones belgas si entregamos el «para siempre» dentro del plazo que puso Carmen?

—Absolutamente. Pero solo si soy yo el que escribe el prólogo de «Teorema del amor y otras ecuaciones románticas».

Me lancé a sus brazos, llorando y riendo a la vez.

—Sí. Una y mil veces, sí.

Nos besamos bajo las luces de la guirnalda, con el sonido de los niños alrededor y de los pájaros volando sobre nosotros. Un grupo de adolescentes aplaudió y gritó de emoción. Supe, con absoluta claridad, que aquel era el mejor cliché de todos. Solo necesitábamos seguir escribiendo, juntos, cada página de lo que estaba por venir.

Hugo

Durante años pensé que el amor era una variable difusa, una constante emocional no cuantificable. Que era inestable e imposible de predecir. No dudaba de que lo mejor que podía hacer era observarlo desde lejos para no alterar su estado natural. Hasta que

llegó ella y cambió mi percepción. Hasta ese momento nunca me había planteado casarme, vamos, es que ni se me había pasado por la cabeza la idea.

Érika rompió todos mis modelos mentales prácticamente desde el primer momento en que nos cruzamos. No podía ser de otra forma. Ella y su intensidad con todo lo que la rodeara.

Así que un día me senté, después de que me dijera que sí, que quería casarse conmigo, así, como quien acepta vivir dentro de un experimento controlado con incendios emocionales incluidos, y decidí escribir lo que llamé: **Teorema del Apego**.

Postulado 1: El apego verdadero no anula la autonomía de la pareja; la respeta como si de la propia se tratara sin cuestionarla.

Érika no vino a llenar mis vacíos cotidianos, vino a ocupar su espacio, y con su presencia imperfecta, hizo que mi vida dejara de parecer un Excel sin sentimientos. Aprendí que amar no es depender, sino elegir. Una y otra vez. Incluso cuando hay picaduras, madres inquisitivas, desayunos con mermeladas rastreables o ex inoportunas.

Postulado 2: La estabilidad no reside en el silencio individual, sino en el ruido compartido.

Nosotros discutimos y nos gritamos de vez en cuando. Ella ha llegado a lanzarme una zapatilla, fue una sola vez, sin violencia real, sino impulsividad, pero con puntería certera. Sin embargo, después de debatir nuestras diferencias, siempre hay conversaciones de disculpa, hay café, hay risas y hay ganas de seguir juntos hacia adelante. Y esa continuidad sumada a la repetición deseada, es el algoritmo más fiable que he conocido en toda mi vida.

Postulado 3: El amor también se demuestra a través de los márgenes de error, ya que la perfección no existe.

Cuando uno de los dos se equivoca, y, seamos sinceros, casi siempre soy yo, el otro no desaparece. No por resignación, sino por lealtad. Porque el margen de error está contemplado en la fórmula desde el inicio. Y eso es amor. No la ausencia de fallos, sino la decisión de seguir afinando juntos el modelo.

Después, como buen ingeniero, lo intenté poner todo en una ecuación que no tenía demasiado sentido a la vista de los demás,

pero sí para nosotros:

A = (C + V) × R – E + I ÷ D

Donde:

A = Apego duradero

C = Complicidad

V = Vulnerabilidad compartida

R = Risa espontánea

E = Emociones vs. realidad

I = Intimidad emocional (no confundir con sexo, aunque ayuda)

D = Dramatismo literario

Si el resultado que sale es superior a la sensación de vacío, entonces tienes algo muy valioso que debes cuidar por encima de todo. Yo lo tengo, y aunque no puedo predecir cada curva de lo que está por venir, porque ella nunca ha sido lineal, sino más bien un garabato en mis gráficos, sí sé que quiero recorrer cada una con ella. Con sus metáforas cuando no entiende algún argumento lógico, con sus clichés, esos que, sin querer, se cumplen siempre entre nosotros. También, con sus huidas dramáticas en mitad de cualquier situación y, cómo no, con sus regresos épicos cuando a ella le conviene. Así que aquí estoy, cerrando este teorema como se cierran las grandes historias importantes: no con un punto final, sino con una promesa.

Prometo buscar siempre la constante invisible que nos une, aunque las variables cambien y alteren el método. Y si algún día volvemos a desordenarlo todo, sabremos que el amor, como cualquier fórmula viva, se reescribe todas las veces que sea necesario.

Lo nuestro es una ecuación romántica que no busca la perfección, solo dejarse llevar por el caos que provoca una escritora de novelas románticas. Y, si hay suerte, un poco de helado de chicle y sandía, que no está tan mal la mezcla.

Agradecimientos

De no haber sido por Cristian, no hubiera sido capaz de terminar esta novela. Él es uno de los principales motores de mi vida. Tiene una paciencia infinita. Y eso, cuando estoy en mitad de una crisis existencial porque Photoshop no guarda la portada, o porque no doy con una frase perfecta en algún párrafo, es muy importante. Mil gracias, mi huevito frito. Te amo como nunca y para siempre.

Erik, ese niño de once años que me tiene loca de amor, mi pequeño gran hombre. El que está deseando que le lea un capítulo después de cenar, porque él no es muy de leer, pero sí de escuchar las historias que escribe su madre. No es un buen lector cero, pero sí un buen oyente cero. Sobre todo, cuando tiene que aconsejar sobre qué Pokémon tengo que deletrear. Te quiero con locura.

Hugo, mi bebé ya no tan bebé. Contigo no ha sido tan fácil. Eso de que hayas aprendido a andar hace un par de meses hace de la escritura una auténtica odisea. Solo quieres descubrir el mundo y a mí me cuesta entenderlo cuando estoy en mitad de una escena, te quiero, mi pequeño kamikaze.

Vosotros tres sois los que dais el sentido a mi vida.

No quiero hacer unos agradecimientos infinitos, pero Dublineta Eire… ¿Qué puedo decir de ti? Gracias por las horas al teléfono y por hacer que mis dramas sean menos dramas contándome los tuyos. Lo que no nos pase a nosotras…

Te quiero muchísimo, ya lo sabes, aunque ambas seamos de expresar poco los sentimientos con palabras, pero cuando nos necesitamos, ahí estamos, y eso es lo más importante en una amistad. También, ir juntas a conciertos de Camela o escribir un cuatro manos juntas.

A mi familia, por aguantarme cada día y escucharme, casi siempre. Que como no me callo ni debajo del agua, sé que, a veces,

me ignoráis, pero siempre estáis ahí cuando os necesito y eso tiene un valor incalculable.

Y a ti, lector o lectora que has llegado hasta aquí. Gracias por darle una oportunidad a mi novela. Sin vuestras lecturas, no tendría sentido este mundo literario que me apasiona, y en ocasiones me desquicia, a partes iguales.

Gracias a cada una de las personas importantes que no menciono, pero que formáis parte de mi vida.

Nota de la autora

¿Puedes creer que has llegado hasta aquí? No sé si hacerte una reverencia al estilo telenovela como buena *DramaQueen* que soy, pero muchas gracias. Yo todavía estoy procesando que este libro existe, que por fin, lo he acabado.

He de confesar que desde que fui madre por segunda vez, mi vida ha cambiado y no dispongo del mismo tiempo libre para hacer esto que tanto me apasiona, escribir.

Si este libro te ha gustado, o si has querido abrazar o matar a alguno de los protagonistas, (o a mí, que todo puede ser), me gustaría pedirte que dejaras una reseña en Amazon. No tiene que ser larga, ni perfecta, tampoco profunda. Escribir es algo solitario, pero leer que alguien ha conectado con mi historia, lo cambia todo. Así que si te nace, si tienes un minuto y si este libro ha dejado una pequeña huella en ti, dejáme esa huella en forma de reseña, por favor. Te estaré eternamente agradecida.

También puedes buscarme por redes sociales, soy fácil de encontrar y allí podrás ir viendo mi día a día, Además, espero que nos volvamos a ver muy pronto en la siguiente novela.

Hasta entonces, dramatizo, escribo y me ilusiono con cada trama que se me va ocurriendo.

Alba C. Serrano